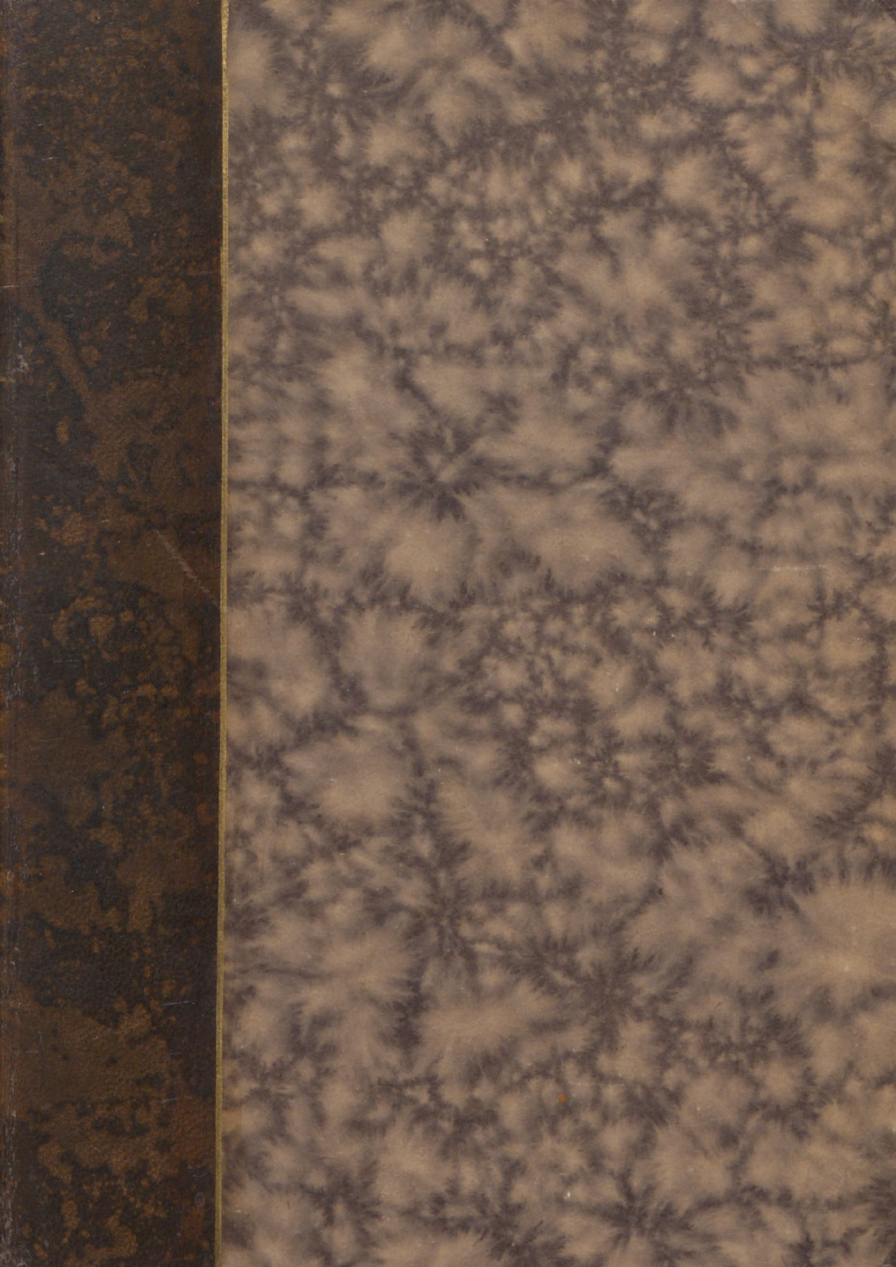




25000

ANT

XIX

retrato + 172 p 649

+ 1 hoja



MIGUEL MAÑARA
VICENTELO DE LECA.

de H. Bellido Sevilla.

VIDA

DE

D. MIGUEL DE MAÑARA.

D. MIGUEL DE MARIANA.

18 ans

12-72-201



D. MIGUEL DE MAÑARA.

SU VIDA,

**SU DISCURSO DE LA VERDAD, SU TESTAMENTO
Y PROFESION DE FÉ,**

ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL

Excmo. Sr. D. Antonio De Latour,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

EL PRESBITERO D. PEDRO GALONIÉ.

PRIMERA EDICION

SEVILLA.—1862.

Imprenta y Litografia de Enrique Bellido.
Tetuan, 8.



D. MIGUEL DE MAÑARA.

SU VIDA.

EL DISCURSO DE LA JERARQUÍA, SU TESTAMENTO

Y PROPOSICIÓN DE LEY

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

Don D. D. de Salazar y Castro

Y TRANSLADA AL CASTELLANO

POR

EL PRESBITERO D. PEDRO CALZADILLA

PRIMERA EDICIÓN

SEVILLA.—1862.

Imprenta y Litografía de Enrique Bellido

Tomo I.

A S. A. R.

LA INFANTA DOÑA LUISA FERNANDA,

DUQUESA DE MONTPENSIER.

SEÑORA.

*En una relacion de la vida de Don Miguel de Ma-
ñara, escrita en 1679, el mismo año de su muerte, he
leído lo que sigue:*

«En el tiempo de las avenidas en que sale el río de madre, y quedan anegadas muchas casas que están fuera de la Ciudad, los pobres que habitan en estas casas, quedan espuestos al hambre, por no poder salir á buscar el sustento, ni tener medios para prevenir que se lo traigan á sus casas. En estas ocasiones resplandecía la caridad de este gran siervo del Señor, previniendoles á todo riesgo el sustento á los que estaban impedidos

con la inundacion; en que asistia el Señor con sus providencias especiales á la caridad de su siervo».

Mientras estaba yo á mi vez escribiendo como el Padré Cárdenas, la historia de Don Miguel de Mañara, Vuestra Alteza Real y el Príncipe su esposo, ronovaban tambien en Sevilla, y en circunstancias exactamente iguales estos prodigios de caridad.

Tal vez me autoriza tal semejanza á dedicar á Vuestra Alteza Real este nuevo relato de una hermosa vida que en cada una de sus páginas presentaba á mi memoria el recuerdo de una princesa que, hija dos veces de la casa de Borbon, prefiere sin embargo á todos sus títulos, el de sierva de los pobres.

Dignaos, Señora, acoger con venevolencia el homenaje de profundo respeto y completa abnegacion con que soy,

SEÑORA:

De Vuestra Alteza Real.

Muy humilde y fiel servidor,

Antonio de Latour.

Sevilla, Febrero, 1856.

MIGUEL DE MAÑARA.

D. JUAN TENORIO Y D. MIGUEL DE MAÑARA.

Los que no se cuidan de confrontar las fechas han confundido á menudo á D. Juan Tenorio con D. Miguel de Mañara. Para evitar esta grave equivocacion, bastaba observar que el último no habia nacido aún cuando Tirso de Molina autor del primer *Convidado de piedra*, regresando de Santo Domingo á España, pasó por Sevilla donde hubo de saber por la tradicion popular el trágico fin de D. Juan.

Don Juan Tenorio y D. Miguel de Mañara son por consiguiente dos personajes enteramente distintos. Del primero solo sabemos lo que cuentan la tradicion y la poesía. El segundo casi existia ayer: la fecha de su nacimiento y la de su muerte son conocidas, y la historia de su vida nos ha sido transmitida con todos sus detalles por aquellos mismos que su penitencia ha edificado.

Tambien yo me he propuesto contar vida tan hermosa fundandome en documentos positivos. Desearia poder compararla con todos los hechos conocidos de D. Juan Tenorio; mas, preciso es decirlo, inutilmente he buscado en Sevilla y fuera de ella indicios auténticos de la poética tradicion. Esta existe en la memoria de todos, pero no la he visto escrita en ningun libro anterior á Tirso de Molina. Sin embargo creo en ella; pues salvo los detalles con que la imaginacion del pueblo dramatiza tan bien la verdad, cosas semejantes no suelen inventarse; pero tambien es un hecho que la tradicion parece haber sido puramente oral, hasta que la poesía viniera á asociarla á su inmortal dominio. Solo en estos últimos años un Tenorio,—pues aun existe el nombre de esta raza que no parece procsima á extinguirse—, un miembro de esta familia, que aun

cuando no hace precisamente alarde de su antepasado, lo reclama como tal, ha probado de un modo bastante esacto la trasmision del apellido cuya ilustracion propia debe sin embargo al reflejo de la poesia la mayor parte de su inmenso esplendor. En esta genealogia, que parte de las antiguas familias Reales de España, han figurado varios con el nombre de D. Juan. El primero y único que menciona la historia existió en el Reinado de D. Pedro I. Tomó parte en el bando de D. Enrique de Trastámara, fué hecho prisionero en Nájera, y el vencedor le mandó cortar la cabeza. No pudo ser este el héroe de nuestra historia, léjos de atentar á la virtud de las mugeres, se le vé agotar todos sus esfuerzos para reconciliar al Rey Justiciero con la desgraciada reina Blanca de Borbon. Dos de los descendientes de aquel primer D. Juan han llevado tambien este mismo nombre; uno de ellos marchó de Sevilla á consecuencia de algunos disturbios, se retiró á Peñafiel en Castilla, donde se conserva su memoria en la Capilla principal de un Convento de frailes Franciscanos; el otro nieto de aquel, tuvo en la Côte una hermana que fué Dama de Isabel la Católica. Puede escogerse entre los dos; yo no hé renunciado á descubrir

entre las crónicas alguna luz que aclare una tradicion nacida en España para esparcirse por el mundo entero.

Cuesta trabajo creer que D. Juan Tenorio ha nacido en Sevilla. Qué! ¿uno de los países mas creyentes del mundo sería la pátria de tan gran escéptico? ¿Aquel seductor consumado en la infidelidad habrá nacido en una Ciudad donde los Novios se esperan cinco, diez, quince años? Mas esacto es decir que este tipo de D. Juan verdadero en todos los países, aunque en ciertos límites, sólo pertenece tal como se ha desarrollado finalmente á la suprema region de la poesia poblada de creaciones del génio. D. Juan Tenorio engaña á todas las mugeres, se mofa de todo sentimiento honrado, hollando todas las creencias y despues de haberse burlado de la magestad de la vejez, acaba insultando á la de la misma muerte. Muere en fin como vivió, impenitente y profiriendo blasfemias. Pérdoneme Sevilla que se empeña en conservar á este hijo pródigo; á despecho de la tradicion que persiste en concederselo, me atrevo á afirmar que no fué hijo legítimo de Andalucía. La casualidad quiso que naciera en Sevilla, pero el arte se lo apropió para darselo al mundo; el taimado Andalúz se

ha transformado sucesivamente en Noble francés, Lord Inglés, Príncipe Italiano, y estudiante Alemán. Estos personajes fabulosos, son del gusto de la poesía y de la pasión. Pero la humanidad no los produce así; no arroja así sus tipos en un molde de bronce. El metal mas sólido tiene su grano de liga por donde falsea y salta de repente hecho pedazos; en la vida mas desenfrenada llega siempre una hora en que el hombre mas escéptico cree. en que el mas valiente tiembla, en que el voluptuoso se cubre de un cilicio, en que finalmente, D. Juan conmovido por las lágrimas de Elvira, golpea su pecho, é implora la misericordia divina.

Pero este D. Juan ya no pertenece á la tradicion sino á la historia; este ciertamente ha vivido en Sevilla. No se llama D. Juan Tenorio sino D. Miguel de Mañara. Nace en Sevilla y no sale de ella, y aquellos mismos a quienes han escandalizado sus desórdenes son tambien edificados por sus buenas obras. Ha conservado en un rincon de su alma el instinto del bien; como todos sus compatriotas ha depositado en el fondo de su corazon el culto de la Santísima Virgen. El amor mismo de las criaturas ha acendrado y ha encendido aun más en él el amor de la Madre

do Cristo. Quien viera á D. Juan Tenório tan impetuoso para el mal podia preguntarse que haria la pasion de un hombre semejante el dia en que se volviere al bien. ¿Que haria? La historia de Miguel de Mañara nos lo dice. Bajo este concepto casi se puede creer que ya no es otro D. Juan, sino D. Juan vuelto en simismo, D. Juan convertido, D. Juan Cristiano al fin. Sin embargo son enteramente distintos, y el primero, como llevo dicho, solo es conocido por la tradicion y la poesia; el segundo tiene enteramente un nuevo ser de las narraciones de sus contemporáneos y de sus propios testimonios. Durante la época desordenada é irreligiosa de su vida, es fácil equivocarlo con su predecesor. el hombre inventa poco en el mal. Pero desengañado ya de sus errores, nada hay menos parecido á D. Juan Tenorio que D. Miguel de Mañara. La segunda parte de su vida ha cubierto la primera con el velo de la caridad, y este velo va siéndole cada dia mas impenetrable. La crónica de sus escesos encuentra ya incrédulos, la historia de sus virtudes resplandece con la clara luz del dia. La garantizan toda una ciudad, historiadores fidedignos, y los irrecusables archivos de la Hermandad de la Caridad, con la Herman-

dad misma, que rejuvenecida, acrecentada, renovada por Miguel de Mañara, sigue ejerciendo con los pobres el mismo ministerio que por espacio de tantos años el mismo ha desempeñado. Al escribir estas líneas, tenemos á la vista el venerado sepulcro y el retrato auténtico de este piadoso personage. El nombre con que fué conocido en Sevilla es aun el de una familia que lo lleva con orgullo, y desde cerca de un siglo, toda la Andalucía pide, y la España entera espera que Roma convierta este nombre en el de un Santo.



del mismo que reinaba, apreciada, y no-
 vada por Miguel de Mazarin, quien refiriendo con-
 las paces y misiva ministerial que por espacio
 de tanto tiempo existió ha descomulgado. El es-
 crito, estas líneas, termino a las 12 y 15 de veni-
 do, repentinamente el resto de este día, y
 personas. El nombre en que fue conocido en
 Sevilla, como el de una familia que a los con-
 sejos, y desde luego de un siglo, toda la vida
 ha sido, y a la parte entera, es de la
 consiguiente, el nombre en el de un siglo.

PRIMERA PARTE.

I.

PRIMEROS AÑOS DE MIGUEL DE MAÑARA.—SUS ESTRAVÍOS.—AVISOS DEL CIELO.—SU CONVERSION.—SU CASAMIENTO.—LA MUERTE DE SU ESPOSA.—SU REGRESO Á SEVILLA.

Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, nació en Sevilla en 1626, en la parroquia de S. Bartolomé, de una familia cuya ilustracion está probada, primero por la pública notoriedad, y además por la circunstancia decisiva de que D. Miguel pertenecía á la órden militar y religio-

sa de Calatrava. Todos saben que para ser admitido en dicha orden era preciso hacer sus pruebas de nobleza, y que esta habia de probarse hasta el cuarto ascendiente por ambas líneas. Requeríase además que el pretendiente estuviese completamente limpio de Sangre mora ó judía, y que por cuatro generaciones ningun miembro de su familia hubiese sido comerciante ni sentenciado por la Inquisicion al castigo de presenciarse el suplicio de alguno de los culpables condenados á la hoguera por aquel Tribunal. La juventud de Miguel de Mañara fué borrascosa, mas los historiadores de su vida tan minuciosos para todo lo relativo á sus buenas obras, lo que está suficientemente explicado por sí mismo y los documentos que han legado sus virtudes, guardan un silencio casi completo sobre los estravíos de sus primeros años. La tradicion misma que tan pocas veces suele ocultar la desnudez de sus héroes con el manto del hijo de Noé, refiere muy pocos detalles sobre este particular, tal fué la rapidez con que esta oscura y primera época de una hermosa vida fué eclipsada por el esplendor de la segunda. Unicamente han sido conservadas aquellas anécdotas que patentizan por qué senda la voluntad divina quiso

atraerse de nuevo al que una vez entrado en ella no debia abandonarla jamás. Tan solo alguna que otra palabra mezclada con discrecion en el relato arroja un poco de claridad sobre esta época sombría. Lícito es deducir de esto que Miguel de Mañara se entregó á las mismas pasiones que el otro D. Juan, sobre todo al orgullo y á la sensualidad: el orgullo, pasión esencialmente española, y la sensualidad que por mucho entra en la pasión andaluza.

Pero Dios, que tenia sus designios sobre aquella alma fuerte, no permitió que quedase entregada para siempre al desenfreno de los sentidos y á las ilusiones de la vanidad. En medio de sus mismos desordenes, le enviaba avisos, le hacia volver en sí, mostrandole el fondo de la vida humana.

Un dia entre otros, Miguel de Mañara encuentra una muger cuyo aspecto le agrada, sigue sus pasos dirigiendola esas lisonjeras palabras que hallan tan facilmente el camino de los corazones débiles. Pero la muger, sorda á sus palabras, no se vuelve. Llega así á la Catedral donde se arroja bruscamente cómo para sustraerse al importuno seguimiento. Don Miguel no titubea y la sigue, pero no tiene mejor exito. Im-

paciente ya de tan tenaz resistencia y viendo que el sitio es mas solitario y mas sombrío «—Maldita criatura esclama, no te has de volver jamás? La muger se vuelve entónces; Mas que es de Miguel? aquel cuerpo elegante cuyo garbo le enamorára sostiene una cabeza de esqueleto. El verdadero D. Juan hubiera aceptado este reto de la muerte, y le hubiera incitado la idea de añadir esta estraña conquista á la lista de Leporello. El nuestro se retiró pensativo y salió del templo con mas respeto que habia entrado. La impresion fué salutífera, mas de corta duracion.

Otra vez, era de noche, Mañara iba por las calles de Sevilla la nariz al viento en busca de aventuras. Al cruzar por una calle retirada, oye como una voz que le llama desde una ventana; levanta la cabeza y ve en un balcon una hermosa jóven que le hace señas. Se acerca y le dice: «Hermosa ¿podeis echarme una escalera?» Parece que esto se acostumbraba bastante en aquel tiempo, y que en vez de tomarse el trabajo de bajar á abrir la puerta, una jóven bien adiestrada tenia de buen grado una escala al alcance de su mano. Sin mas contestacion, una ligera escala, atada al balcon, bajó sin ruido hasta el suelo. Apenas tocaba la tierra, cuando ya alcan-

za el balcon D. Miguel. Entra, pero la jóven ha desaparecido, solo ve una estancia desierta y colgada de negro, y sobre el suelo, entre cuatro cirios encendidos, un esqueleto tendido. Como la primera, esta leccion fué perdida. Mas si Mañara no se cansaba de desafiar la accion de la gracia, tampoco la gracia se cansaba de seguir sus huellas.

Cierta noche que Mañara pasaba por una callejuela del barrio de los judíos, llamada calle del Atahud, y que hace unos veinte años ha dejado de existir, recibió en la cabeza un golpe tan violento, que cayó al suelo, quedando sin sentido. Mas, poco á poco fué volviendo en sí, y empezaba á levantarse con la mano sobre la empuñadura de su espada, cuando oyó una voz que decia: «Traigan el atahud, que ya está muerto». Todo su cuerpo se estremeció al oir estas terribles palabras, pareciendole que no habian salido de una boca humana. Ya enteramente de pié, le sorprendió el no ver á nadie en la calle, y mas espantado por este silencio que por la aparicion del enemigo mas temible, desistió de su empeño, y volvió atrás.

Cierto es que aquel rincon de Sevilla parecia escogido á propósito para teatro de alguna

fantástica aventura. En la esquina de la calle de la Muerte y de aquella del Atahud, que tal vez debiera su nombre á su forma particular, ó á su posicion y á la circunstancia que vamos á recordar, se veia una calavera en la pared; era la de una hermosa judía, la Susóna, célebre por su vida disoluta. Cuéntase que habia acusado á su padre ante el Tribunal de la Inquisicion. Encerrada en un convento por un piadoso prelado que intentó en vano hacer de ella una buena religiosa, salió de él para volver á su vida desordenada. Mas habiendose arrepentido á la hora de su muerte, dispuso en su testamento, como se egecutó, que se pusiera su cabeza sobre la puerta de la casa en que tan malamente habia vivido, en expiacion de sus pecados, y para escarmiento de las que quisiesen imitarla. Volviendo á la aventura de Mañara, Dios habia puesto esta vez el beneficio junto á la amenaza. Supo al día siguiente que en la casa á donde se encaminaba aquella noche, le habian acechado para matarle; pero el agradecimiento no fué mucho mas eficaz que el miedo.

Otra noche, en fin, á una hora ya avanzada D. Miguel se perdió por las calles de Sevilla, sin poder encontrar su camino. Esto mismo era ya

algo extraño, pues aun cuando valiendose de pies y manos buscaba la salida, no encontraba ninguna. Apoderose de él el miedo, y con este empezó á sentir remordimientos; se sintió vencido, y abrazando su espada cuya empuñadura tenia la forma de una cruz, invocó el socorro del Cielo. En el mismo instante, vió á lo lejos desembocar en la calle y adelantarse hácia el una doble fila de luces. Era el acompañamiento de un numeroso entierro. Sorprendido de semejante encuentro á aquella hora, y sobre todo del carácter misterioso que presentaba, paró á uno de los que pasaban diciendole: «¿A quien llevais á enterrar? A D. Miguel de Mañara, le contestó aquel» Mas sorprendido aun, y acrecentando su terror, por tres veces repitió su pregunta, y tres veces recibió igual contestacion. Mientras que abismado en sus reflexiones trataba de reconocerse, la lúgubre vision acabó de pasar, y D. Miguel se encontró de nuevo en una mas profunda oscuridad. Mas la luz se habia hecho en su alma, y de las tinieblas en que veia claramente á Dios, salió una voz que decia: «Ahora puedes proseguir tu camino». Ya habia entrevisto el del Cielo; el de su casa lo encontró sin trabajo.

Esta es la narracion que he leído en los

libros, pero el mismo suceso me ha sido referido en Sevilla de otra manera que es la siguiente:

Una noche que D. Miguel, al volver de alguna orgía, pasaba delante de la Iglesia de Santiago, le sorprendió el ver las puertas abiertas, y dicha Iglesia alumbrada por numerosos cirios. Mira, entra, y vé como unos veinte sacerdotes sentados al rededor de un catafalco. Ningun canto salia de sus lábios, y este silencio hacia aun mas extraño aquel espectáculo. Se acerca aterrándole interiormente el ruido de sus pasos bajo las bóvedas, sobre las losas sonoras. Ya al lado de la inmóvil reunion, se inclina hácia el que tiene mas próximo y en voz baja le pregunta «A quien estais enterrando? A Miguel de Mañara» contesta el Sacerdote. Mañara que sabe es conocido de todos en Sevilla, toma esta respuesta por una broma pesada y se dirige al segundo: igual contestacion; luego al tercero, tambien la misma: impelido por una fuerza irresistible, pregunta otra vez, y otra, y siempre el mismo nombre suena á sus oidos. Se siente próximo á desfallecer; mas rebelandose contra su propio terror, se endereza con arrogancia, va en derechura al catafalco, separa bruscamente el paño mortuario, y mira; no lo han engañado los sa-

cerdotes, se ha reconocido a sí mismo en el cadáver. Esta vez todo su valor le abandona y cae desmayado sobre el pavimento. Por la mañana del día siguiente el sacristan quedó muy sorprendido al encontrar tendido en aquel sitio al Sr. D. Miguel de Mañara.

Todas estas amenazas de la divina misericordia tienen el mismo carácter. En todas se pone la muerte en escena, la muerte es quien avisa al pecador. Todas estas visiones se asemejan en este punto, y con la fuerza de su colorido preparan las páginas enérgicas que mas tarde inspiró á Mañara la grande imagen de la muerte. ¿Qué debemos pensar de estas visiones en sí mismas? Vana pregunta, pues, aun, suponiendo que no viesimos en ellas mas que pesadillas evocadas por el remordimiento durante un sueño fatigoso en el alma del pecador avisado interiormente ¿se habria de apartar por eso de estos fantásticos dramas la misericordia suprema sin ver en ellos el dedo de Dios?

Sea como fuere, cuando Miguel de Mañara habia salido de su casa, era todavía un libertino, y volvió á ella si no ya un Santo, al menos hombre de bien ante Dios. Desde este momento su nombre cesa de estar mezclado á la crónica

escandalosa que corre por la Ciudad, y entristece las almas piadosas. Solo por casarse salió de esta paz que repentinamente rodeó su casa.

Admiro estos golpes violentos de la gracia que arrojan á un hombre pervertido desde la orgía al Claustro. Estos grandes convertidos son los héroes de la Iglesia militante. Ven la palma y se apoderan de ella. Valiéndome de una espresion del mismo Mañara, llegan de un salto á la opuesta orilla de la buena vida. Mas lo confieso, siento una simpatía mas tierna aun hácia el valor humilde, sin ser menos firme, que levantándose despues de su caída, distingue el fin en lontananza y marcha hácia él con paso prudente y arreglado. Me gusta esta calma en la marcha del bien, este andar fácil, agil, natural y seguro por la buena senda. Seguramente Mañara era hombre capaz de borrar de una vez todos los escándalos de su vida y de sepultarse entero en un claustro desde cuyos umbrales hubiera empezado para él la muerte y el silencio. Pero los designios de Dios no son iguales para todos. ¿Quién sabe además si en Mañara no sucedió una humildad tan grande como su grande orgullo, y si justamente desconfiado de sí mismo, quiso probarse primero en la práctica de

virtudes mas fáciles, en deberes ménos austéros? En fin, las almas que se dedican á la práctica de las virtudes cristianas son de dos distintas naturalezas, de que el Evangelio nos presenta dos tipos encantadores: Marta y Maria. Unas no se sienten atraídas mas que por la contemplacion y la oracion, pueblan la soledad de los claustros, y solo gustan de las cosas divinas. Todo comercio con el siglo les es odioso. Ya no conocen mas voz que la de Dios, y por todas partes oyen y esperan su llamamiento. Las otras atraídas irresistiblemente por la accion y que solo aspiran á obrar, ó mejor dicho, á luchar, se lanzan intrépidamente sobre el territorio del enemigo, y con la espada de la fé combaten por todos y ante todos. Muy pocos han recibido el don de ser á la vez como Marta y como María. Ved sin embargo á Santa Teresa: parece vivir únicamente de los ardores inefables de la vida contemplativa; y mientras se la cree solamente ocupada en sus pláticas con Jesus abandona súbitamente su claustro, y vá á fundar otro convento en los últimos confines de España, por medio de todos los obstáculos, que vence con la energía de la voluntad ó que deshace con la agudeza de su ingenio; mas Santa Teresa es la

primera de las almas cristianas. Mañara permaneció pues en el siglo; y en efecto, hubo de parecerle que la mejor expiación de su vida pasada seria de dar buenos ejemplos á aquellos mismos que los malos hubieran podido estraviar. Empezó por casarse santamente, separándose así de una vez de la tradicion de don Juan, cuya insultante herencia pareció queria recojer en el principio.

Tenia entonces don Miguel de Mañara unos treinta años. «Mas de treinta años, escribe, dejé el monte santo de Jesucristo, y serví loco, y ciego á Babilonia, y sus vicios, bebí el súcio Cáliz de sus deleites.» (1)

Contrajo matrimonio con doña Gerónima Carrillo de Mendoza, hija única de un caballero de la orden de Santiago. Desde aquel momento tuvo una vida crística; pero sin manifestar aun aquella piedad de accion que debia producir mas tarde tan brillantes frutos. Por lo demás su vida era entonces como la de todos los otros hombres de bien de su época. Cómo ellos labraba sus tierras, segaba sus trigos, recogia sus aceitunas y sus naranjas. Mas aquellos hábitos

(1.) Discurso de la verdad. C. XXII.

regulares, aquellas rústicas ocupaciones bastaban á acabar de aquietar en él el fuego aun mal apagado de las pasiones.

No obstante, para sofocar la última chispa, necesitaba una de aquellas pruebas semejantes á la que Dios envió á Rancé, cuando quiso triunfar de sus últimas vacilaciones. Cuando Dios vió á Mañara suficientemente preparado, por la práctica de las virtudes domésticas, para soportar la pérdida de la dicha que se las habia hecho fáciles, le arrojó de repente en una soledad de corazón en la cual libre ya de toda afección humana, pudiera aspirar á mayor perfección. La esposa con quien vivia desde algunos años en las delicias de una estrecha union, mas estrechada aun de dia en dia por las cualidades que descubria en ella, fué arrebatada á su amor. Cuando fué atacada por la enfermedad que terminó su existencia, estaban en Montejaque antigua y pequeña villa á media legua de Ronda, cuyo Señorío era propiedad de D. José del Carrillo, padre de su esposa así como el de la inmediata villa de Benaolan. La agonía de doña Gerónima fué larga y dolorosa, y tal vez fué tambien en la amargura de estos inolvidables recuerdos donde Mañara encontró esas fuertes imágenes de

la muerte, de la brevedad de la vida y de la vanidad de las cosas de este mundo, de que ha sembrado á manos llenas su discurso de la verdad. Sin duda esta verdad, ó mas bien este torrente de verdades que pinta con una elocuencia tan varonil, nunca se le habia presentado bajo una forma tan penetrante como el dia en que vió apagarse en sus brazos aquella en quien habia reconcentrado los tesoros de su amor, tan locamente prodigados hasta entonces á indignas criaturas.

Los primeros efectos de su desesperacion fueron violentos y terribles. Estrémoso en todo, pensó primero huir al claustro para encerrarse en él con su dolor. En fin mas tranquilo, pero combatido por resoluciones opuestas, sintió que en lo sucesivo pertenecia entero al Señor; mas sin conocer bien lo que el Señor queria de él. Para sondearse á sí mismo y oir mejor la voz que le llamaba de lejos, se retiró á dos leguas de Montejaque en un lugar solitario llamado el desierto de las Nieves, donde los Carmelitas descalzos tenian un monasterio. Los grandes dolores se complacen en nutrirse de sí mismos internándose en ásperos desiertos, y el dolor de Mañara tenia donde escoger en medio de aque-

llos montes de Ronda, algunos de los cuales presentan el aspecto desolador de volcanes apagados. El que la desesperacion abriera en su alma llegó al fin á agotarse, y semejante á las aguas que suelen invadir el cráter abandonado, á medida que el dolor humano se retiraba, la gracia ocupaba su lugar, llenando con sus vivas y salutíferas aguas todos los huecos de aquel gran corazon.

Entónces hizo confesion general de sus pecados, y oró con abundantes lágrimas; luego levantandose fortalecido y seguro para siempre de sí mismo, y de la divina voluntad, salió del desierto, y dejando en él con sus últimas dudas los restos de la tierna esposa que habia perdido, bajó de nuevo la sierra y regresó á Sevilla y á la casa de sus abuelos.

Uno de los que han escrito su historia, hace de su vida en aquella época una pintura que merece ser citada.

«Habiendose venido á Sevilla, dice el Padre «Juan de Cárdenas, vivia en su casa, como si estuviera en la religion mas recoleta, lleno de pen-samientos santos, y de vivos deseos de emplearse «todo en el servicio de aquel señor que tenia ya «captivo su corazon. Cuando salia por las calles,

«todo el afán con que los hombres viven, para
«conseguir las conveniencias temporales, le pare-
«cia embeleco; la ostentación de los poderosos
«vanidad, los parientes y amigos embarazo. An-
«dabase solo, huía de los concursos, y sus salidas
«eran tan solamente para visitar las Iglesias, y
«santuarios, en que tan solamente hallaba des-
«canso su espíritu, como prevenido del divino
«con bendiciones de dulzura. Como lo veían
«tan solo, y retirado, unos decían que estaba loco,
«otros que era melancolia». (1)

Esta existencia solitaria y tan ociosa y triste
en apariencia debía sentirse poseída en breve de
un ardor febril para las buenas obras.

(1) Breve relacion de la muerte, la vida y virtudes etc.
Sevilla, Diego Lopez de Haro. 1680.

II.

LA HERMANDAD DE LA CARIDAD.—MAÑANA ES RECIBIDO EN ELLA.—SE LE NOMBRA HERMANO MAYOR.—REFORMAS Y PROGRESOS QUE INTRODUCE EN EL HOSPICIO Y EN LA INSTITUCION.

Existia en aquel tiempo sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, una pequeña ermita consagrada á San Jorge, donde se reunian los miembros de una Hermandad instituida para alivio de los pobres y para las obras de caridad mas penosas. Esta Hermandad no se componia entónces mas que de un corto número de almas piadosas que habian contraido en comunidad la obligacion de enterrar á los indigentes, de asistir á los reos sobre el cadalso y en la carcel, y de recoger á los pobre enfermos para llevarlos á

los hospicios. Pues, una tarde que D. Miguel de Mañara habia dirigido su paseo por aquel sitio, quiso la casualidad que encontrase en la puerta de la ermita á D. Diego Mirafuentes. que en aquella época era Hermano Mayor, de la piadosa asociacion. Trabóse la conversacion, y como viniesen á hablar de los trabajos de la Hermandad, Miguel, hallándose conmovido por lo que le contaba su amigo, sintió un deseo vehemente de participar de aquellos. D. Diego para quien nada era mas grato que reclutar nuevos hermanos, sobre todo entre las personas que podian dar esplendor á la obra, acogió presuroso el deseo de Mañara. Mas, ¡cual fué su sorpresa al encontrar repugnancia en el seno de la Hermandad! Era porque la reputacion de santidad que Mañara empezaba á formarse tenia aun dificultad en prevalecer contra la fama de orgulloso que debia á su vida anterior. ¿Temian los hermanos de San Jorge que quisiera ser de su sociedad solo para dominarlos? Hasta aquel dolor enemigo del trato social que le tenia alejado de todos y confiado en su casa, contribuia tal vez á fomentar contra él estas enojosas impresiones. Si quiera fué para el orgullo de que se le suponía tan mal curado, un castigo provechoso. Larga, tenaz,

fué la resistencia, y Mirafuentes, no triunfó de ella sin grande esfuerzo. Apenas admitido, Mañara vió su orgullo sometido á otra prueba mas dura aun que la primera. Llegó su vez de ir de puerta en puerta por la ciudad, con los cadáveres de los indigentes, pidiendo una limosna para dar sepultura á aquellos pobres restos. Tuvo que vencer al principio una gran repulsion, y mas de una vez la palabra faltó á aquella boca soberbia. Pero encontró en el amor divino fuerza para vencer esta repugnancia, y fueron tan rapidos sus progresos en la caridad, que antes de cumplir el primer año, la Hermandad deseaba ya que fuese su Hermano Mayor. Era el año de 1662, y habiendose verificado las elecciones por Navidad, segun costumbre, el que habia temido ser rechazado como simple hermano, fué elegido Gefe casi por unanimidad. Desde aquella época hasta su muerte acaecida en 1679, esto es por espacio de diez y siete años, fué reelegido todos los años por votacion secreta y por todos los votos menos el suyo.

Ciertamente, los miémbros de la Hermandad tenian mucha razon para temer que Mañara acabase con el tiempo, por dominarlos. Tampoco era hombre capaz de dejarlos en la creen-

cia de que hacian bastante por los pobres. Mas en estos casos, en su propia carne era donde hundia primero este inquieto aguijon de la Caridad.

La Hermandad habia fundado primero un hospicio donde daba asilo de noche á los pobres de la Ciudad que no tenian donde dormir. Mañara propuso que este beneficio se hiciese extensivo á los peregrinos transeuntes, y pronto hubo para estos otro hospicio, donde encontraron cena, cama y lumbre para reanimar sus fatigados miembros. Pero aquí tenemos un testigo que es preciso oir, el mismo Mañara. Nótese que habla de sí mismo en la tercera persona, como César en sus comentarios. Pero el héroe de la Caridad, mas ingenioso para esconder la mano que sana que aquel para enseñar el brazo que hiere, trata siempre de ocultarse detrás de su título de Hermano mayor.

«Habiendo el Hermano mayor, en el mes
«que le tocó de enterrar los pobres, hallado un
«pobre difunto debajo de un cobertizo, donde
«pasaba un arroyo de agua, el cual estaba re-
«bozado en su capa, y según juzgó, del poco
«abrigo, y agua, y yelo de la noche habia muer-
«to; compadecido de que por falta de recogimien-

«to, y abrigo muriesen los pobres de aquella
«manera, determinó con la ayuda de Dios el re-
«mediar tan extrema necesidad. Para cuyo fin se
«fué al Hospital de las Tablas, que cuidan los Pa-
«dres de S. Juan de Dios, para ver si en este si-
«tio se podian hacer algunas chimeneas á donde
«los pobres tuviesen lumbre, y se calentasen; y
«por ser este Hospital de techos de madera muy
«bajos, y el sitio corto, no se halló aquí comodi-
«dad. Pero Dios nuestro Señor, cuya Providen-
«cia no falta á los pollitos de los cuervos des-
«amparados, proveió de un almacen de bóveda
«junto á la Iglesia de la santa Caridad, que aun-
«que pequeño y muy mal tratado, se podia lograr
«el intento que se pretendia. Viendose ya con
«este pequeño sitio, pero sin medios ningunos
«para solarlo, y hacer fogones, comprar tarimas
«y esteras, por ser la pobreza de la Casa tanta,
«que no tenia con que hacer esto, ni poder dar-
«les una hogaza de pan; propuesta esta obra á
«toda la Hermandad, que se habia juntado para
«este fin; los Hermanos de mayor consecuencia,
«asi de talento, como de letras, y virtud; se
«rieron de la proposicion, por el poco fun-
«damento que tenia el añadir una obra que
«había de pesar mas ella sola, asi de asistencia,

«como de costa, que todas las demas obligacio-
«nes de la Hermandad (que entónces eran, enter-
«rar los pobres desamparados, asistir y acompa-
«ñar hasta la sepultura á los ajusticiados, y lle-
«var en sillas de manos á los enfermos á los
«Hospitales); pues no habiendo para estas obli-
«gaciones, cómo queríamos añadir otra, que
«(como se ha dicho,) pesaba mas que todas, y
«que no serviria de otra cosa mas, de que ni
«estas se prosiguiesen, y las otras se acabasen;
«y era veleidad empezar una cosa para que ma-
«ñana se acabase. Verdaderamente eran razones
«humanas, y prudentes; pero como las obras de
«Dios no dependen de medios humanos, cuando
«su divina Magestad es servido, los aparta in-
«totum, para que su omnipotencia obre absolu-
«tamente; como lo hizo en Egipto, y con Gedeon,
«David, y los Apóstoles cuya ignorancia venció á
«toda la sabiduria del mundo, y su flaqueza á
«toda la potencia de los imperios. Aquí fué lo
«mismo, porque contra tan congruentes razones
«como dieron doctos y sábios de nuestra Her-
«mandad, venció la simplicidad del Hermano
«Mayor, y de otros tales como él que lo siguieron
«en sus votos, hombres de poco discurso pero
«de buena voluntad. Con que habiendolo aproba-

«do la Hermandad por mayor parte de votos, se «tomó el almacén; y buscando limosnas, se com- «praron tarimas, esteras, mantas y leña... Por «este tiempo iban creciendo los pobres de el «Hospicio en grande manera, pues hubo Noche- «buena de dar de cenar á mas de quinientos «pobres».

Desde aquel momento, todos los miembros de la Hermandad comprendieron que no habia nada imposible para la voluntad de su Gefe. Asi es, que cuando, mas tarde, les llegó á proponer (pues su caridad era tan incansable como ingeniosa), la agregacion de una enfermeria al asilo que habia fundado, consintieron sin cuidarse de los recursos que pudieran necesitar. Esto correspondia á Dios de quien la piadosa importunidad de Mañara sabia obtenerla.

Entre los que manifestaron en un principio mas anhelo por ayudar á Mañara en su obra, habia un sacerdote á quien la Hermandad debia una cantidad bastante importante, prestada por él para el enlosado de la Iglesia. Este sacerdote fué á ver á Mañara, diciendole que renunciaba de buen grado á la deuda; pero mas tarde se arrepintió y volvió á pedir su dinero. D. Miguel devolvió la cantidad al sacerdote, mas no sin

echarle en cara su triste variacion. No paró en esto. Igual ocurrencia habia sucedido antiguamente á san Juan Limosnero con el obispo Zoilo. Habiendo vuelto este á tomar del Santo una cantidad que le habia dado para los pobres de su Hospital, Dios le hizo ver en una vision un riquísimo palacio que habia perdido por su avaro arrepentimiento. Mañara trayendo esta leyenda en la memoria, quiso ganar por cuenta propia el rico palacio que el sacerdote habia perdido con tanta imprudencia como el obispo, y pagó de su bolsillo la cantidad reclamada, añadiendo, que lo hacia tan solo para comprar el derecho que aquel poseia delante de Dios y al que acababa de renunciar.

Por muy graciosa y muy cristiana que parezca en los términos esta donacion, tal vez será permitido observar que su forma encierra un tanto de malicia. Esto prueba que Mañara no habia alcanzado aun la grande humildad que mas adelante obtuvo. Pero hay cierto placer en seguir los progresos de la santidad en una alma de este temple; esta santidad es quizá mas sensible cuando se descubre que está aun ligada á la humanidad de una manera imperceptible.

Mas volvamos á la proyectada enfermeria.

Ved cómo fué concebida esta idea, y cual fué la causa que dió á conocer su necesidad. Los pobres peregrinos eran con frecuencia atacados de enfermedades, para las cuales se cerraban desapiadadamente los hospitales ordinarios. Tales eran por ejemplo, las enfermedades contagiosas, y en aquella época la tisis era comprendida en este número. No es posible formarse una idea del terror que cualquier contagio, real ó imaginario inspira aun en Andalucía ¡Cuanto mas debia suceder hace dos siglos! Parecióle á Mañara mas breve fundar una enfermeria, que oponer á terrores, vanos ó fundados, los argumentos de la razon ó los de la caridad. Empezó por colocar doce camas en el almacén de que ya hemos hablado; pero muy pronto las doce camas no fueron suficientes. Resolvieronse entónces á construir dos departamentos en prolongacion de la Iglesia; y hubo en ellos cabida para cincuenta enfermos. Mas ¿de donde se sacaba el dinero? Siempre de la misma fuente, siempre del pié de aquella roca, cuyas vivas aguas hacia surgir la vara de la caridad. Un dia, era un miembro de la Hermandad, que para redimirse de sus pecados, traia á Mañara la enorme suma de 25,000 ducados, con la única condicion de que no se re-

velaria su nombre, secreto guardado religiosamente hasta que la muerte del donante vino á relevar á Mañara de su promesa. Otro día era un Obispo que habiendo visto á su paso por Sevilla, para ir á tomar posesion de su obispado en Cuzco, los nobles esfuerzos de la Hermandad, obtenia de un amigo moribundo en Cádiz, diez y seis mil ducados, que venian á Sevilla á aumentar los ahorros de los pobres.

Sabido es que generalmente el buen éxito duplica el éxito mismo: se hizo cosa de buen tono en Sevilla el inscribirse en la Hermandad de san Jorge. Fué un honor solicitado por los nombres mas ilustres y poco á poco toda la nobleza de la Ciudad tomó puesto en esta milicia de la Caridad. Tanto esplendor, limosnas tan crecidas, no podian menos de exitar la envidia. Dos malos sacerdotes ayudados por un fraile, atacaron con violencia la reciente institucion. «Van por las calles, decia uno, pidiendo para dar sepultura á los menesterosos, y con el fin de ablandar las buenas almas, llevan delante de sí las angarillas del difunto, pero descorred la cortina y vereis que dentro no hay nadie.» Ved, decia otro, desde que dan pan á las mugeres, estas ya no trabajan.» «Hacen tales honras á los

reos, decia un tercero, que los criminales cometerian delitos, solo por ser sepultados con tanta estimacion.»

Por muy despreciables que fuesen estos ataques, no dejó de notarse que las limosnas disminuian sensiblemente. Un miembro de la Hermandad, el Doctor Don Francisco Mexia, quiso contestar á estas calumnias, y llegó á escribir una especie de manifiesto; pero Mañara se opuso á su impresion, diciendo: «La verdad no la han de defender los hombres, que todos son mentirosos, sino la misma verdad, que es Dios.» Y efectivamente, la tormenta se disipó por sí misma, y habiendo muerto en la miseria y en el abandono los tres calumniadores, volvieron las limosnas mas abundantes que nunca.

La conservacion de la enfermeria estaba asegurada para lo sucesivo. Pero ¿quien asistiría á los pobres? Esta idea preocupó mucho al reformador. Nombráronse al principio doce hermanos, que relevándose cada mes tuvieron el encargo de vigilar el servicio. Y para el desempeño del servicio mismo, D. Miguel concibió la formacion de una congregacion de enfermeros, que serian como los legos de aquella libre comunidad. Prescribióles un traje, una regla y los so-

metió á todas las exigencias de la vida en claustro, se les dió el nombre de Hermanos de la penitencia. Mas cómo tambien se debia hacer algo por edificar á los fieles, los mas nobles Hermanos consideraban como una ley el partir con los enfermeros su humilde ministerio. No habia entre los hermanos uno solo, por muy orgulloso que estuviese de su nobleza, que no debiera quitarse la capa al entrar en la enfermeria, y dando una vuelta á las camas, besar la mano á los pobres todos en la persona del mas antiguo de ellos. El cirujano mismo no los curaba sino de rodillas. Cuando avisaban de la llegada de un enfermo traído de la Ciudad ó de algun pueblo vecino, el enfermero de servicio corria á la puerta para ayudarle á bajar de su cabalgadura, le recibia en sus brazos, y le hacia entrar en la enfermeria, donde le lavaba y besaba los pies antes de echarle en la cama. Esto se lee aun hoy en los reglamentos de la Hermandad, y Mañara no descuidaba nada por cierto, para mantener el uso de una costumbre tan santa.

Esta humildad, que D. Miguel no separaba de la Caridad, queria que fuese en los demás tan completa como el mismo habia llegado á practicarla. El silencio mas absoluto reinaba en las

juntas. Todos dejaban sus títulos á la puerta, para conservar uno solo, el de servidor de los pobres. Un dia, habiendo llegado tarde á la junta el Marqués de la Algaba y el de Villamanrique, se levantáron todos para hacerles lugar. Mas D. Miguel, dió una palmada en la mesa, diciendo que en la casa de la humildad no se practicaban las cortesias del mundo. Volvieronse á sentar todos, y los dos recién llegados ocuparon el último puesto, y no fueron los últimos en sentirse conmovidos por aquella gran palabra que en nombre de Jesu-Cristo los despojaba así de la magestad de sus antepasados.

Ya hemos visto cuanto esmero se ponía en cuidar el cuerpo de los pobres. Mañara ponía mas aun en la salvacion de sus almas. En cada enfermeria habia un altar donde se decia misa diariamente. Todas las noches se rezaba el rosario en comunidad, y el Domingo los pobres confesaban y comulgaban.

Pero si los pobres estaban bien, Dios estaba muy mal en la Caridad. La antigua Iglesia se caía arruinada; las palomas de las casas vecinas anidaban en sus bóvedas, y volaban todo el dia sobre las vigas que cruzaban de una pared á otra sosteniendo el tejado. Mañara sentía mas

que todos este estado, pero mientras los pobres necesitaron de todos los recursos de la Hermandad, esperó que Dios le perdonaria el no haberse acordado de su casa. Cuando ya no carecieron de nada los pobres, la gran piedad que encerraba en su pecho se volvió hácia la Iglesia, y desde entonces no tuvo mas pensamiento que el de reedificarla. Sobre esto debemos oírle otra vez á él mismo.

«Lo que mas nos affligia, era ver la Iglesia, «tan indecente; pues estaba sin solar, y á teja «vana, y necesitaba de hacer la bóveda del techo, y el prebisterio con su arcotoral. Y teniendo «esperanza en el Mayordomo (porque se mostraba muy afecto y devoto, y por ser persona «rica y sin hijos) que dejaria algo para principio, á que todos ayudaríamos; lo dispuso Dios «nuestro Señor de modo, que dándole una enfermedad muy larga en que tuvo lugar de disponer sus cosas, no se acordó de la Iglesia: quedando nuestras esperanzas vanas con su «muerte, como sucede á todos los que fían en «los hijos de los hombres. Pero el Altísimo Señor, cuyas obras no están sujetas á instrumentos humanos, previno un pobre mendigo, que «se llamaba Luis, el cual entrando, luego que

«murió el Mayordomo, en mi casa á las ocho
«de la mañana, me dijo, mi mujer era una po-
«bre castañera: con su trabajo había juntado
«ochenta pesos de caudal. Murió y en algunas
«mandas y su entierro gasté los treinta, hanme
«quedado cincuenta pesos, que es toda mi ha-
«cienda; aquí los tiene V. para la Santa Caridad;
«que yo sustentaré mi vida con un pedazo de
«pan que pediré de puerta en puerta.—» «Yo
«no quería recibir el dinero, por parecerme le
«charia notable falta; pero fueron tantas las ins-
«tancias, que fué preciso tomarlo. Y pregun-
«tándole, qué motivo tuvo para deposeerse de
«aquella cantidad, siendo tan pobre; me dijo,
«que toda la noche había estado desvelado, y
«con grandes ansias deseando el día para traer-
«me el dinero, y que no podía sosegar hasta
«entregarlo. Con este principio tan de la mano
«de Dios, cargó firmemente todo el edificio, que
«sobre ella se ha levantado.»

Tan grande era la confianza de Maña-
ra, que ajustó la construccion del altar mayor
en doce mil ducados, careciendo hasta del pri-
mer ochavo de esta cantidad. Reunió con el
tiempo, medio millon de ducados, y la Iglesia
quedó concluida; pero, como dice tambien Ma-

ñara: «siendo la primera piedra que se plantó el corto caudal del pobre Luis mendigo.»

Al salir de la Iglesia de la Caridad, donde voy con frecuencia á admirar las hermosas obras de Murillo, de Valdes Leal y de Roldan, suelo á veces encontrar delante de la puerta una gitana vieja cubierta de harapos, que vende castañas á la gente que pasa. ¿Cómo no he de acordarme al verla, de la que pasó toda su vida recogiendo ochavo por ochavo, el dinero que sirvió á levantar los primeros fundamentos de esta Iglesia? Mas dejémos elevarse la basílica del mendigo Luis; volveremos á ella cuando esté concluida.

No creais que las entrañas de Mañara eran sensibles solo para los pobres adoptados por él. No era de esos fundadores que convirtiendo un establecimiento de beneficencia en monumento de gloria para su nombre, ven frios é insensibles, todo lo que no es su obra predilecta. Mañara, por el contrario, salia sin cesar de la Caridad para ir á socorrer á los pobres, que cualquier motivo impedia de llegarse á él. Nunca dejaba de sacar de las limosnas que recibia, una parte para los pobres vergonzantes, para los conventos pobres, para las jóvenes que care-

cian de dote. Un día repartía una gran cantidad de pan á todas las parroquias de Sevilla. Otro día distribuía á los indigentes hasta tres mil camisas. Otras veces por una inspiracion del Cielo daba á uno solo lo que destinaba á varios. Cierta tarde que teniendo que repartir quinientos reales entre algunas parroquias, se habia puesto en camino para buscar á los curas de aquellas, le sucedió que á ninguno pudo encontrar, y no queriendo volver con el dinero á su casa.—Vamos; dijo alegremente á su mula, busquemos juntos. Esta cantidad, que repartida hubiera sido poco para muchos, tal vez puede hacer á uno solo feliz.»—Y soltando la brida, dejó la direccion al instinto del animal. Este se encaminó hácia la muralla, y como se fueran acercando cada vez mas al despoblado, Mañara empezaba á arrepentirse de haber puesto tan mal su confianza, cuando el animal se paró solo al pié de una cruz, donde un niño pequeño se calentaba al sol poniente. Preguntóle el Santo Varon si era húrfano y si tenia hermanos y hermanas. Respondió el niño que tenia padre aun, que este se llamaba Roque de Mena, y que él era el mayor de seis hermanos todos de poca edad, ofreciendo al mismo tiempo al estrangero

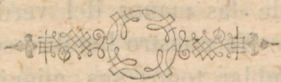
que le conduciría á la casa que habitaba su familia. Pocas veces habia visto Mañara miseria mayor. Los quinientos reales que dejó á aquella familia, fueron para ella el principio de cierto bien estar.

Pero estas eran como distracciones y secretos pasa-tiempos de Mañara. Despues de cada una de estas pequeñas campañas se entregaba con mas ardor al perfeccionamiento de los santos ejercicios de la Hermandad. Despues de los peregrinos enfermos, llamaron su piadosa atencion los reos sentenciados á muerte. Si algunos veian en esto un esceso de celo, les decia: «Cuando son sentenciado á muerte y llevados al pie del patibulo, tambien son la imágen de Jesu-Cristo». Hasta aquella época, era costumbre que dos hermanos fuesen á buscar al reo á la Cárcel y marchasen delante de él hasta el lugar de la ejecucion, recojiendo en el camino las limosnas destinadas á cubrir los gastos del entierro. Parecióle á Mañara que debia hacersé algo mas y de mejor manera; esta idea se le ocurrió por el hecho siguiente.

Cierto hombre sentenciado á muerte por no sé que delito, en vez de arrepentirse, era causa de escándalo con su atrevida impenitencia, y

rechazaba con insolente desprecio á los sacerdotes que le enviaron para asistirle. Mañana avisado de la ocurrencia, fué á la cárcel, donde encontró al reo procurando divertirse con algunos amigos suyos, que le sostenian en su falsa seguridad. Conmovióse el corazon de Mañana al ver á aquel desventurado, que olvidando que iba á morir al dia siguiente, se cuidaba tan poco de un porvenir tan cercano, rodeándose de aquellos otros bribones, cómo de una guardia encargada de defenderle de todo buen pensamiento. Llamóle á parte, y hablándole con dulzura, trató de hacerle pensar en sí. Mas viendo que no hacia caso alguno de sus palabras, cambió de tono, y con toda la autoridad de un hombre como él era, que hablaba á semejante miserable, le hizo ver el infierno abierto bajo sus pasos, y como á las veinte y cuatro horas, iba á caer de las manos del verdugo entre las del demonio. Ya nuestro hombre se turba y empiezan á temblar todos sus miembros. Cuando don Miguel creyó haberle reducido al punto que deseaba, arrojó de la cárcel á los indignos amigos cuya presencia prestára á los malos instantos toda la fuerza del respeto humano, y el confesor término la obra comenzada.

Pero no se habia salvado con esto mas que una alma, y era preciso proteger en lo sucesivo á todos los reos contra las tentaciones de la última hora, como lo habia sido aquel. D. Miguel determinó que en cuanto se pronunciase la sentencia, dos Hermanos elegidos entre los de mas aprecio, se encargasen de los últimos momentos del reo, y permaneciesen á su lado para no dejar que entráran en la carcel mas que las influencias de la piedad, y como los rayos vivificadores de la caridad. Despues toda la Hermandad congregada debia acompañar al reo hasta el sitio del suplicio, y luego, lo que algunos juzgaban escesivo, hasta el de la sepultura.



III.

ESTATUTOS DE LA CARIDAD.—SU REFORMA EN 1675.

—APROBACION REAL EN 1785.—ANÁLISIS

DE ESTA REGLA.

Todas estas disposiciones nacidas instantáneamente, ampliadas, modificadas bajo la inspiracion de la Caridad, no fueron coordinadas de un modo definitivo, y no formaron estatutos hasta en el año de 1675.

El 12 de mayo de este año la Hermandad resolvió en cabildo ordinario que debia procederse á refundir y ampliar sus estatutos, y confió este encargo á D. Miguel de Mañara que ya entonces era Hermano mayor, y á su primer Te-

niente D. José Veitia Linage. ¿Hablaré del celo que Mañara desplegó en esta ocasion? Cada página, cada renglon de su obra lo están aun manifestando. En cuanto estuvo esta obra bastante adelantada para proceder á su examen, se celebraron varias juntas, y últimamente el dia 14 de agosto del mismo año se leyó la nueva redaccion de los estatutos, quedando aprobados los cincuenta capítulos que aun la componen.

No obstante, faltaba para que los estatutos reformados pudiesen regir á la Hermandad y á la Casa y Hospicio de la Santa Caridad, que el venerable Arzobispo de Sevilla, D. Ambrosio Ignacio Spinola y Guzman, les diese su bendicion, revisándolos despues de un carácter obligatorio la aprobacion en debida forma del Provisor del Arzobispado.

Este fácil y último encargo fué tambien confiado á D. Miguel de Mañara.

Ciento diez años despues por decreto de 15 de Setiembre de 1785, el Rey Carlos III, tomaba bajo su real proteccion los estatutos de la Hermandad de San Jorge que se reimprimieron por última vez en aquella época.

Ahora creo oportuno estenderme de un modo mas detallado sobre estos estatutos, dándolos

á conocer por un análisis algo circunstanciado. Desde sus primeras líneas se trasluce en ellos el ardor personal de Mañara, y el fuego de Caridad de que estaba animado.

El primer capítulo trata del objeto de la institucion, ó mas bien determina cada uno de los deberes de la obra por un versículo de las sagradas escrituras. La coleccion de los diferentes párrafos tomados de los libros sagrados es cómo un código supremo de donde emanan los estatutos.

«Siendo esto asi, como lo es, añade el austero legislador, levantándonos del sueño pesado de los embelesos del mundo, corriendo las cortinas á las tinieblas de nuestro entendimiento, abriendo la puerta de nuestro corazon á la luz inaccesible de nuestro Criador, fiados en su santa y fiel palabra, nosotros pequeñuelos en su acatamiento, invocando su auxilio, sin cuyo principio no hay obra buena; á imitacion del Santo Tobias, nuestro padre siervo suyo, y de los Santos José y Nicodemus, nos obligamos á dar sepultura eclesiástica á cualquier pobre que halláremos difunto, asi en los campos como en las casas y calles de esta Ciudad, en nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo pobre

«y difunto, y así mismo á los ajusticiados, abor-
«recidos y desamparados de las gentes, en nom-
«bre del Señor que fué por nuestros delitos
«ajusticiado y desamparado del mundo; y así
«mismo llevar en sillas á los pobres enfermos
«(nuestros muy caros hermanos) á los hospita-
«les, para que los curen, y hagan bien en nom-
«bre del mismo Señor, que por nosotros tan
«suma pobreza padeci6; pues su alta magestad
«nos dijo que las aves tenían nidos, y los ani-
«males cuevas, y que el hijo del hombre no te-
«nia donde reclinar la cabeza que fuese suyo.
«Y otro sí tambien juntaremos limosnas, no
«solamente para hacerles bien á sus cuerpos
«sino á sus ánimas, con santos sacrificios
«y oraciones. Y considerando cuan agrada-
«ble es á nuestro Señor Dios, recoger los
«peregrinos, como nuestro Santo Padre Abraham
«lo hacia por agradar al mismo Señor, nos obli-
«gamos á recoger á todos los peregrinos que á
«esta Casa vinieren, y hacerles el bien que po-
«damos. Y porque la miseria humana, y nues-
«tros pecados obliga á aquella recta justicia que
«habita los Cielos, á enviar enfermedades par-
«ticulares y esquisitas, que no reciben en los
«hospitales, como lepra, etiquez y apestados, ó

«suma vejez, y otras semejantes; acordándonos
«del Santo Job amigo de Dios, y del pobre Láza-
«ro, con los brazos abiertos nos obligamos á los
«pobres, que estas enfermedades padecieren, á
«tenerlos, sustentarlos y regalarlos hasta el fin de
«sus vidas. Y viendo que el principio de la vida
«es la fé, y creer sus misterios, y que los mas
«de los pobres por criarse en los campos, care-
«cen de esto, nos obligamos á enseñarles todas
«las noches la Doctrina Cristiana para salud de
«sus almas, y servicio y gloria de Dios, en quien
«esperamos nos dé su santa y venerable mano,
«para que de la nada que somos, nos levantemos
«á poder servirle.»

El segundo capítulo, corolario del primero, es una fervorosa exortacion del Hermano mayor á sus hermanos. Citaré algunas de las bellas máximas que encierra, para patentizar una vez mas el profundo conocimiento que tenia Mañara de la humildad cristiana, y de la contagiosa virtud de Caridad práctica.

«El pecado de escándalo es el mayor, por
«que no solo recibe daño el que lo hace, sino
«lo reciben todos aquellos que con su mal ejem-
«plo siguen los vicios, y el camino de la per-
«dicion; pues el mismo peso que tiene delante

«de la justicia de Dios este pecado, lo tiene de-
«lante de su misericordia la santa virtud del
«buen ejemplo; dejó el valor de la obra por sí,
«pero la circunstancia no pesa menos; de ver
«al Caballero en un acto humilde, se compunge
«el plebeyo, y quiere imitarle: de ver al hombre
«sábio á los pies de un pobre, el ignorante cie-
«gamente abraza aquello por bueno; y de este
«modo se va introduciendo poco á poco la hu-
«mildad, y las obras santas de Caridad, y des-
«terrando los vicios de avaricia y soberbia, rai-
«ces de todos los males, que por nuestra desdi-
«cha tan asidos están en la tierra.»

Y mas adelante:

«Santa es la obra de enterrar los pobres di-
«funtos: quizá estimará Dios mas el sudor y
«cansancio que nos cuesta, que si mandásemos
«enterrar todos los pobres de la Ciudad. Bueno
«es hospedar los peregrinos, y cuidar del re-
«galo y alivio de los enfermos; pero servirles
«con humildad en público y en secreto es de
«mayor estima delante de Dios.»

El capitulo III establece que debe ser ili-
mitado el número de los hermanos asi como no
tienen número las miserias que se proponen so-
correr. «Y con eso, dice Mañara que rara vez

cede á la seducción de tan graciosas figuras mas bien de un San Francisco de Sales ó de un San Francisco de Asis,» nos hallaremos ricos de sujetos para escoger en este prado amenísimo las flores mas olorosas que sirvan al culto de Dios en sus pobres.»

Tambien trata este capítulo del tratamiento que han de darse los hermanos entre sí, asunto siempre importante en España. «Y así en nuestras juntas particularès ó generales, sean nuestros hermanos Grandes Señores ó no lo sean, «dice resuelta y cristianamente Mañara, el trato «sea de Vd.»

Asi mismo prohíbe que se pongan blasones sobre los sepulcros; «y solo se pongan una calavera y unos huesos que son las armas de los finados.»

En el capítulo IV se enumeran los diversos cargos de la Hermandad. Esta se compone de un Hermano mayor, de un primer Teniente y otro segundo, de un tercero, de un primer secretario, un segundo secretario, un contador, un comisario inspector, un síndico que egerce al propio tiempo el cargo de primer sacristan, un apoderado, encargado de los pleitos y demás negocios, trece diputados, dos de ellos clérigos y uno

letrado, un capellan primero, un segundo sacristan, un mozo de caja ó cobrador y un portero. Las juntas ordinarias se componen de 23 hermanos de los que figuran en los ya citados.

En el capítulo V se dice: que para que los acuerdos tengan fuerza y vigor, han de asistir á las juntas á lo menos once hermanos. Las juntas se celebran mensualmente.

El capítulo VI establece el lugar que corresponde á cada uno en las juntas.

El VII fija la orden del día de cada sesion que ha de empezarse por una oracion, leyendose despues un capítulo de los estatutos. Se previene que en cuanto pueda empezar á acalorarse la discusion, se proceda por el presidente á recoger los votos.

El VIII trata de las elecciones generales que se celebrarán cada año en los cinco dias de pas-cua de Navidad.

Para estas elecciones se requieren ciertas formalidades preliminares designadas en el capítulo IX.

El X arregla la forma de las elecciones á las que se da principio por una oracion de los electores arrodillados y se terminan con la letania de los Santos.

El XI detalla en qué casos se ha de proceder á reelecciones ya autorizadas por los estatutos.

El XII trata del modo de trasportar á los hospitales á los pobres enfermos ó heridos.

El XIII es uno de los mas importantes. Marca muy detalladamente las obligaciones de los Hermanos encargados de asistir á los reos en la cárcel y de acompañarlos primero al suplicio y luego al campo santo.

En 1702 fué modificado este artículo, y se acordó en junta general que la Hermandad no asistiría á los reos en el acto mismo del suplicio. Esta reforma fué motivada por el hecho siguiente:

En aquella época el verdugo, algo torpe en la ejecución de la sentencia, dejó escapar de entre sus manos á un reo ya moribundo. Los Hermanos de la Caridad salieron al encuentro del desgraciado, y valiéndose de una antigua tradición se creyeron autorizados para pedir su perdón. La autoridad desconoció este privilegio, pero el pueblo se puso de parte del reo ó mas bien de la Hermandad produciendo esto algunos desórdenes. Vencieron los magistrados, y el reo volviendo á manos del verdugo fué ejecutado, y

desde aquel dia la Hermandad consideró que por su dignidad no debia volver á penetrar en un recinto donde la Caridad perdiera la última esperanza de salvar á los pobres reos. Todo lo demás del capítulo XIII quedó vigente.

Las disposiciones del XIII relativas á la sepultura de los reos se hacen extensivas por el XIV á los restos de aquellos desventurados que fuesen abandonados en el campo.

El XV arregla el modo de dar sepultura á los pobres durante el resto del año.

El XVI trata de los peregrinos y enfermos indigentes y del modo de recibirlos y de cuidarlos.

Es imposible leer sin emocion las admirables disposiciones de la Caridad, sobre todo cuando se las compara con las ásperas fórmulas de la ley humana, ó mejor dicho, de nuestros reglamentos de administracion pública. Es que bajo los harapos del indigente, la Caridad no vé ya tan solo al hombre, sino á Jesu-Cristo.

El XVII determina el modo de pedir limosnas á la puerta de la Iglesia.

El XVIII el de dar sepultura á los Hermanos de la Caridad.

El XIX las oraciones que se han de hacer

en la octava de todos los Santos para el descanso del alma de los Hermanos difuntos.

El XX explica cómo se celebrará el día 14 de Setiembre la exaltación de la Santa Cruz, fiesta especial de la Hermandad.

El XXI trata de la festividad de San Jorge su patrono particular.

El XXII de la cantidad personal que ha de abonar cada hermano.

El XXIII resuelve una cuestión de disciplina. Todo hermano que durante un año hubiere faltado á todos los deberes ó ejercicios de la Caridad, ó cuya conducta fuere escandalosa, recibirá primeramente una amonestación, y si reincidiere quedará borrado de la Hermandad.

El XXIV trata del modo de reemplazar á los ausentes.

El XXV del arreglo y conservación de los archivos.

El XXVI del modo de proveer los beneficios vacantes.

El XXVII de las mandas testamentarias y de la manera de recogerlas.

El XXVIII de como deben recibirse con humildad los castigos y las amonestaciones.

El XXIX determina en qué ocasiones y de que

manera se han de leer los estatutos. Se han de leer por completo cada año.

El XXX trata de ciertos gastos cuya modificacion queda á juicio de la Hermandad cuando lo juzgue oportuno.

Los capítulos siguientes son concernientes á la recepcion de los Hermanos.

El XXXI marca las circunstancias que se requieren en los que deseen ingresar. Para ello, es preciso ser cristiano viejo, de una familia honrada, y sin mancha, sin mezcla de sangre de moros, Judíos, negros ó Cristiano nuevo. No ha de haber sido sentenciado por el tribunal de la inquisicion ni ha de haber sufrido pena alguna infamatoria. Se requiere que tenga veinte y cinco años y caudal bastante para vivir con arreglo á su clase, pudiendo llenar todos los deberes que le impone el titulo de Hermano de la Caridad, hasta el punto de que si encontrase á un pobre abandonado sobre la plaza pública, pueda cargarle sobre sus hombros y llevarlo hasta el hospicio. Sencilla ecsageracion que demuestra hasta qué punto llegaba la formalidad de Mañana, tratándose de los deberes de un hermano de la Santa Caridad.

El capitulo siguiente detalla los diferentes

trámites que ha de seguir la solicitud del Candidato.

En el XXXIII se le vé tomar posesion de su nuevo título en Cabildo ordinario y jurar con la mano puesta en el pié de la Cruz, que ha de profesar con la boca y de defender hasta morir el dogma de la Inmaculada Concepcion. Asi mismo se obliga á servir á los pobres y á llenar con entera abnegacion todos los encargos que se le confiaren. No sorprenderá esta profesion de fé sobre la Inmaculada Concepcion al que tenga presente que en España la Madre del Redentor ha sido siempre objeto de una particular devocion, y que hace siglos este país se ha adelantado por unanimidad á la decision de la Iglesia.

El XXXIV dispone que los sacerdotes que mueran faltos de razon ó en estado de niñez, se entierren con los mismos honores que los demás, pues no borran en ellos el carácter del Sacerdocio la locura ni la imbecilidad.

El XXXV establece de que manera puede un hijo entrar en la Hermandad en reemplazo de su padre ó de su abuelo.

El XXXVI trata del arrendamiento de los bienes de la Hermandad.

Los capítulos siguientes desde el XXXVII al XLV contienen instrucciones dirigidas al Hermano mayor, á sus dos Tenientes, al Tesorero, al Secretario, al Síndico, al Contador, al Comisario, al Capellan primero, y al Portero, sobre el cumplimiento de sus respectivas obligaciones.

En el siguiente se designan mas circunstanciadamente las reglas que han de regir á los Hermanos enfermeros, y se marca las funciones de cada uno de ellos en cada hora.

«Asi como el dia aparta de sí las tinieblas, «y la aurora fabricada por Dios nuestro Señor «empieza á alumbrar al mundo, razon es que «nosotros á esta misma hora apartemos las tinieblas de nuestros entendimientos, y empiece «á nacer en ellos, no la aurora criada, sino aquella luz increada, que crió á la aurora, y puestos á sus pies santos le pidamos misericordia «de los yerros de la noche, y culpas pasadas; y «en su presencia estemos en oracion el verano «desde las cinco á las seis, y el invierno desde «las seis á las siete.»

Sigue luego la interesante y dulce relacion de la vida interior de los pobres, de todos los cuidados físicos y espirituales que los rodean. Bastará un detalle para juzgar de los demás.

Despues de la oracion de la mañana y de la misa, el cocinero queda dispensado de todos los demás ejercicios de la Comunidad. Debe dedicar todos sus cuidados á la comida de los pobres. «Se le encarga por amor de Dios el aseo y sazón de ella, porque aun de esa suerte muchas veces no la pueden comer los pobres desflaquecidos, y enfermos ¿qué será cuando va mal sazónada?»

El último dia de fiesta de cada mes, dice el capítulo XLVII, la Hermandad reunida oirá en su Iglesia un Sermon que versará sobre la *Muerte, el Juicio final, las Penas del Infierno ó los Goces del Paraíso*.

Todos los martes de Cuaresma un Sacerdote miembro de la Hermandad deberá dirigir á los pobres una plática religiosa, y al terminarse esta, cada uno de ellos recibirá una limosna en compensacion de la que hubiera podido recoger en las calles. Esta costumbre está establecida por el capítulo XLVIII.

Todos los viernes de Cuaresma por la noche, se predicará en la Caridad un sermon sobre la pasion de Jesu-Cristo, rezándose antes y despues por disposicion del Capítulo XLIX. Para este acto se convoca á cada uno de los Herma-

nos por medio de una papeleta cuyos últimos renglones dicen:

«Avisase á V. para que no falte á tan santos ejercicios, que quizá serán los postreros que «Dios le dará para que merezca.»

En todo se vé aquí la imagen de la muerte mezclada con las mas dulces efusiones de la Caridad.

En fin otro capítulo, el L. que es el último, encierra ciertos puntos particulares que no han tenido cabida en los anteriores.

¿No se encuentra en cada palabra de este precioso documento el alma tierna, el genio austero y el ingenio organizador de D. Miguel de Mañara? Además en todo él, se encuentran su lenguaje, sus vigorosas figuras, su estilo; aun cuando uno no supiera que él mismo ha redactado estos estatutos, le conoceria instantaneamente en ellos. Yo no veo solo aquí su pensamiento, oigo sus propias palabras, su acento, y si posible es decirlo, hasta el sonido mismo de su voz. Hoy se sigue aun en la observacion de los estatutos escritos por Mañara, y desde el lienzo donde Valdés Leal retrató sus facciones, parece aun dirigir él mismo las deliberaciones de la Hermandad.



IV.

VIDA INTERIOR DE MAÑARA.—COMO REPARTIA SU
TIEMPO.—SUS MEDITACIONES.—SUS AUSTERIDADES.
—SU LIBRE APOSTOLADO.—SU INFLUENCIA.—
ANECDOTAS.—ARDOR DE SU CARIDAD.

34 Sin embargo, tantas buenas obras, tantas cristianas reformas, tantas instituciones útiles, fundadas ó ampliadas, no eran capaces de satisfacer el ardor de D. Miguel ni de saciar aquel amor de Dios que hacia extensivo ó todos, y el deseo de la soledad venia aun con frecuencia á remover aquella alma grande. No pedia descanso. El incansable atleta no sentia aun ni hastio ni cansancio. La soledad le tentaba, atrayendo-

le con una expansion mas libre del amor que le devoraba. Una vez, mas que nunca, como unos seis años despues de su conversion, sintió esta irresistible necesidad de huir al desierto, donde ya habia probado la amarga dulzura del recogimiento, de la oracion y de la penitencia. Mas no se atrevió á marchar de Sevilla sin consultar á algunos santos sacerdotes que con poco trabajo le persuadieron que Dios le habia señalado un puesto en el mundo, y acalló la voz interior que parecia llamarle por otro lado. Ademas ¿no encontraria al entrar en su casa aquella soledad que le era tan necesaria?

Este es el lugar de dar algunos detalles sobre la vida que hacia Mañara. Pudiera creerse, mas no puedo encontrar la época fija, que ya en este tiempo empezó á ausentarse mas á menudo de la casa solariega de su familia, (cuyos mármoles, segun su propio dicho le molestaban), para retirarse á una humilde habitacion que se habia reservado en la Caridad. Ya casi habia mezclado su hacienda con la de los pobres, cediendoles todo lo que no era estrictamente necesario para los gastos de su familia. En un principio habia puesto en sus espaciosos graneros el trigo de su propiedad separado del que compraba

por cuenta del hospicio, pero esta separacion duró poco. Lo mismo sucedió con su vida, pronto ya no pudo diferenciar lo que de esta vida pertenecia á los pobres, de lo que habia reservado para si. Esta última parte se hizo poco á poco tan pequeña, que acabó por quedar absorbida en la otra. «Toda su vida dice su historiador, fué una tela preciosa tegida con buenas obras.» Y yo agrego: y con buenos pensamientos.

Se levantaba con el alba, y esperaba en la oracion y la meditacion que fuese de dia claro, ya en esto habia ganado dos horas. En seguida leía el oficio matutino é iba á la Iglesia para oír misa. De vuelta á su casa meditaba de nuevo por espacio de una hora. Despues de estas cuatro horas consagradas á Dios, se entregaba á los que iban á buscarle; pródigo con todos de atenciones, de consuelos, y de consejos. Visitaba luego las enfermerias, conversando sucesivamente con todos los enfermos, y presenciaba su comida para cerciorarse por si mismo de que no carecian de nada. En cuanto á él, no comia sino despues de los pobres, y siempre en compañía de uno de ellos con quien se sentaba á la mesa. Esto lo solia hacer con el mas débil

y no despedía aquel para llamar á otro, sino cuando ya estaba completamente restablecido. En cada uno de los dias de festividad de un apóstol, convidaba y vestía á otro pobre mas, y si dos de estas fiestas se celebraban en un mismo dia, eran dos mas los convidados, que despues de haber comido con él, se volvian vestidos de nuevo.

Mas solo he mencionado el empleo de las horas de la mañana; la tarde tenia sus ejercicios particulares. Despues de las visperas y completas, que Mañara nunca dejaba de leer, volvía á la enfermeria para asistir á la cura de los enfermos. Concluida esta, recibia otra vez, á los que tenian que verle, hasta la hora de la cena de los pobres que presenciaba cómo la comida. Entónces se retiraba á su habitacion donde oraba de nuevo hasta la oracion, que se rezaba en comunidad con el Capellan del Cabildo y el enfermero de servicio. Los vienes, los asistentes añadian á este rezo el ejercicio de las disciplinas, y se sorteaba despues el cumplimiento de alguna penitencia. Uno besaba los pies de su compañeros, otro iba á echarse delante de la puerta de la sala de modo que nadie pudiera salir sin pasar sobre su cuerpo. La primera vez que esto se puso en práctica, el Capellan no permitió

que se echasen suertes y mandó que D. Miguel diese el ejemplo á los demás, besando el primero los piés de los asistentes. Mañara lo cumplió con grande humildad, dando despues las gracias al capellan porque no habia aguardado á que la suerte le designase.

Tal era el buen empleo que sabia hacer del tiempo este gran siervo de Dios, como le llama el Padre Cárdenas. Mas si á pesar de tan severo uso de todas las horas, se apoderaba de él con demasiada violencia el deseo de la soledad, se retiraba por algunos dias á la Cartuja inmediata, ó á algun otro convento de la sierra, y despues de haberse cómo saciado de la soledad y de los austeros deleites del desierto, volvía feliz y calmado á su acostumbrada tarea, y entónces era un dia de fiesta para los pobres, que por un momento temieran haberle perdido.

¿Cual era pues el objeto de aquellas meditaciones á que Mañara se entregaba en las horas favorecidas de la mañana, en que parece que la luz se hace poco á poco en el alma como en la naturaleza? Sus confesores supieron de él este secreto, y algunos nos lo han trasmitido. Durante los primeros años que siguieron á su conversion, lo que mas solia embargar su pensa-

miento era la muerte y el último fin del hombre. En efecto, nadie parece haber profundizado mas este terrible asunto. Estuvo como encerrado en este asunto años enteros, y cuando salió, dejó sepultado en él todo lo que aun pudiera quedarle de las ilusiones mundanas. De esta larga contemplacion de la muerte del hombre, pasa á otro fin, muerte tambien, pero muerte fecunda y regeneradora, la pasion de Jesu-Cristo. Su alma, vencida por el santo horror de su primera meditacion, sacó de esta impresiones ya mas dulces, y como primera recompensa, halló en ella el don de llorar. Presenciando con el pensamiento, con el corazon, cada minuto de laagonia divina, alcanzó un grado tal de éxtasis, que figurandose un dia que seguía entre José y Nicodemus el acompañamiento de Cristo, creia sentir en sus brazos el peso del sagrado cuerpo desclavado de la Cruz, y poseido del deseo vehemente de saber que cántico entonaban á su lado los dos patriarcas, una voz interior le gritó; es el salmo *In exitu Israel de AEgypto*.

Poco faltaba de este primer éxtasis para seguir á Cristo subiendo á los Cielos, y contemplarle sentado á la diestra del Padre, y á esto llegó Mañana.

Descendamos ahora de tan sublimes alturas á las ocupaciones diarias y á las virtudes que eran en el alma de Mañara, el fruto de sus meditaciones y de sus oraciones. ¿Diré que era arreglado en sus comidas y que se habia condenado á una severa abstinencia? Pero esto no es mas que un principio de santidad, y solo referiré de paso, y como rasgo de costumbres y de color local, que llegó hasta á privarse de la jicarilla de chocolate tan inveterada en las costumbres españolas, que algunas veces he oido preguntar si rompía el ayuno. Tal vez parecerá esto un freno demasiado débil para mortificar una carne tan rebelde por naturaleza; pero ademas de que nunca es poco el vencer una costumbre inveterada aunque esta sea de poca importancia, me apresuro á añadir que Mañara usaba con frecuencia del cilicio y de las disciplinas; y no obstante, dudando siempre de sí mismo, evitaba con cuidado las ocasiones mas inocentes en apariencia hasta el extremo de vivir prevenido con sus próximas parientas. En recompensa Dios le concedió la gracia de que tuvo poco que luchar contra los peligrosos recuerdos de su voluptuosa juventud.

Mas ¡Cuantos santos se vieron ya castos, ca-

ritativos, duros para si mismos, pero incapaces de resistir á las tentaciones del orgullo! Acabamos de ver que Mañara que naciera el mas orgulloso de los hombres, habia llegado á ser el mas humilde, y sin hablar aun de su testamento que copiaremos por entero, y en el cual triunfa como en toda su vida esta sublime humildad del Cristiano, citemos algunos anécdotas que hagan mas palpable esta verdad. Tienen estas además el color local, y encuentro en ellas cierta gracia encantadora que conmueve en tan noble personage.

Un albañil habia compuesto una cañería que perteneciendo á una casa inmediata venia á parar á la de Mañara, y reclamó á este el precio de su salario. Contestole Mañara, que el asunto no era suyo, y que pidiese el dinero al vecino. En vez de contentarse con esta natural respuesta, el albañil se irritó contra el santo varon y desfogando su cólera en insultos, llegó hasta á exclamar, «¿Este es el gran limosnero! No es «mas que un hipócrita que se burla de la sencillez de la gente». Y llenó toda la calle con gritos é improperios. Mañara aguardó que hubiese acabado, y despues de haberle dejado tiempo para calmarse, le mandó llamar y le dijo fria-

mente: «Aquí tienes los doce reales que me has «pedido, y estos doce mas te los doy por las injurias que me has dirigido.»

Otro dia, habiéndose llegado á pedirle dinero un Magistrado subalterno de un pueblo vecino, Mañara que carecia de fondos en aquel momento, le suplicó que le dispensase; pero el alguacil le contestó colérico, que bien sabia encontrarlo para los cortesanos, y desenvainando la espada, empezó á amenazarle con ella. Don Miguel se sintió herido en lo mas vivo, y mas adelante confesaba á un amigo suyo que le habia costado trabajo contenerse; sin embargo no lo dió á conocer; pero habiéndole conocido tres personas que sobrevinieron, no lo tomaron tan sosegadamente, pues arrojándose sobre el furioso, iban á apoderarse de él, cuando Mañara los detuvo á su vez diciéndoles: «No, dejadme todo el contento de la buena ocasion que Dios me envia!» Y cuando despues contaba este suceso con serenidad admirable, decia: «Este hombre no ha recibido limosna de mi, yo soy el que la he recibido de él.»

Tal vez alhagaba secretamente á Miguel ese gran cargo de padre de los pobres, y de Hermano mayor de una Hermandad poderosa. mas,

por una parte acabamos de ver con que árdor deseaba huir al desierto y sabido es por otra que si todos los años era reelegido, no por eso dejaba de solicitar que otro fuera nombrado en su lugar, aunque no fuese, segun decia, mas que para que otros hombros se acostumbrasen á llevar el peso de que necesariamente debia la muerte aliviar los suyos algun dia.

Mas, nunca sale tan completamente del corazon del hombre el orgullo, que no se reserve en él algun pliegue recondito. Además, donde ya no entra el orgullo puede aun tener cabida la vanidad. Miguel de Mañara, que acababa de fundar de nuevo la Hermandad de la Caridad, y que habia hecho de ella una obra suya ¿no podria creer que servia tambien la causa de los pobres mostrándose celoso de las prerogativas de aquella Hermandad? Era andalúz y humildemente confieso que yo le aguardaba en esta prueba. He visto tantas veces en Sevilla, y en las circunstancias mas santas, cuestiones de las que hubieran escitado la risa de Despreaux? Pero Mañara se habia hecho superior hasta á esas pasiones ínfimas de que á veces se libran con trabajo las almas mas puras. En su vida encuentro un brillante ejemplo

de esta verdad. Era en el año 1671: Roma acababa de Canonizar á Fernando III, y por un breve del Papa se habia autorizado una solemne procesion en memoria del nuevo Santo. En esta ocasion, Sevilla creyó que nunca haria bastante para el héroe que la habia hecho cristiana volviéndola á hacer Española. Las crónicas están llenas de maravillas de esta procesion. Llegado el momento de disponer el orden de las Cofradías, lo que en Sevilla es siempre asunto de importancia, el Arzobispo considerando que nunca podria guardar demasiadas deferencias con una Hermandad en la cual figuraba casi toda la nobleza de la Provincia, creyó debia tratarlo en particular con Don Miguel de Mañara, seguro desde luego de que dicha Hermandad aprobaria sin vacilar lo que su gefe hubiese aceptado, y dispuesto por su parte á concederle todo lo que le pareciera justo. Preguntóle pues en qué puesto, á su parecer, debia colocarse la Hermandad de la Caridad: «En el último, respondió Mañara, é inmediato á la Tarasca.» En aquella época esos gigantescos figurines, que así han existido en Francia como en España, salian aun en las procesiones, y rompian la marcha del acompañamiento. Igno-

ro si la Hermandad de la Caridad ocupó efectivamente este puesto; no encuentro ningun indicio de ello en las crónicas de aquella época; mas ¿qué importa? Preciso es haber vivido en Sevilla para comprender que un Hermano mayor no podia dar mayor prueba de su humildad, que la de prescindir tan fácilmente del derecho de primacia de su Hermandad.

Mas el haber sido aceptada por la Hermandad esta decision de abnegacion cristiana, prueba tambien del modo mas evidente el ascendente que Mañara habia adquirido sobre ella. Su autoridad era absoluta, irrevocable. Llenando por su parte seriamente los deberes que se habia impuesto, queria que todos hiciesen como él. Dos de los hermanos tenian que asistir cierto dia al entierro de un pobre, y habian pensado ir aquel mismo dia á correr cañas, siendo tambien esto para uno de ellos particularmente una obligacion, porque debia presidir la funcion. Este escribió á Don Miguel solicitando que se aplazase la hora de la ceremonia, y le fué contestado por una esquila del modo siguiente: «Señor mio, y hermano, en los pobres se representa nuestro Señor Jesucristo; en los juegos de cañas se representa el mundo, y no

«su Divina Magestad: y ya que somos tan malos, «no pasemos á perderles el respeto y reverencia. El pobre no ha de aguardar ni una hora de la que está señalada á darle la sepultura, «V. venga á enterrarlo, que habrá muchos que le acompañen con muy buena voluntad! Guarde Dios á V. y le dé el fin que deseo.

En estos casos, Mañara solia decir meneando la cabeza con tristeza «Dios y el mundo no caben.» Y estas sencillas palabras bastaban para que los mas tibios renunciasen á excusarse.

Una virtud tan resplandeciente, esta enérgica perseverancia en el bien, aseguraron á Mañara una influencia moral, que como su caridad, pasó pronto los umbrales del Hospicio y llegó por doquier se sentia este irresistible amor del prójimo. El ascendiente que tenia por su nombre, su hacienda y su posicion social, y del que durante toda su vida se habia esforzado por despojarse, volvía á rodearle de repente en alguna ocasion. Simple seglar, ignorante, y no leyendo la sagrada escritura sino en la version Española, la admiracion y el respeto de sus semejantes le revestian á los ojos de todos, como de un sacerdocio que ejercia naturalmente, talvez sin saberlo, siempre que se trataba de la sal-

vacion de las almas ó del interés del Cielo. «Cuan-
do se ofrecia hablar de la grandeza de Dios, dice
«su historiador, ó de la reverencia que se le debe,
«este fuego divino le salia á la cara y á los
«ojos.»

Habíase esparcido al exterior la fama de la
Santa Caridad, y algunas nuevas Hermandades
hijas de la de San Jorge se empezaban á orga-
nizar. Era natural que se estableciesen piadosas
relaciones entre las que estaban fundando y la
que después de haberles servido de modelo, se-
guia siendo su egemplo. La Carta dirigida por
Mañara á los Hermanos de la Santa Caridad de
Antequera, exhortándoles á fundar una casa se-
mejante á la de Sevilla, me ofrece una prueba
de esto. Esta carta ocupa un lugar importante
en la vida de Mañara; en ella se le encuentra
de nuevo todo entero con su ardiente amor
hácia los pobres, y demuestra además como una
alma verdaderamente evangelica puede amones-
tar severamente á los ricos sin valerse de ini-
cuas violencias que agrian la miseria y la ha-
cen amarga, arrebatándole la resignacion con
la esperanza.

Véase lo que Miguel de Mañara escribia el
21 de mayo de 1676 á la Hermandad de la Santa

Caridad de la ciudad de Antequera:

«Hermanos amantísimos á quien Dios nuestro Señor ha tomado por instrumentos para fundar la casa de sus amantísimos hijos los pobres nuestros muy caros hermanos. No sabré significar á Vdes. el gozo que he sentido viendo sus fervorosos y santos deseos, y que Dios nuestro Señor los haya puesto en su viña, de que deben estar muy agradecidos, tomando la azada con valor, y resolución de varones, que Dios dará fuerzas. Y así repara el Padre Orozco en aquellas palabras del Señor San Pablo que dice, que no será coronado, sino el que legítimamente pelear; parece habia de decir; el que legítimamente venciere porque la corona no se dá por la batalla, sino por el triunfo; pero la casa de Dios nuestro padre, es muy diferente. Bástanos pelear para ser coronados, que Dios vencerá por nosotros. Vdes. no vuelvan el rostro á su llamamiento, ni á su santa voz que nunca merecieron oír. No huyan á Tarsis como Jonás: y poniéndoles á San Lázaro á la puerta, obren con él lo que el rico avariento: ni á nuestro Hermano mayor Jesucristo pobre le vendan como Judas, sino como dice el Santo Apostol, sientan su voca-

«cion, que á los que Dios quiere para una co-
«sa no los llama para otra. Y así ama mas la
«obediencia que el sacrificio. Cria Dios diferen-
«tes estados y á cada uno le dá el oficio que
«ha de tener; si nosotros nos trocamos, no ha-
«remos nada. Si San Pablo primer Ermitaño se
«hubiera metido á predicador, quizá no hubiera
«sido Santo. Y si San Pablo apóstol se hubiera
«ido al desierto, quizá tampoco lo fuera. Al Re-
«ligioso lo quiere Dios con ciega obediencia, al
«Ermitaño con quieta soledad, al Maestro en la
«Cátedra enseñando á los ignorantes, y al rico
«haciendo limosna en el hospital. Estas son las
«hachas encendidas que pone delante á cada es-
«tado; y si trocamos las luces, quizá no vere-
«mos. Si el Ermitaño dice, yo he de ser limos-
«nero, perderá la soledad, y luego ni será uno
«ni otro. Así es el rico que trata de retiro, y
«no hace limosna, pierde lo uno y no consigue
«el otro. Lo mismo vemos en los animales: si
«á un leon le dieran yerba, y á un caballo car-
«ne, entre ambos con el mantenimiento á la bo-
«ca se morirían de hambre. Dios ha sacado á
«Vdes. de las tinieblas de Egipto, y de las os-
«curidades de Babilonia, y los ha puesto en el
«Paraiso de la hospitalidad. Aqui le sirvan con

«fórtaleza, que el reino de Dios padece fuerza, y
«solo los valerosos le alcanzan. El Demonio es
«preciso levante sus banderas; Vdes. peleen con
«paciencia, que Dios vencerá, y hará que sus qui-
«meras vengan al suelo. Quien es de Dios, no
«es del mundo, y así es preciso sean Vdes. per-
«seguidos y murmurados, y aunque seamos pe-
«cadores, como lo somos los que andamos en
«estas santas obras, de la misma manera que
«para hacerle bien, no miramos es en el pobre
«malo sus faltas, por el respeto de la santa
«pobreza, de esa misma suerte por el res-
«peto de la Santa Caridad que tenemos entre
«nosotros, nos mira Dios con amor, y benigni-
«dad. ¿Qué fuera de nosotros sino hubiera pobres?
«Bien decia aquel siervo de Dios, que los que
«creen en el Evangelio, si no halláran pobres á
«quien servir, habian de desenterrar sus huesos
«para en ellos ejecutar el mandato de Jesu-Cristo,
«que tiene prometido su reino á quien le sirve,
«siendo nosotros mas interesados que no ellos,
«pues les damos tierra, y nos dan Cielo. Por eso
«los llaman los Santos, portadores de las rique-
«zas á la otra vida, porque por sus manos tras-
«portamos nuestros bienes á la bienaventuranza,
«hallando en el otro siglo riquezas inmortales á

«quien no corromperá el tiempo. ¡O cuántos
«mueren ricos, y despues viven pobres! Y cuántos
«mueren pobres, y viven ricos! Mucho es el nú-
«mero de los locos, dice la Sabiduria, que son
«tantos, cuantos aman la vanidad, y tienen el co-
«razon puesto en ella, y los pies sobre la ley
«de Dios.

«Cuentan en la vida de San Juan Clímaco,
«que encontró en el desierto una calavera, y le
«preguntó: ¿Qué anima habia estado dentro de
«ella? Y le respondió, que la de un condenado.
«Dijole el Santo: ¿Serías de algun pagano ó judio?
«Respondió: Mas bajo es, y mayor mi infierno
«que el de los paganos y judios. Dijole: ¿pues
«fuiste de algun cristiano? Respondió: mas pro-
«fundo es mi infierno, porque fuí Sacerdote y
«cristiano. Esto mismo lo podiamos decir á la
«calavera de un rico condenado. Ven acá des-
«dichado, ¿tu perdicion fué porque fueron tantos
«tus trabajos que te hicieron desesperar, ó tu
«pobreza tanta que te obligó á pecar? ¿Te pidió
«Dios la penitencia de San Juan Bautista, ó las
«cárceles de los mártires, ó los desiertos de los
«hermitaños, ó la clausura de los monjes? Sino
«de lo mucho que te sobraba, dieras un poco á
«Cristo pobre, y esto no lo hiciste. Sin duda nin-

«guna estos desdichados ocupan lo mas horrible
«del infierno, porque los llamó Dios con lo mas
«suave, y fácil que los pudo llamar, y no lo oye-
«ron. Y lo peor es, con el amor y liberalidad
«que le dan al mundo sus bienes, y con la mi-
«seria que le dan á Cristo un ochavo. Vdes. Her-
«manos amantísimos, estén ciertos como lo dice
«nuestro padre San Gerónimo, que no se acuerda
«haber visto morir malamente á ningun limos-
«nero, y crean firmemente, que no se puede ser-
«vir á dos Señores, y así es imposible servir al
«mundo, y á Dios, y que la limosna á los buenos
«los hace santos, y á los malos, los hace buenos.
«Y pues han echado la mano al arado, no vuel-
«van el rostro atrás, porque no serán dignos del
«reino de Dios; y si prosiguen en el trabajo
«comenzado, Dios desde el Cielo les echará su
«bendicion, los santos angeles estarán entre Vdes.
«como estaban en el hospital con San Juan de
«Dios: todos los santos serán sus abogados y á
«la hora de la muerte estará la misericordia que
«usaron con los pobres pidiendo á Dios su mi-
«sericordia con Vdes. y que cumpla su palabra,
«de ser misericordioso con quien lo fué, como
«lo cumplirá. Y alcanzando esta bendita y ama-
«ble misericordia; bienaventurados Vdes., y bie-

«naventurado el dia que Dios los trajo al mundo, para que gozasen tanta felicidad. Y yo, «aunque no soy nada, me tienen Vdes. muy á «su servicio, deseando los aumentos de esa Santa «Casa, para honra de Dios Ntro. Señor, y alivio «de sus pobres. Guarde Dios á Vdes. en su gracia como deseo.

Sevilla y mayo 21 de 1676.

DON MIGUEL DE MAÑARA.

El celo de Mañara no aguardaba las ocasiones públicas, para manifestarse. Pero en las circunstancias particulares solia revestirse de formas sencillas cuya gracia familiar pinta bien la época y el pais.

Hallándose un dia en su casa, oyó á un arriero que arrebatado por la ira, proferia todos los acostumbrados juramentos, y aun algunos mas de su invencion. Asomóse á la ventana para ver lo que ocurría, y vió que aquel hombre se las habia con un macho reacio que no queria dejarse cargar. A cada nueva prueba, la bestia coceaba, y crecia el furor del arriero. Affligido en lo mas hondo del alma, al oir blasfemar de aquel modo el Santo nombre de Dios,

y el de la Virgen, Mañara salió de su casa y se fué derecho al hombre. Lo diré todo, pues los mas pequeños detalles tienen su precio y su encanto, cuando sabemos que son enteramente esactos. El Santo empezó, como tal vez lo hubiera hecho en semejante ocasion un San Francisco de Sales, ofreciendo al arriero alguna golosina de las que siempre tenia guardadas en el bolsillo para premiar á los niños que eran aplicados en el estudio de la doctrina cristiana.

Preciso es confesar que el momento no era el mas apropiado, y podemos figurarnos el efecto que el regalo produciria «Déjeme en paz!» gritó nuestro hombre furioso al verse tratar como un niño. El Santo mudó entonces de tono y de sistema. Amigo le dijo con serenidad ¿de dónde sois?—«De tal parte, repuso bruscamente el otro» y nombró un pueblo vecino.—«¿Y sin duda habrá en vuestro pueblo pila de bautismo?»—Vaya una pregunta ¿y porqué no la ha de haber?»—«¿Y habeis sido bautizado?»—«Señor, dijo en fin el arriero, déjeme en paz, no tengo humor para hablar.»—«Creed, amigo mio que os hablo con formalidad, y en provecho vuestro.»—«Pues bien, sin duda cristiano soy por la gracia de Dios, y bautizado.» Entonces Don Mi-

guel, tomando un aspecto mas severo, y animado su rostro por una Santa cólera: «No puedo creer, dijo, que un cristiano, un hombre que «ha recibido la gracia del bautismo, pueda de «tal manera y en público ultrajar el Santo nombre de Dios y el de su Santa madre.» Y prosiguió en este tono con maravillosa elocuencia. El arriero, turbado en un principio, acabó por conmoverse, y agolpándosele las lágrimas, con todas las muestras del mas sincero arrepentimiento, cayó de rodillas en medio de la calle, confesó su pecado, y pidió perdon á Dios y á Don Miguel. Mas no hubiera sido completa la leccion, á no haberle levantado bondadosamente D. Miguel, consolándole, animándole y ayudándole finalmente á cargar su bestia.

Aquí tenemos á Don Miguel en medio del pueblo, hablando en su propio lenguaje y tomándole por donde se han de tomar para dominarlas estas vivas imaginaciones. En otras circunstancias le veremos luchar con las pasiones del hombre ilustrado.

Cierto clérigo de alto rango, tenia desde muchos años comercio ilícito con una muger, y no dejaba por esto de celebrar la misa diariamente. Pero, lejos de vivir en el crimen so-

segadamente, se esforzaba por vencer su culpable pasion, sin poder llegar á dominarla. Impelido por un buen pensamiento, fué en busca, no de un compañero suyo, sino de un seglar, y este era aquel sacerdote consagrado por el mismo Dios y por la Caridad: Don Miguel de Mañara. Le abre su miserable corazon, se lo confiesa todo, el nombre de la mujer, la casa donde vivia, las horas á que solia visitarla y desde cuantos años lo hacia, sus inútiles combates, y como su pasion le empujaba sin cesar á aquella morada maldecida, rogando á Mañara que le curase si hallaba medio de hacerlo y autorizándole desde luego para que los emplease todos. Empezó Don Miguel por hacerle ver la enormidad de su culpa, le habló largamente, le enterneció y no permitió que se retirase hasta que le hubo hecho tomar las resoluciones mas enérgicas. Pero, razones, consejos y buenas resoluciones fracasaron otra vez mas. Entonces Don Miguel al ver que no se habia adelantado nada, tomó una gran determinacion. Un dia á la hora que sabia que el sacerdote estaba en casa de la muger, se apareció en ella de repente, y habiéndole hallado entre aquella y su madre; ¡qué madre! tomó el tono y el aspecto de un Após-

tol, le reprendió fuertemente, y le amenazó con que iba en seguida al palacio del Arzobispo, para traer sobre él y sobre aquellas indignas criaturas un castigo ejemplar. Recordando además todas las revelaciones que le hiciera el sacerdote, y deseoso de sacarlos á los tres del abismo en que se hallaban: «Vamos, dijo finalmente, arrojemlos fuera de aquí al demonio que se ha posesionado de esta casa y de todos los que la habitan. Y tomando luego un crucifijo, como para exorcisar al espíritu inmundo, habló con tanto poder, que los pecadores deshechos en lágrimas, cayeron de rodillas, é hicieron delante de Dios el juramento de separarse. El sacerdote por su parte, se echó á los pies de Mañara, queriendóselos besar, y salió de la casa para no entrar mas en ella. Mañara buscó y encontró en las limosnas con qué poner á aquellas desgraciadas en un estado tal, que vivieron desde entonces en decente retiro, y sin profanar con el vicio el resto de sus dias, cuya paz debieron á la Caridad.

Beneficios como este quedaban comunmente ocultos. Mas toda la humildad del Santo no podia impedir que resplandeciesen á veces públicamente, enterneciendo todos los corazones

Existia aun en Sevilla por aquellos tiempos un numero bastante crecido de Moros, y el deseo de convertirlos al Cristianismo, era para todos los que deseaban con ardor la salvacion de las almas, una tentacion de todos los momentos. En 1672 se predicó una mision con este objeto. Tres santos sacerdotes el Padre Tirso Gonzalez con el Padre Juan Guillen y el padre Francisco de Gamboa formaron el intento de predicar la religion á los moros de Sevilla.

El primero era de la Hermandad, y su primer cuidado fué de participar su designio á Mañara, solicitando su asistencia y la de la Caridad. Apresuróse el Hermano Mayor, á reunir el Cabildo para poner en su conocimiento este buen pensamiento é invitarle á que se uniera á él para hacerlo fecundo. Aquellos Moros eran casi todos de la clase infima del pueblo, y vivian de su trabajo. Empezóse por dar su jornal á cada moro que asistia á los sermones. Mas parecia á Mañara harto escaso un sacrificio de este género, en la asociacion de una obra tal. «No se redimen las almas con dinero, dijo, si queremos llamar sobre la palabra del Padre Tirso el auxilio divino, que cada uno prometa en su interior de cumplir aquel voto de penitencia que mas rebelde

sea á su natural. Acogieron todos esta idea con gran amor y celo. Todos guardaron su secreto, pero hubo entre aquellas penitencias algunas raras y maravillosas. Uno entre otros prometió besar una llaga podrida de un pobre por cada moro que se convirtiese. Este hecho ha sido referido por Mañara, pero no dice que el autor del voto era él mismo, y tuvo que besar mas de cuarenta úlceras, habiendose convertido cuarenta y tres moros.

En 1679 por los desvelos del mismo Padre Tirso Gonzalez, y tambien con el auxilio de Mañara y de la Hermandad, se convirtieron mas moros al cristianismo. Siendo ya escaso el número de moros, Don Miguel se dirigió á los hereges. «En este tiempo echaron de la cárcel á veinte y cuatro ingleses hereges que estaban prisioneros; los cuales como hombres pobres, y desamparados, se venian á recoger á nuestro Hospicio. Recibimoslos con caridad y amor. Y el Hermano mayor ordenó que en cuanto á su ley no les dijese nada; sino que los tratasen con mucho amor y caridad; y asi á los que venian enfermos, los pusieron en cama, lavandoles y besandoles los piés, como se acostumbra con todos los demás pobres. Esto tuvo tanta

«fuerza en ellos, que cada día se iban convirtiendo, llamándose unos á otros, hasta que todos se convirtieron, hasta el capitán ó maestro que era hombre de muy buena razón y noticias.»

He querido citar esta anécdota en los propios términos con que Mañara la refiere, pues de él mismo son las anteriores palabras, para dar tanto mas realce á esta importante expresion: «El Hermano Mayor ordenó, que en cuanto á su ley no les dijese nada.» Téngase presente que estamos hablando de España en el siglo XVII, reinando en paz la Inquisición, y que el que se espresa con tan rara tolerancia es un hombre que á pesar de toda su caridad, se asemeja á veces á un libre inquisidor. Hasta en la España misma, empezaba á rayar la edad moderna.



W.

MAÑARA PRESIENTE SU PRÓXIMO FIN.—ENTREVISTA
CON EL ARZOBISPO.—COMPÁRASELE Á SANTA TERESA.
—ÚLTIMA LUCHA CON EL MUNDO.—LAS COMEDIAS.—
CARTA Á DON CÁRLOS HERRERA.

Entretanto, al comenzar el mismo año de 1679. Don Miguel empezó á sentir un cansancio extremo. Sin embargo, no tenia aun mas que cincuenta y tres años pues nació en 1626; pero las naturalezas fuertes como la suya se usan con rapidez. Las obras se amontonan de tal modo durante su vida, que causa admiracion la escasez de sus años cuando llega la muerte á sorprenderlos. Nada habia podido saciar aquel amor

de Dios, que desde la hora primera de su conversion, abrazára el alma de Miguel de Mañara, absorbiendo en él todo el fuego de la pasion humana. Poco antes de ser atacado por su enfermedad, esto era en el mes de abril, habiendo ido al palacio Arzobispal para asistir á una distribucion de pan, notó el Prelado que el rostro de Don Miguel manifestaba una extraordinaria alegria. «Señor Don Miguel, le dijo: ¿Como viene Vd. tan alegre? «Señor Ilustrísimo, respondió Don Miguel: estoy alegre porque me quiero morir.» No trate Vd. ahora de eso, que lo habemos menester, para que nos ayude al socorro de los pobres».—Señor, yo quiero morir, por que tengo grande deseo de ver á Dios». Y animándose con este bello asunto, habló en alta voz y con mucha elocuencia de aquel deseo que tenia, y que debieran tener en su corazon todos los hombres. Tal vez recordaron en aquella ocasion los dos santos ancianos las bellas estrofas en que santa Teresa poseída del mismo deseo, se queja de que muere de no morir. Pero lo que en la ternura del alma de Teresa era poética aspiracion de amor divino, fué en este varon tan grave un presentimiento de su fin cercano y del descanso que le era ya necesario.

Y ya que el nombre de Santa Teresa se me presenta de nuevo á la memoria al escribir estas líneas ¿porqué no he de sentar desde luego mi opinion de que aquellas dos almas privilegiadas estaban unidas por uno de los estrechos parentescos que no solo se manifiestan en los puntos de semejanza sino tambien en los contrastes? Si Santa Teresa se sentia mas particularmente atraida por la contemplacion y las oraciones, tambien la animaba una decision intrépida en las obras, y desplegaba en el gobierno de las almas un saber admirable. Mañara nacido para la accion y para el mando, aspiraba incessantemente á la soledad, y solo se hallaba gustoso en la meditacion y las oraciones. Eran como dos almas hermanas que se habian repartido el patrimonio de la fé, y de tal manera lo fueron, que cada una de ellas poseia en un grado especial el carácter propio, el don supremo de la otra. Terêsa tan tierna de Corazon se revestia en el siglo de cualidades enteramente viriles: Mañara génio firme y propenso á dominar, dejaba entrever á veces en el fondo de su alma tal cual delicada y mugeril suavidad.

Aquel deseo de morir para alcanzar descanso y paz en su amor debia verse muy pron-

to satisfecho. Era tan ardiente la llama que consumia á Mañara, que solia decir con frecuencia á su confesor el Doctor Don Juan Santos de San Pedro, canónigo de la Catedral de Sevilla: «Paréceme que si creciera algo mas ó duraria «en este grado por mas tiempo este amor, no «pudiera sufrirlo la naturaleza, y desfalleceria ó «perdiera la vida en la demanda». Asi mismo sucedió en efecto con él, como se verá mas adelante.

Acababa de apoderarse de Sevilla una de esas epidemias que nacen de los climas variables y violentos, produciendo además con la escasez el hambre. Sufrian todos, los pobres sobre todo, y Mañara no pensaba mas que en auxiliar á tantos aflijidos. Hallándose una noche desvelado por estos pensamientos, parecióle oir en su interior una voz que decia: ¿«Si tuvieras tres «cientos mil ducados, que hicieras con ellos»? En seguida, como si tuviera en sus arcas la cantidad citada, empezó á cavilar en qué obras de religion podria invertirla, y hasta llegó á escribir una distribucion esacta y razonada de aquel dinero. Daria tanto para la enfermeria y tanto para fundar algunas camas mas. Dotaria á treinta y tres monjas. Repartiria en la puerta del Hospi-

cio tantas libras de pan. Los pobres vergonzantes, esa clase tan numerosa en España, y á la que pudiera muy bien darse el nombre de pobres orgullosos, recibirían también tantas camisas. Era esto exactamente el *Cuento de la Lechera*, pero escrito por un fabulista inspirado de Dios. Así es que no podía ser igual el desenlace. Efectivamente, en tanto que el Santo varón mismo sonreía del ensueño de su caridad, este se realizaba sin ruido en la alcoba de un moribundo. Un rico vecino de Sevilla, Don Francisco Gomez, de Castro, ya había hecho dos veces testamento con distintas disposiciones, cuando el día antes de morir los revocó ambos, y á pesar de que apenas conocía á Don Miguel de Mañara, no habiéndole tratado sino rara vez, le nombró su albacea principal y le dejó la mayor parte de sus bienes, para que los emplease del modo que, á juicio suyo, fuese mas agradable á Dios. La muerte atajó al piadoso heredero en la completa distribucion de aquellos bienes, pero en lo que gastó de ellos se conformó casi sin cambiar nada al reparto anticipado que hiciera en aquella noche, cuando en un sublime presentimiento del insomnio se hizo á si mismo la estraña pregunta que acabamos de referir.

Como acabó de decirlo, Sevilla se veía en aquella época diezmada por la peste y amenazada del hambre. En medio de las calamidades públicas, una circunstancia especial reanimó otra vez mas, no el celo de Mañara, pues este nunca se cansó, sino sus fuerzas. El moribundo se alzó de nuevo al recibir de improviso la noticia de que un decreto reciente del Consejo de Castilla autorizaba en Sevilla las representaciones teatrales. El consejo se fundaba algun tanto en que estas funciones proporcionaban nuevos recursos á los pobres. Apesar de algunas palabras severas que citaremos mas adelante sobre el teatro en general, se puede creer que si bien D. Miguel de Mañara sentia pocas simpatias hácia la diversion misma, lo que mas le indignaba en aquella ocasion era, sobre todo, la singular inoportunidad de tal disposicion. Efectivamente, por muy extraño que fuese ya Mañara á las cosas de este mundo, no pudo desconocer el carácter profundamente católico del Teatro español, ni tampoco ignorar que los que lo habian llevado á tan alto grado de esplendor, habian seguido escribiendo para el teatro al dedicarse al sacerdocio en los últimos años de su vida, sin escrúpulo para sí mismos y sin escándalo alguno para los

demás. Habian trascurrido cuarenta años desde la muerte de Lope de Vega, pero Calderon vivia aun. Sin embargo, ante la doble plaga que descargaba la mano de Dios, toda clase de entretenimiento debia parecer sacrilega, y era buscar en la ocasion de pecar un alivio para los pobres, cuando por una parte estaba la Caridad, y por otra el deber de no pensar mas que en hacer penitencia, solo la idea de esta alianza impía repugnaba á la conciencia de Mañara.

Se acordó oportunamente de que tenia en el Consejo un amigo, pero si no le hubiera tenido, tampoco hubiera titubeado un instante para dirigirse al Consejo mismo.

Escribió pues á D. Carlos de Herrera Ramirez de Arellano á quien habia conocido cuando era Asistente de Sevilla, y que habiendo presidido como tal á la reconstruccion del teatro, debia considerarse mas obligado que cualquier otro á ayudar á Mañara para reparar el mal.

Citaré la carta por entero, tiene la fecha del 4 de abril de 1679.

«Señor mio: V. S. tenga por bien que desahogue mi corazon en esta breve con V. S., y «que á la amargura y pena que me aflige, le dé «el alivio en estos renglones; porque le aseguro

«no he tenido día de tanto pesar en mi vida como
«el de ayer viendo la grande injusticia que á
«este inocente pueblo se le ha hecho en perder á
«la alta magestad de Dios el respeto, con la li-
«cencia de las comedias, á tiempo que todos
«estábamos con el servicio que se le procuraba
«hacer el quitarle la justísima espada de la ma-
«no, que con tanta razón tiene empuñada por
«nuestros pecados, que viendonos cercado de pes-
«te y llenos de enfermedades y hambre, no te-
«níamos otra esperanza sino quitar estas cosas
«del diablo de delante para templar su ira».

«No me meto en apurar los pecados que en
«ello se hacen, si son mortales ó veniales, ó ac-
«tos indiferentes, que no es de mi profesion; pero
«nadie ha dicho ni opinado sobre si son del
«agrado de Dios, que en esto todos convienen
«en que no son de su agrado».

«Pues si esto es así, ¿cómo ha tenido atre-
«vimiento el Consejo de venir en ello? ¿Pues
«cómo nuestros padres, que nos debían dar le-
«yes saludables instándonos á su mayor respeto,
«son los primeros que las desprecian? ¿No basta
«no ser del agrado de Dios, para que no se re-
«pare en la quiebra de los arrendadores y en el
«perdimiento de los comediantes? ¿No se les cae

«la cara de vergüenza de poner en una balanza
«cosa tan alta con cosa tan baja? No gusta á Dios:
«¿hay lugar al discurso? ¿Dónde está la ciega obe-
«diencia que debemos sobre todas las cosas á su
«Magestad? Dónde las leyes que profesamos? ¿De
«este modo se trata á Dios? ¿A este estado he-
«mos llegado por nuestros pecados, que querien-
«do hacer esta república este servicio á Dios, así
«el pueblo como la nobleza, eclesiásticos y su
«arzobispo, escoja el consejo á Barrabás y deje á
«Jesu-Cristo? ¿O pesa mas en su tribunal las co-
«medias que el gusto de Dios? Esto toca ya á su
«honra, porque el caso no pesa por sí tanto
«como por las circunstancias que le acompañan,
«levantando quimeras, poniendo por delante los
«hospitales y pobres de las cárceles interesados
«en estas boberias y no les hacen fuerza las li-
«mosnas que se dan á los tales, duplicadas con
«faltarles estos socorros; pues solo por mi ma-
«no han sido doscientas y cincuenta fanegas de
«trigo, sin los que su Ilma. y otras personas
«pias les han dado, lo que cesará luego que ha-
«ya comedias, porque de mí digo, que no verán
«un real del patrimonio de Jesu-Cristo, porque
«persiguen á Jesu-Cristo.

«Esto tiene escandalizado á todo el pueblo,

«y á los que aman á Dios llenos sus ojos de
«lágrimas, viendo el caso presente, y temiendo
«los males venideros. Dios es justo y celoso de
«su honra, y si no hay en la tierra quien vuel-
«va por ella, él volverá, y si acaso faltan mi-
«nistros que lo hagan, no faltarán en el Cielo,
«como el que vió San Gregorio en el castillo
«de San Angel en Roma, envainando la espada
«después de haber muerto casi todo el pueblo
«de peste: y como el que bajó á ruegos del Santo
«Rey Ezequías á Jerusalem, y en una noche mató
«ciento ochenta y cinco mil hombres. Y el mis-
«mo Señor vive hoy como vivia entonces; los
«mismos ministros tiene, y el mismo poder le
«asiste, y yo temo una fatalidad como el tiem-
«po lo dirá; porque el Santo Rey Ezequías, á
«la carta que escribió Zenacherib no respondió
«palabra, sino la llevó al templo y delante del
«propiciatorio le dijo á Dios: Señor, á vos toca
«responder á esta carta, no á mí. Y así lo hizo:
«véase como respondió.»

«A voces chicos y grandes dicen por las
«calles de Sevilla lo mismo: á Dios toca res-
«ponder á este desacato, que nosotros no podemos
«ni tenemos fuerzas: Señor hemos hecho lo que
«hemos podido: pero el Consejo no quiere; tened

misericordia de nosotros».

«Estos señores, sino es que han perdido el «juicio, no es posible que hayan hecho lo que «han hecho. Dios les dé luz para que lo conoz- «can, y guarde á V. S. y le dé el Santo fin que «deseo. Sevilla y abril 4 de 1679. B. L. M. de «V. S. su servidor D. Miguel Mañara.—Sr. Don «Cárlos de Herrera Ramirez de Arellano.»

Cuando hubo enviado su carta, Don Miguel esperó tranquilo la contestacion, con la paciencia que dá el convencimiento de haber llenado bien su deber. Tan solo, cuando asistia á sus enfermos, solia decir sonriéndose á los que le rodeaban: «¿Cuando me ahorcan por la Carta que «escribí al Consejo?»

¡Al Consejo! es de notar esta palabra. Era al Consejo á quien se dirijia realmente al escribir su carta, y no á Cárlos de Herrera. Así lo comprendió este, y con la misma cristiana sencillez se apresuró á leerla en el Consejo. Fué oída con un silencio religioso, y toda la asamblea sin tomarse el trabajo de votar, decidió que las comedias cesáran por entonces. Nunca obtuvo mayor triunfo la virtud de un solo hombre. La contestacion de Herrera es del dia 11 de Abril.

VI.

MUERTE DE MAÑARA.—SUS FUNERALES.—SU TESTAMENTO.
—SU PROFESION DE FÉ.—SU DISCURSO DE LA VERDAD.
—RECUERDOS DE MAÑARA Á LA CARIDAD.—SU ESPADA.
—SU RETRATO.

A fines del mismo mes de Abril de 1679, Mañara fué acometido por una violenta calentura, y desde el principio de su enfermedad, no se hizo ilusion ninguna. Al ser invadido por la enfermedad entregó su cuerpo á los médicos, para cuidar tan solo de su alma. La paciencia para el dolor, la resignacion á la voluntad divina, eran virtudes que le acompañaron demasiado toda su vida para que le faltasen á la

hora de la muerte. Habia llegado á dominarse de tal manera que á penas se podia conocer cuando sufría, no sintiendolo tal vez él mismo. Faltóle poco á poco el uso de la palabra, turbóse su vista y su oído dejó de hacerle perceptible el ruido de la tierra; pero se podia conocer por señales infalibles, que hablaba, que veía, que oía en su interior, y la expresion inefable de su mirada, la dulce y feliz sonrisa de sus lábios y la atencion con que se le veía escuchar, daban á conocer toda la dulzura de sus últimas impresiones. El Arzobispo, Santo varon tambien, cuya memoria está aun viva en Sevilla, Don Ambrosio Ignacio Espinola y Guzman, vino á verle dos veces y se separó de él conmovido, admirado, y llena el alma de consuelo. Junto al lecho de aquel moribundo solo se lloraba por los pobres, que iban á perder un amigo tan celoso, un padre tan tierno, un consuelo tan eficaz. El día 19 de mayo D. Miguel de Mañara entregó su alma al Criador, apagándose tan suavemente, que fué menester poner un espejo delante de sus labios para adquirir la certeza de que ya no existia, cuando la noticia de este suceso se esparció por Sevilla, olvidaron todos sus propias pérdi-

das para no acordarse mas que de aquella. Aquella muerte cubrió de luto todas las familias.

D. Miguel habia escrito en su testamento la ante-vispera de su muerte: «Item, mando, que
«luego que yo fallezca sea puesto mi cuerpo
«sobre una Cruz de ceniza, como mandan nues-
«tras definiciones, los pies descalzos, y envuel-
«tos en la mortaja de mi manto: un Sto. Cristo á la
«cabezera, con dos luces y descubierta mi cabeza.
«De esta suerte han de llevar mi cadáver en las an-
«das de los pobres, con doce clérigos, y no mas, sin
«pompa ni música, á la iglesia de la Santa Ca-
«ridad, y le darán sepultura terriza en el Cemen-
«terio de dicha Iglesia, que es el Pórtico, á la
«entrada de la iglesia, fuera de la puerta, para
«que todos me pisen y huellen; y allí será sepul-
«tado mi sucio cuerpo indigno de estar dentro
«del templo de Dios. Y es mi voluntad se pon-
«ga encima de mi sepultura una loza de media
«vara en cuadro, escritas en ellas estas palabras:
«*Aquí yacen los huesos y las cenizas de el peor*
«*hombre que ha vivido en el mundo. Rueguen á*
«*Dios por él.* Y amenazaba á sus albaceas, si así
«no lo hacian, de acusarlos él mismo delante de
«Dios.»

Forzoso les fué sujetarse á aquella imperiosa voluntad, que hasta en la muerte les mandaba. Ninguno se hubiera atrevido á desobedecerle. Pero despues de haberle tendido sobre cenizas, envuelto en su manto de Calatrava, cómo un soldado muerto en el cambate, nada pudo resistir al impulso de un pueblo entero que corrió á ver por última vez al que con su sola presencia sabia enjugar las lágrimas y saciar el hambre, á besar aquellos piés que tan bien supieron el camino de todas las casas donde habia alguna miseria que socorrer, algun dolor que consolar. Toda la Hermandad de la Santa Caridad, todos los Caballeros de Calatrava, toda la nobleza de la Provincia, el Arzobispo con el Clero, todas las órdenes religiosas, todas las personas notables de Sevilla, todos en fin, quisieron llevar á aquellas sagradas reliquias su tributo de veneracion. Despues se dispuso el órden de los funerales. El primer puesto, esto es el mas inmediato al cadáver, se reservó, como era justo, para doce pobres que aquel dia se vistieron de nuevo. Pero llegado el momento de trasportar el cuerpo puesto sobre las angarillas de los indigentes, todos reclamaron el honor de llevarlo. Parecia corresponder este derecho á aquellos caballeros de

Calatrava que eran tambien Hermanos de la Caridad; sin embargo, tuvieron que cederlo en una parte del tránsito á los Padres de San Buenaventura, que habian elegido á Mañara por patrono de su colegio. Hasta los mismos sábios quisieron honrar publicamente al rudo Caballero que solo poseia la ciencia de la Caridad. Por toda la carrera, los que no habian podido ocupar un puesto en el séquito, pedian á voces que descubriesen el cuerpo; todos querian conservar la imagen postrera de las facciones del bienaventurado. Cuando llegaron á la puerta de la Iglesia, donde se habia hecho una bóveda en el sitio designado por el mismo Mañara, cuando el sepulturero ya en el fondo de la huesa tendia los brazos para recibir el cadáver, cuatro caballeros de la mas alta nobleza se adelantaron y separando aquellas manos plebeyas, recibieron el cuerpo, poniendolo con respeto sobre la desnuda tierra. Cuando estos salieron de la bóveda, habiendo observado un sacerdote, que la cabeza no estaba bien colocada, bajó á su vez para ponerla de otra manera; piadoso estratagema que sin duda buscaba un pretesto para tocar aquellos restos venerables.

Todos los conventos, todas las parroquias

quisieron á su vez celebrar tan grandes funerales. La Catedral misma envió una comision de su clero para que oficiara en la Caridad el dia aniversario de la muerte de Mañara, fiesta solemne á la cual tuvo como grande honra asistir el Arzobispo.

No he podido lograr noticias verídicas de la persona de Don Miguel; existen dos retratos suyos en pequeño, y que no deben carecer de parecido, porque las facciones son idénticas á las del retrato que de aquel grande hombre de bien dejó el pintor Valdés Leal. Hace algunos años que un Hermano de la Caridad perteneciente, segun creo, á la familia de Vicentelo de Leca, dejó al morir á la Hermandad la donacion inestimable de un busto de barro cocido, modelado despues de la muerte del Santo sobre su propio rostro. Todos estos distintos retratos tienen una misma expresion y en todos, bajo el recogimiento de un austero pensamiento se trasluce cierto reflejo heróico que recuerda el Caballero de Calatrava, dando á las facciones alguna analogía con las del gran Condé. El fuego de su mirada recuerda aun las pasiones de la juventud.

En la época de 1670 á 1680, esto es, cuando Don Miguel de Mañara estaba en todo el es-

plendor de su mision evangélica, fué cuando Murillo y Valdés Leal llenaron á porfia la Iglesia de la Caridad de las magníficas obras que aun admiran todos en ella. De Murillo existen los grandes cuadros de las aguas de Moisés, La multiplicacion de los panes, San Juan de Dios, y el sitio vacio del de Santa Isabel, que en valde se ha reclamado á Madrid. De Valdés, La Exaltacion de la Santa Cruz, El triunfo de la muerte, y aquel Obispo comido de gusanos. ¿Cómo no se creeria que en la eleccion de los asuntos y la disposicion de los cuadros, Mañara tomó una gran parte? Me complazco en creer que hacia justicia á Murillo, (pensar lo contrario seria calumniar un Santo), que comprendia tambien toda la dulzura de aquel evangélico pincel, pero no sé porque tengo para mí que su genio aústero, que sin perder tiempo en los encantos exteriores se dirigia en derechura al fondo de las cosas, debia preferir como instinto la manera áspera de Valdés, y me sorprenderia el que este último no hubiese sido escogido para retratarle.

La energía personal de Mañara está impresa en todas sus obras. La Iglesia misma de la Caridad, en cuya reedificacion hizo como de ar-

quitecto, la misma Hermandad fueron renovadas á su imagen. En las pinturas, en las esculturas, por todas partes, la muerte con sus pa-
vorosas lecciones se vé mezclada á las imágenes de la mas ardiente caridad. Cada vez que entro en aquel edificio, me parece que voy á encontrarme delante del augusto reformador, y cuando veo abrirse una de aquellas pequeñas puertas que habren salida al Hospicio, se me figura que él va á aparecer. Solo se desvanece para mí esta ilusion cuando en el lado de la epístola leo sobre una losa el nombre de Mañara.

Despues de la Iglesia, lo que hay de mas notable en la Caridad es el patio, dividido por una doble hilera de columnas de mármol. Allí hay sol y alegría para los pobres. Se lee en la pared esta inscripcion del mismo fundador:

Esta Casa durará
Mientras á Dios temieren,
Y á los pobres de Jesu-Cristo sirvieren,
Y en entrando en ella
La codicia y la vanidad
Se perderá.

Las grandes palabras eran del gusto de Mañara. La Caridad está llena de inscripciones de este género. La imaginacion se complace en re-

presentársele paseándose silencioso de noche por aquellos espaciosos patios, por aquellos largos corredores, velando solo el sueño de todos, y al ocurrírsele un pensamiento, rebuscando la expresion de él en algun versículo de la escritura, para mandarlo gravar despues en las paredes, en una columna, sobre alguna puerta, en cualquier parte que pudiese mejor atraer las miradas para llegar al corazon:

«La limosna libra de la muerte, y no deja el alma ir á las tinieblas. Tob. c. 4.»

«La misericordia es mas alta que el juicio. S. Luc.»

«Dios tiene puestos los ojos en el que usa de misericordia. Eccl. c. 3.»

«El beneficio hecho en secreto apaga las iras, y el don escondido en el seno del pobre, aplaca la indignacion de Dios. Prov. c. 21.»

«Como el agua apaga el fuego, así la limosna resiste al pecado. Eccl. c. 3.»

«Esconde la limosna en el seno del pobre porque desde allí estará dando voces á Dios por tí. Eccl. c. 19.»

No proseguiré en las citas, pues se puede llenar con ellas todo un libro, y bastarán estas para juzgar de la buena eleccion de estas má-

ximas, y se conocerá la mano que los trazó.

No buscó siempre Don Miguel en los libros la expresion de sus propios pensamientos. Aun se lee sobre la puerta de la botica este soneto de su composicion:

Vive el rico en cuidados anegado:

Vive el pobre en miserias sumergido:

El Monarca en lisonjas embebido:

Y á tristes penas el Pastor atado.

El soldado en los triunfos congojado:

Vive el Letrado á lo civil unido:

El Sábio en providencias oprimido:

Vive el necio sin uso á lo criado.

El Religioso vive con prisiones:

En el trabajo boga oficial fuerte:

Y de todos la muerte es acogida.

Y qué es morir? Dejarnos las pasiones.

Luego el vivir es una amarga muerte:

Luego el morir es una dulce vida.

Pero la obra de Mañara en que nos ha transmitido este su propia imágen del modo mas completo, es el Discurso de la verdad, del cual se enterró con él un ejemplar, y que parece escrito por la poderosa mano de Bossuet.

Este Discurso parece fué ya impreso el año de 1671, pues la aprobacion eclesiástica tiene la

fecha del 7 de junio de aquel año. Las enérgicas evocaciones de la muerte y de la nada, tan familiares al elocuente Prelado, resuenan en cada página de esta grande oracion fúnebre de todas las vanidades humanas. Diríase que Mañara asemejándose al verdadero Don Juan, ha visto de cerca las cosas y los seres del otro mundo, y que escribe aun aterrado por lo que ha visto y oído. La vez primera que leí este discurso, me hablaba poseído del recuerdo del cuadro de Murillo, que representa á San Buenaventura saliendo de la tumba para escribir sus memorias. La triste y conmovedora elocuencia de Mañara se eleva sin esfuerzo á toda la poderosa altura del éstasis. Se tiene por cierto que le eran casi desconocidas las letras profanas, y que el monge libre que llevaba dentro de sí su regla y su convento, ignoraba hasta el lenguaje de la Iglesia. Mas ¿para qué podía necesitar del arte y de los ordinarios recursos del estudio un hombre que encontraba en el amor de Dios y de sus semejantes la explicacion de todos los secretos de la vida? Deja que rebose la lava del volcan que arde en su alma, y con esto solo le oímos hablar aunque ignorante como el hombre de mayor elocuencia. Aun hoy corre el fuego debajo de aque-

lla lava que hace dos siglos se enfrió. El discurso de la verdad no es un escrito, es una verdadera arenga. Hubiérase sorprendido mucho Mañara si lo hubiesen llamado autor, hablándole de sus obras. Sin duda alguna, al componer su discurso, no era su idea escribir sino combatir, y esta obra misma parece hecha mas bien que con la pluma, con la punta de aquella macisa espada que el Hospicio de la Caridad tiene preciosamente conservada.

Pero existe tambien en aquella casa un recuerdo mas dulce de Mañara, una mas placentera reliquia del austero penitente: algunos rosales plantados por su propia mano en 1674, desde cuya época no han cesado de reproducirse y florecer. ¿No es esto como un recuerdo postrero del mundo qué dejára.? recuerdo que nada en su vida me permite calificar de pesaroso.



VII.

HISTORIA DE MAÑARA POR EL PADRE CÁRDENAS.—SE
ENCUENTRA INTACTO EL CUERPO DE MAÑARA, Y SE
COLOCA EN EL INTERIOR DE LA IGLESIA.—MILAGROS
DE MAÑARA.—NEGOCIACIONES HECHAS EN ROMA PARA
SU CANONIZACION.

Acababa Don Miguel de cerrar los ojos; cuando ya se trató de escribir su historia. Confióse este encargo á un Jesuita hombre de mérito, que habia conocido al difunto, el Padre Juan de Cárdenas, y el día 20 de Agosto de 1679 la obra ya concluida se daba á luz, bajo los auspicios del Arzobispo Spinola, quien como ya hemos visto, tambien habia apreciado y hon-

rado á Don Miguel. La censura que lleva la fecha del 25 de Setiembre siguiente está firmada por el mismo confesor de D. Miguel, que fué tambien uno de sus albaceas, el Padre Don Juan Santos de San Pedro. Este que Mañara amenazaba en su testamento de acusar delante de Dios si no cumpliera con la humildad de sus últimas disposiciones, no hubiera permitido nunca que se alterára la verdad en la narracion de su vida. No es pues una leyenda sino una historia. A ella he recurrido sin escrúpulo, y me pesa únicamente el haberme visto precisado á escoger en vez de tomarlo todo.

Hemos visto que la piadosa voluntad de Don Miguel se habia respetado, y que se le habia dado sepultura delante de la puerta misma de la Iglesia, como para recordar á todos los que entrasen que no olvidasen á tantos pobres, que sumuerte dejó en la orfandad. Mas despues de haber dado esta gran prueba de obediencia á su antiguo Gefe, los Hermanos de la Caridad creyeron llegado el momento de darle una sepultura mas digna de su persona, y que si la humildad fué en él un deber, tambien lo era para ellos honrar sus restos dignamente. Dudaron no obstante en un principio: hacia ya dos meses

que aquel venerado cuerpo descansaba en el suelo de la bóveda. El verano habia sido precóz, los calores escesivos: ¿se hallaria aun el cadáver en estado de trasportarlo? Antes de resolver, debian pues cerciorarse de ello. Una noche, en presencia de un corto número de testigos, y cerradas cuidadosamente las puertas de la Iglesia, Don Pedro de Corveto, almirante de la armada, sucesor de Mañara en el cargo de Hermano mayor, mandó abrir el sepulcro; ¡Cual fué su admiracion, cual la alegría de todos los circunstantes, cuando reconocieron que el cuerpo no tenia señal alguna de corrupcion! Esto fué considerado como un milagro: creció la fama del Santo; quedó como probada su santidad, y se acordó que á pesar de su humildad se le trasladaría al interior de la Iglesia, colocandole en el lado de la epístola y en una bóveda en que el mismo Mañara habia hecho enterrar un antiguo bienhechor del hospicio. Se efectuó la traslacion el dia 9 de Diciembre siguiente, tambien de noche, y la presenciaron mas de cincuenta hermanos que reconocieron todos la milagrosa conservacion. «Tocáronle los pies, las «manos, y el rostro, escribe un testigo ocular, «y conocieron estar la carne con toda su entereza

«y sanidad como de hombre vivo. Y habiéndome «yo hallado presente, lo reconocí todo como lo «tengo referido.» El cuerpo fué puesto en un ataúd de cedro, forrado por dentro de raso blanco, y por fuera de terciopelo carmesí. Pusieron á su lado un manto nuevo de Calatrava con un elogio de su vida escrito en latin, y no olvidaron por cierto un ejemplar del Discurso de la verdad. Con su libro en la mano, podia Mañara presentarse sin miedo ante el juez supremo; aquel libro habia ya juzgado su noble vida.

El milagro hecho dentro de la misma tumba dió enseguida lugar á que se hablase de los que antes hiciera Dios por la mano de su siervo. Despertáronse entónces por doquier los recuerdos y el agradecimiento les dió el apoyo de su testimonio. Recordaba uno como un pobre paralítico, llamado Juan Melendez, despues de haber gemido veinte y seis años sobre su lecho de dolor, sanado de repente por las oraciones de Mañara, se habia consagrado él mismo al servicio de los pobres, y de simple enfermero habia llegado á ser gefe de sus compañeros. Otro contaba que un pobre artillero, que entró en el Hospicio ciego y sin esperanza de alivio, empezó una noche á dar grandes voces. Acudieron

creyendo que se habia vuelto loco; y en efecto lo estaba, pero era de alegria, porque le habia vuelto la vista; al dia siguiente se puso en camino para Santander su patria. La Casa de Mañara tuvo tambien su milagro. Habiendose acabado el trigo de los pobres; el granero volvió á llenarse de repente, Mañara no hizo mas que senreirse diciendo. «Ea, darle gracias á Dios por todo, y no se alboroten». Menos admiracion me causa este milagro que esta serenidad que de nada se admira. ¡Tan acostumbrado lo tenia Dios á los milagros de su providencial! Aquella incansable esperanza fué la virtud familiar de toda su vida. Los milagros siguieron despues de su muerte. Un amigo suyo, el licenciado Juan Carrillo se estaba muriendo de fiebre cerebral. Llevaronle una camisa del Santo, y poniendosela, quedó sanado. Otro, tambien su amigo, don Francisco Ignacio de Madariaga, padecia de un dolor de cabeza insufrible; se acordó de que poseia una esquila de Mañara, se la puso en la frente, y en seguida cesó el dolor.

Todos estos milagros, esta brillante conversion, su vida misma que fué toda un milagro de caridad, animaron á la Hermandad en la idea de solicitar de Roma la admision de Don Mi-

guel de Mañara en el número de los Santos. El capellan de la Hermandad, don Pedro Niño de Cabrera, se presentó con poderes suficientes al Juez eclesiástico, que lo era entónces el Arce-diácono de Ecija, don Gregorio Bastan Aroste-gui, quien lo acogió solícito. El espediente em-pezado en 27 de julio de 1680 se terminó en 10 de julio de 1682. Oyeronse diez y nueve testi-gos, y los hechos quedaron consignados judicial-mente. Mas no se sabe por qué causa este asun-to permaneció en tal estado mas de cincuenta años. Solo en el año de 1733, la Caridad, vol-viendo á la obra abandonada en 1682, solicitó la cooperacion del Ayuntamiento de Sevilla. Por decision de 8 de junio del mismo año accedió gustoso á esta peticion. Prosiguiose el expedien-te abandonado en 1682, fué aprobado por el Ar-zobispo de aquella época: y con esta nueva for-ma volvió á la Caridad que lo recibió en Cabildo el dia 14 de febrero de 1734. Sin embargo, no consta que se haya hecho uso de él hasta el año de 1749. Todas estas intermitencias de celo ó de frialdad, nada prueban contra la opinion re-conocida de la santidad de Mañara; son como suele decirse *Cosas de España*. En España no se hace nada de un modo constante y regular,

sino por saltos, que separan despues largos intervalos de inaccion. A pesar de esta marcha desigual, la tenacidad española llega poco á poco á sus fines. El dia 26 de enero de 1749, el conde de Mejorada uno de los Veinte y cuatro de Sevilla, y Hermano de la Caridad, recordó á sus cólegas la obligacion que tenian de proseguir en la obra interrumpida, y se le confirieron plenos poderes para que recurriese al Padre Santo y al Rey. Fernando VI que reinaba entónces dió á su embajador en Roma la órden de gestionar el asunto en la Santa Sede. Benedicto XIV que ocupaba en aquella época la Sede pontificia, por un breve de 22 de abril del mismo año, dispuso la instruccion del expediente. Estas nuevas pruebas no se acabaron hasta el año 1762. En 1764 á propuesta del Alcalde mayor, que era entónces un Conde del Águila, el Ayuntamiento de Sevilla, otorgó nuevos poderes para que, tanto en su nombre como en el de la Hermandad se prosiguiese en Roma la realizacion del proyecto formado en 1680. Un decreto del Rey Carlos III fechado del 24 de Setiembre 1764, confirmó el que con igual objeto expidió Fernando VI el dia 24 de marzo de 1749. De este modo se vuelve á evocar la causa en Roma. Allí nuevo silen-

cio, hasta el mes de Setiembre de 1776, en cuya época la congregacion competente dicta una primera declaracion favorable, espresando por acta la presentacion de todos los manuscritos de D. Miguel de Mañara que se han podido reunir, estos son: su Discurso de la Verdad, su profesion de fé, su testamento, la regla de la Hermandad, algunos ejercicios cuotidianos, y la copia de once cartas. De resultas de esta disposicion, y con permiso de su Santidad, se resuelve la continuacion de los procedimientos ulteriores de la causa. Por otro decreto de 23 de mayo 1778 se reconocieron en la misma forma las actuaciones anteriores como valederas para proseguir el expediente.

No he podido encontrar ningun dato seguro posterior á aquella época; pero sé que la Caridad no olvida un solo instante este asunto de gran interés doméstico, que ha llegado á ser la causa de la España entera. Como la nacion misma, y segun las fluctuaciones de su politica, estas negociaciones han tenido varias fases. Sevilla espera, sin embargo, ver algun dia cumplido su mas ardiente deseo. Desde que empezó á instruirse el expediente, todos los años se reserva una cantidad para cubrir sus gastos. En Andalucia se conserva el aceite en unas inmensas tinajas de barro; en algunas

caben hasta tres mil quinientas libras. Todos los años, la Hermandad llena una de estas tinajas con el primer producto de sus olivos, y su precio está destinado á pagar la deuda sagrada. Esperemos que Roma pondrá fin á su prudente lentitud antes que la Hermándad se canse de llenar la urna del agradecimiento y de la Caridad.



haben, dass sie nicht die einzige Ursache für die
Entstehung der Krankheit sind, sondern dass sie
nur eine der Ursachen sind, die zu einer
Krankheit führen können. Die Ursache der
Krankheit ist in der Regel eine Kombination
von verschiedenen Faktoren, die zusammen
wirken, um die Krankheit zu verursachen.
Die Behandlung der Krankheit sollte daher
auf die Beseitigung aller dieser Faktoren
abzielen. Dies kann eine Kombination aus
Medikation, Physiotherapie und anderen
Maßnahmen sein, die je nach der Art der
Krankheit variiert. Es ist wichtig, dass die
Behandlung frühzeitig beginnt, um die
Schwere der Krankheit zu verringern und
das Risiko von Komplikationen zu reduzieren.
Die Prognose der Krankheit hängt von der
Art der Krankheit und der Schwere der
Symptome ab. In vielen Fällen ist eine
gute Heilung möglich, wenn die Krankheit
frühzeitig erkannt und behandelt wird.
Es ist wichtig, dass die Patienten die
Behandlung konsequent durchführen und
regelmäßig zum Arzt kommen, um den
Fortschritt der Behandlung zu kontrollieren.
Die Patienten sollten auch darauf achten, sich
gesund zu ernähren, ausreichend zu
ruhen und Stress zu vermeiden, um die
Heilung zu unterstützen.

SEGUNDA PARTE.

DISCURSO DE LA VERDAD.

DEDICADO Á LA ALTA IMPERIAL MAGESTAD DE DIOS.
COMPUESTO POR DON MIGUEL DE MAÑARA, VICENTELO
DE LECA, CABALLERO DEL ÓRDEN DE CALATRAVA, Y
HERMANO MAYOR DE LA SANTA CARIDAD DE NUESTRO
SEÑOR JESU-CRISTO.

DEDICATORIA.

Ó Padre Poderoso, Sábio, Inmenso, Rey de Israel
fortísimo; principio y fin de todas las cosas: Padre

Santísimo, de cuya sábia providencia están pendientes todas las criaturas, desde el Cuervo que mora en el desierto desamparado de sus padres, hasta el mas alto Serafin que en el Cielo asiste á tu grandeza. Humilde llama desde la tierra tu esclavo, deseando solo tu mayor gloria. Comunica, Señor, tu luz á mis tinieblas; tu sabiduría á mi ignorancia, tu Santo Espíritu á mi tibieza, para que inflamada el alma, que tú criaste y depositaste en el sucio barro de mi cuerpo, desde alli descubra la verdad á todos los mortales que la tierra habitan, para que desengañados, huyan de la tiranía de Babilonia y de su Príncipe el Demonio: vean la inefable muerte que han de pasar y el terrible juicio que les espera. ¡Ó Señor! vuelve tu paternal y santo rostro al que lo leyere, para que tu luz sea recibida, y lleve fruto de tu palabra; y á mí, hombrezuelo, enseña lo que no sé, y dá lo que no tengo, por los méritos de Jesu-Cristo mi Señor, con quien vives y reinas.

DEDICATORIA

Al Padre Eterno, Señor, Jefe de la Iglesia, y á todos los Santos, y á todos los que en el Cielo están.

I.

Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Es la primera verdad que ha de reinar en nuestros corazones: polvo y ceniza, corrupcion y gusanos, sepulcro y olvido. Todo se acaba: hoy somos, y mañana no parecemos: hoy faltamos á los ojos de la gentes, mañana somos borrados de los corazones de los hombres. Breves son los dias del hombre, dice el Santo Job, (*Job. cap. 14*) pasan como flores, y sus años son semejantes á los rocios de los prados: son nuestros dias como las aguas de los rios, que nunca vuelven atrás, y así son irrecuperables: pasaron, y con ellos nuestras obras. El hombre nace para trabajos; llorando entra en el mundo, en trabajos vive, y con dolor muere: sus dias florecerán como la flor del campo, dice el Profeta. (*Psalm. 120.*) A grandes peligros está puesta esta flor; el Sol la quema, el Cierzo la seca, un hombre la pisa, un animal la paca; el agua la ahoga, y el calor la marchita. Pues á tantos riesgos está sujeta tu miserable vida, hombre vano, razon es que la cuides.

II.

Allí hay vida, donde bien se vive: algunos comienzan á vivir, cuando van á morir ¡Miren que vida alcanzarán los que al entrar en el otro siglo quieren empezar su buena vida! Ofrecen á Dios sacrificios de muertos, que son los de su vejez, débiles y miserables. Si

acá viéramos, que un hombre de ochenta años pretendia entrar por page del Rey ¿no haríamos burla de su imprudencia, pues empezaba á servir, cuando yá era razon estuviese cargado de méritos, como de años? Pues lo mismo les sucede á estos mentecatos. No es bueno ni malo el vivir, pues es comun á los hombres y á las bestias, solo el vivir bien es loable.

III.

Es nuestra vida como el navio, que corre con presteza sin dejar rastro ni señal por donde pasó: pasa con la misma prisa nuestra vida, sin dejar de nosotros memoria. ¿Qué se hicieron tantos Reyes y Príncipes de la tierra, que dominaban el mundo? ¿Dónde está su Magestad? Buscad á Alejandro, llamad á Scipion; y quizá estarán en alguna tapia sus cenizas, ó barda de alguna huerta. Preguntadles como les vá, y mudamente responderan; *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*. Y si como el Bienaventurado San Agustin dice en la Ciudad de Dios, que los cuerpos de los muertos no se acaban sino deshacen, llevando cada elemento la porcion que le toca, de que están compuestos. El calor natural sale del cadáver, y busca lugar en el elemento del fuego; y la parte del aire tambien deshaciendose la carne queda su porcion en el aire: la humedad busca por la tierra su elemento, que es el agua, ó con la fuerza de los rayos del sol es levantada á vapor y convertida en agua. Y en fin, el curso de los dias la pone en su natural sociego, con que queda la tierra del cuerpo muerto, sin los otros mistos, purificada y descansando en la otra tierra, de que tuvo principio. Y así dijo San Pablo el primer Ermitaño á San Antonio Abad, cuando le vi-

sitó, que era yá tiempo que la tierra volviese á la tierra, pidiéndole le diese sepultura á su flaco y penitente cuerpo. Pues si en esta división pára la grandeza humana, ¿por qué te ensoberbeces, ceniza? Polvo, ¿por qué presumes? ¿Qué locura es esta, que os tiene ciegos en mitad del día? Si el cuerpo de Julio César, de quien temblaba el mundo, estuviera ahora criando berzas en una huerta, ¿quién lo creyera? Y puede ser que sus cenizas tengan hoy estas operaciones.

IV.

Si tuviéramos delante la verdad, esta es, no hay otra, la mortaja que hemos de llevar, habia de ser vista todos los días; por lo menos con la consideración, que si te acordáras que has de ser cubierto de tierra y pisado de todos, con facilidad olvidarías las honras y estados de este siglo; y si consideras los viles gusanos que han de comer ese cuerpo, y cuán feo y abominable ha de estar en la sepultura, y cómo esos ojos, que están leyendo estas letras, han de ser comidos de la tierra; y esas manos han de ser comidas y secas, y las sedas y galas que hoy tuviste, se convertirán en una mortaja podrida, los ámbares en hedor, tu hermosura y gentileza en gusanos, tu familia y grandeza en la mayor soledad que es imaginable. Mira una bóveda: entra en ella con la consideración, y ponte á mirar tus padres ó tu muger (si la has perdido) los amigos que conocías: mira qué silencio. No se hoye ruido; solo el roer de las carcomas y gusanos tan solamente se percibe. Y el estruendo de pages y lacayos ¿dónde está? Acá se queda todo: repara las alhajas del palacio de los muertos, algunas telarañas son. ¿Y la mitra, y la corona? Tam-

bien acá la dejaron. Repara, hermano mio, que esto sin duda has de pasar, y toda tu compostura ha de ser desecha en huesos áridos, horribles y espantosos; tanto, que la persona que hoy juzgas mas te quiere, sea tu muger, tu hijo, ó tu marido, al instante que espíres, se ha de asombrar de verte; y á quien hacías compañía, has de servir de asombro.

V.

Con estas consideraciones, hermano mio, tu olvidarás el mundo y su embelezo. Muy cerca tienes el dia, que te llamará la muerte; y entónces ¿de qué te aprovecharán estas niñerías en que ahora te ocupas? ¿Qué te aprovechará en aquella hora ser rico, poderoso, grande ó pequeño? Si no lo que decia aquel Rey Josafat, estando á la muerte: «Sé que muero en estos ricos y adornados palacios, y no sé adonde seré hospedado esta noche.» Ciego eres, si no vés estas cosas: desventurado de tí, que surcas el mar y la tierra por juntar riquezas, para dejarlas á otros, y cuando menos pienses entrarás desnudo en una sepultura llena de huesos y calaveras, que será tu obscuro aposento hasta el fin del mundo: mira cuánto há que poseen este aposento los difuntos! Mathusalén vivió novecientos años, y há cerca de cinco mil que está en la sepultura. El Santo rey David vivió poco mas de sesenta, y ha tres mil años que está en la sepultura. Alejandro no llegó á treinta y há mas de mil años que es tierra. Los Pontífices, los Reyes que pasaron, yá son tierra. Tus conocidos (vé acordándote de ellos) vivieron cuatro dias, y serán muertos muchos siglos, y tu serás lo mismo. Pocos dias vi-

virás, y muchas edades habitarás con los gusanos y lombrices de la tierra.

VI.

Y lo peor es la seguridad con que vives, muriendo cada dia. Si te avisasen con certeza, que uno de los criados de tu casa te habia de quitar la vida, ¿no te guardarias de todos? Pues si has de morir infaliblemente en uno de los siete dias de la semana, que son criados que te sirven á tus pasatiempos, ¿por qué no te guardas de ellos, viviendo bien, y no fiándote de ninguno, como de criados traidores, pues uno de ellos te ha de quitar la vida? Y no sabes cual ha de egecutar la sentencia de Dios, y su santo decreto. De aquel gran Soldan de Egipto se cuenta, que estando á la muerte, llamó á su Alférez Real, el que llevaba en las batallas su Estandarte, y le dió la mortaja con que le habian de amortajar, y le mandó que fuese por toda la ciudad de Damasco, y á voces dijese: Veis aqui lo que saca el gran Saladino de todo su Imperio; solo este trapo le acompaña, y en la tierra deja todas sus guardas y señorios. Celerino refiere del Emperador Severo, que mandó hacer un cántaro de bronce, para que el dia de su muerte fuesen echadas en él sus cenizas; y tomándole en las manos. dijo: «Tú tendrás dentro de tí en la muerte, á quien en la vida no cabe en el mundo. Y así dijo muy bien Epitecto, que este mundo era una comedia, que en él todos somos farsantes; unos hacen papel de Reyes, otros de esclavos; unos de tullidos, y otros de ricos; unos de sábios, y otros de ignorantes; unos apenas representan cuatro palabras, otros tienen el papel muy largo, segun el autor de esta comedia les dió y ca-

da uno lo que debe hacer es el papel que le cupiere con perfeccion, el tiempo que le durare; que el reparar los dichos y papeles, al autor solo le toca, que por postre estas figuras, que representamos, se han de acabar, y en quitándonos del tablado de este mundo, todos quedamos iguales, y en polvo y tierra resueltos: representamos lo que no fuimos, y no somos lo que representamos.

VII.

Mandó Dios á Ezequiel, su Santo Profeta (*Ezeq. cap 4.*) que figurase en un Adobe á Jerusalem y sus muros, y el cerco de los Caldéos: encima de un poco de barro manda dibujar las fuerzas y ejércitos de los hombres, y todo lo que al mundo le parece grande, por mostrarnos que todo esto es un poco de lodo mal cocido de ninguna sustancia y duracion. Casados ha habido que han durado tres dias, y Reyes sin estrenar la Corona, y Pontífices que no se pusieron la Tiara. Bocado ha habido que no ha llegado á la boca. ¡Oh! mira el que iba á comer el Rey de los Asirios, Baltasar (*Daniel cap. 5.*) en aquella sacrilega cena donde le asistían la hermosura de las damas, la multitud de los grandes le festejaban, las escuadras de sus soldados aseguraban su persona; sus palacios ¡qué soberbios! ¡Qué mesas tan llenas de manjares, olores y riquezas! El oro en las bajillas, los diamantes en las cabezas y manos; los brocados por las paredes, hasta los vasos del Templo Santo, consagrados á Dios, servían á sus bebidas. El que se hallaba señor de toda esta grandeza, ¡qué deleite y qué vanidad no tendria? En medio de esta abundancia, cuando menos lo pensaba, levantó

los ojos á la pared, adonde vió una mano que escribía: *Mañana morirás*. A este solo susto dió en el suelo todo lo soñado, pues para el miserable lo habia sido todo el tiempo pasado de su Imperio. Acabó su papel, y quedó barro como los demás.

VIII.

Si eres cuerdo, no fies del estado que no es tuyo, que cuando menos piense te lo quitarán. Hay muchos que hacen con la vida lo que con una pieza de paño; este pedazo para capa, el otro para mangas, y este para una caperuza, como si el paño fuera suyo. Ahora soy mozo, mañana hombre, el otro día viejo, entónces me dará á Dios, y de este modo tratan su vida, como si fueran señores de ella. Así la trataba aquel rico del Evangelio (*S. Luc. cap. 12*) prometiéndose muchos años; tanto, que queria hacer nuevos graneros para recoger sus frutos; y estando enamorando á su alma con las felicidades que poseia, oyó una voz que le dijo: *Loco, esta noche quitarán tu alma de tí*. En esto pararon sus locuras, pues disponia del tiempo que no era suyo. Dice el profeta Malachias (*cap. 1.*) Maldito sea el hombre falso, que tiene en su ganado buen sacrificio, y ofrece á Dios lo mas vil y despreciado. Das al mundo lo mejor de tu vida, á Dios la vejez flaca y enferma, quizá porque el mundo ya no la quiere. Y lo despreciable al mundo quieres sea víctima agradable á Dios? ¿No fuera loco el que aguardára á trasplantar los árboles despues de viejos y secos, para mejorar sus frutos? Sustancia y vigor ha de tener la planta; que de otra suerte, aunque se mude, no dará frutos. El Elefante dobla las juntas de los brazos con gran facilidad,

cuando es nuevo; despues, en entrando en edad, se le endurecen los nervios, y tiene las piernas como columnas, sin poderlas doblar. Con gran dificultad podrás en la vejez volverte á Dios, por estar duro tu corazon, y obstinado en pecados. A muchos sucede lo que al caminante, que en tiempo de lluvias encuentra con un arroyo que pudiera pasar de un salto; y diciendo, adelante lo pasaré, mientras baja mas abajo, lo halla mayor y con mas agua, y no lo puede pasar. Así al que al principio con un salto de dolor pudiera pasar á la otra parte de la buena vida, no lo hace, dilatando la penitencia para adelante, crecen con los dias las dificultades, con que se vá haciendo mas inhabil cada dia.

IX.

Vió en el desierto un Santo [Solitario á un hombre que habia hecho un haz de leña para llevarle á cuestras, y vió, que probó á subirlo sobre los hombros, y no podia; y el remedio que buscó, fué hacer mas leña, con que acrecentó la carga, y menos podia subirla. Rióse el Santo Hermitaño de la locura de este hombre, hasta que le dijo un Angel: Mas locos son los hombres que dejan para mañana su conversion; no pueden hoy levantar su corazon á Dios con la grave carga de sus pecados, y esperan á mañana con muchos mas, levantarse mas ligeros. Los mas de los hombres de este miserable siglo no se acuerdan de volverse á Dios, sino es cuando el mundo los deja y entonces, á mas no poder, lo hacen porque con la muerte los deja el tiempo. Tarde acordó Faraón (*Exod. cap. 14.*) Rey de los Gitanos, á conocer á Dios en el mar Bermejo: arrepentido, quiso volver atras; pero las aguas le embarazaron el camino, y quedó muer-

to en ellas. Las Vírgenes locas (*S. Mat. cap. 25.*) tarde aparejaron sus lámparas, por lo cual se quedaron fuera. En la apretura y riguroso trance de la muerte de maravilla se halla buena disposicion: cosa es muy rara el que tenga contricion verdadera, el que antes no la tuvo. El Santo Rey David (*Psalm. 6.*) dice: No hay quien se acuerde en la muerte de Vos. ¿Pues quién se acordará? El que vive Señor el que vive, responde el Rey Ezequias (*cap. 28.*) en su cántico, no el que está agonizando con dolores, ansias y desventuras. Acuérdate de tu Criador en el tiempo de la juventud (dice el Sábio) antes que se oscurezca el sol de tu entendimiento y las estrellas de tus sentidos; no seas como el otro ignorante, que cuenta el Cardenal Belarminio, que á la hora de la muerte pedia con grandes voces tiempo para hacer penitencia, y oyeron los que le ayudaban á bien morir, una tenebrosa y espantosa voz que le decia: Necio, ¿ahora que el sol se pone, pides tiempo de penitencia? ¿Qué hacías, cuando te alumbraba todo el dia? Y en éstas miserables congojas dió su alma á los demonios. Bien parece ser falsa la penitencia de los tales; pues en sanando, vuelven á sus vicios: la necesidad les fuerza á que digan verdades, no la buena voluntad: son como los ladrones, que no confiesan sus delitos sino á puros tormentos; cuya confesion no los libra de la pena, antes les dá la muerte.

X.

Arroja el mercader sus riquezas al mar; y si despues le viene tranquilidad, con mayor ansia busca los fardos, que nadan sobre las aguas; con que se conoce, que si no fuera por el peligro (segun su voluntad lo

demuestra) no las echára de si. Así hacen con los pecados, los que á aquella hora aguardan: echánlos por el peligro; pero el amor que toda la vida les tuvieron, vá asido á ellos, como el mercader á sus riquezas: vemos con los ojos, que confiesan con la boca muchos pecados; pero no les vemos el corazon, de donde han de ser borrados; y así nos parece que todos se ván al Cielo, y están muchísimos en el Infierno con todos los Sacramentos, porque no se dispusieron, y nosotros quedamos muy contentos, porque murieron como unos pajaritos, como si estuviera en el morir de prisa ó de espacio la buena muerte. De espacio murió el mercader, que ganó su hacienda engañando á sus hermanos, y mas de espacio está su alma en los Infiernos. De prisa murió el siervo fiel á su Señor, que repartió sus bienes con los pobres, y vivió muriendo cada dia, y está en la alegre casa de Dios. Blanca se quedó como una paloma la muger ramera, y negra vive su alma entre los Demonios, mientras Dios fuere Dios. Negros y con grandes ánsias murieron los Santos, que sirvieron á Dios, y ahora son estrellas en la región de la luz. Todo esto nace, de ser hombres carnales quien lo juzga, y así han dejado esos abusos y mentiras en el mundo. Si vieran á los Santos Mártires ahogados, despedazados y quemados, ¿qué dijeran de ver sus cadáveres tan monstruosos? Se han criado en el cieno de este mundo, y no han salido de las tinieblas de Egipto; y así tienen estos ojos, y no ven; que si vieran, verian que este género de muertes y diversidad de accidentes, toca á la complexion del cuerpo mortal, ó la naturaleza del achaque de que mueren, de lo cual no es partícipe el alma,

porque sus enfermedades son invisibles; que si las viésemos, conoceríamos lo horrible de los vicios; por eso no hay que fiar en la muerte de estas postreras obras, porque el alma con la gravedad de los dolores del cuerpo, á que está unida, no puede levantarse á Dios, porque toda ella está en la parte que padece. Esto sucede muchas veces en los siervos de Dios, en aquella tremenda hora, y así se les oye quejar de su desamparo. Pues si esto sucede á los que en esta vida están habituados, ¿qué le sucederá á quien no lo está? Si esto sucede á los varones fuertes, que han peleado contra sus pasiones; ¿qué les sucederá á los flacos, que siempre han sido vencidos de ellas? Y así las mas veces lo yerran, aunque nos parezca á nosotros lo aciertan, porque todas sus obras son carnales y brutales, sin llevar otra luz que carne y sangre: y aunque nos parezca que con la boca se disponen, su corazon está rebelde y lleno de malicia, y así nada les aprovecha.

XI.

Quien vió lo que Judas hizo despues que vendió á Jesucristo, ¿no dijera que era un verdadero penitente? Porque él confesó su pecado á voces, restituyó la honra en público á quien se la habia quitado, volvió á su dueño el dinero mal ganado. ¿Quién, viendo estas demostraciones, no dijera habia enteramente satisfecho su pecado? Y con todas estas circunstancias se condenó, porque el corazon estaba de diferente color que las obras exteriores. ¿Qué importa que la boca diga pequé, si el corazon no dice nada? ¿Que desprecie las riquezas con la lengua, cuando las guarda el corazon, qué importa? Llega á las playas de Nínive el Profeta

Jonas (*Jonas, cap. 5.*) empieza á sonar su voz por las calles y plazas de aquella opulentísima Ciudad, pregona la justicia de Dios, que vendrá sobre sus habitantes dentro de cuarenta dias, y al instante empiezan todos á llorar y hacer penitencia de sus pecados: bien pudieran aguardar á algunos dias, pues sabian tenian cuarenta dias de término. No, sino luego hicieron penitencia, desde el Rey hasta el mas vil esclavo. Viene el auxilio de Dios, suena la voz del Señor, de Jonás, en nuestros corazones, no hay que aguardar segunda voz, no sea que sea la postrera que Dios tenga determinada para castigar nuestros pecados. Estos varones Ninivitas tiene Dios guardados para el dia del Juicio, y con ellos juzgará á estos embelesados del mundo. La penitencia del Santo Juan Bautista y la del Santo Profeta Jeremías, ambos santificados antes de nacer, se levantarán contra esta mala gente el dia de la venganza; pues teniendo vidas inculpables, hacian rigurosa penitencia, solo por asegurar la gracia de Dios: mira tú que debes hacer, cuando tienes que pagarle tanta multitud de culpas.

XII.

Ahora te ven mis ojos, y hago penitencia en ceniza y llanto, decia á Dios el Santo Job. (*Job, cap. 24.*) Pues fuiste criado para gozar, abre tus ojos y conoce quien es, cuando te habla en el corazon con santas inspiraciones. Habla el villano con el Rey en el campo, y no le venera, por no conocerle: así dijo el soberbio Rey Faraon (*Exodus, cap. 5.*) á Moisés, quién es Dios? No sea que tú digas lo mismo. Todos meditamos en este mundo: unos traen delante de sí á Dios,

y otros á su interés. Este es el Dios de cada uno. Si deseas hartar tus deseos y la insaciable sed de tus apetitos con los bienes y riquezas de este mundo, vas engañado, como lo estuvieras, si quisieras hartar un caballo con carne y un leon con yerba. Ordenó Dios su mantenimiento á todas las cosas: á tu alma le cupo el Cielo por centro; mira cómo sosegará con cuatro piedras amarillas que el mundo llama oro! Y si con este quieres sosegarle, lo conseguirás, como si para matar una hoguera le hechases leña seca. Estos son desatinos: pues de la misma suerte lo es saciar nuestra alma, que es espíritu, con bienes materiales que son tierra. Cuando salgas de ese cuerpo, en que habitas, verás estas verdades y llegará el día que no tendrá noche para tí, ó la noche que no tendrá día, y salgas de este mundo para el otro siglo.

XIII.

Hermano mio, si quieres tener buena muerte, en tu mano está, ten buena vida, que con buena vida no hay mala muerte, ni buena muerte con mala vida: todo se acaba; si no ha de durar, ¿qué se te dá de conseguir lo que deseas? Si sirves á los Príncipes, ellos te dejarán mañana, ó tú los dejarás con tu muerte. Mira á San Francisco de Borja lo que le sucedió: sirvió muchos dias á los Emperadores, y muriendo la Emperatriz se la dieron en depósito, para que la llevase á Granada á enterrar, y abriendo la caja donde iba aquella Señora, á quien él y un mundo servia de rodillas, vió un saco de gusanos, y que la corona estaba sentada sobre un poco de podre y dijo: En esto paran las grandezas humanas, á quien los hombres se desvelan en servir? Yo prome-

to de aquí adelante no servir á Señor que se muera. Como lo prometió, así lo hizo; sirviendo á Dios tan de veras, como nos lo dice su santa vida.

XIV.

¿Qué importa, hermano, que seas grande en el mundo, si la muerte te ha de hacer igual con los pequeños? Llega á un Osario, que está lleno de huesos de difuntos, distingue entre ellos el rico del pobre, el sabio del necio, y el chico del grande; todos son huesos, todos calaveras, todos guardan una igual figura. La señora que ocupaba las telas y brocados en sus estrados, cuya cabeza era adornada de diamantes, acompaña las calaveras de los mendigos. Las cabezas que vestían penachos de plumas en las fiestas y saraos de las Cortes, acompañan las calaveras que traían caperuzas en los campos. ¡O justicia de Dios, cómo igualas con la muerte á la desigualdad de la vida! ¿Qué cosa hay tan horrible como el hombre muerto? Fantasma á la ilusión de quien la conocía, horror á los ojos de quien lo amaba. ¡O instante que mudas las cosas! ¡O instante del ser al no ser! ¡O instante puerta de los siglos! ¡O instante, en que todo se acierta ó todo se acaba! O instante, en que ninguno dirá, yo te pasaré seguro! Porque ninguno sabe si es hijo de tu ira ó de amor. ¡O instante, el que te perdió una vez no te hallará mas, mientras Dios fuere Dios! Para siempre, para siempre, sin término ni fin.

XV.

¡O locos, que no veis estas verdades! ¡O hijos de Babilonia, los que habitais en sus delicias, y bebeis las inmundicias de su cáliz, por de fuera oro y por de

dentro venenol! ¡O ramera, prevaricadora de la verdad, pues llamas males á los bienes y bienes á los males! Todo tu cuidado es borrar la razon del hombre, imágen de Dios, y el que nació para compañero de los Angeles, hacerlo compañero de las bestias, dando fuerza con la abundancia de tus vicios á nuestros apetitos, para que reine sobre la razon, y que ella cautive, y todo el edificio humano venga al suelo. Estas trasmutaciones hace con los hijos del siglo esta ramera, á quien tiene ciegos con las riquezas y delicias de este mundo. Y así decia el Santo Apóstol San Pedro, que no era otra cosa este mundo sino una casa llena de humo, adonde ciegos los ojos de la razon, no ven la verdad de las cosas: es un Babel de confusion, donde unos á otros no se entienden, todos desunidos para el bien y unidos para el mal: es un engaño con apariencia de verdad. Quien vé al poderoso, le llama rico, y es mentira porque le falta á su codicia todos los bienes agenos: le dicen que es señor, y no lo es, porque no tiene los bienes, antes los bienes lo tienen á él; y así no se ha de decir: Pedro tiene cien mil ducados, sino cien mil ducados tienen á Pedro; no se ha de decir: Pedro puede mucho, sino Pedro puede nada, Al fuerte y temeroso le llaman valiente, y es todos los dias vencido de sus pasiones. Lllaman belleza á la compuesta de carne podrida, que mañana será gusanos: al virtuoso llaman hipócrita, y al hipócrita hombre ajustado: al liberal pródigo, y al pródigo hombre bizarro: al verdadero buen hombre (que ya el serlo es oprobio) y al embustero cortesano: al bufon hombre ligero, y el que es modesto, pesado. Este es el vocabulario de la

casa de los locos y del palacio del humo, donde reina Babilonia, y adonde habitan las bienaventuranzas temporales, que hoy son, y mañana no parecen, opuestas á las Bienaventuranzas de Dios nuestro Señor, que habitan en la casa de la luz. Dice el mundo: Bienaventurados los ricos. Dice Dios: Bienaventurados los pobres. Dice el mundo: Bienaventurados los que se huelgan y rien. Dice Dios: Bienaventurados los que lloran. Dice el mundo: Bienaventurados los que son estimados. Dice Dios: Bienaventurados los que padecen persecuciones. Tan opuestos como son los autores, son opuestas las doctrinas. Cristo nos dice (*S. Math. cap. 6.*) Quien es de este mundo, no es de Dios: servir á Dios y á las riquezas no puede ser; agradar á dos señores tan opuestos es imposible. Estos son dos caminos muy distantes: uno vá al Occidente del Infierno, y otro al Oriente del Cielo. Cualquier paso que damos en ellos, nos aparta del camino opuesto; y así cada uno mire como anda, que sus pasos le dirán el fin que lleva.

XVI.

Muchos hay que no ven estas verdades, porque viven en tinieblas, y las padecen mucho mayores que las padecian los Gitanos (*Exod. cap. 10*) que les duraron tres dias, y hay muchos á quienes les duran cincuenta años. ¿Qué locura puede haber mayor, que querer irse al Cielo por otro camino que fueron los Santos? Los descubridores de las Indias nos enseñaron el camino de las Indias,, y de esa misma suerte los descubridores del camino del Cielo nos enseñaron el camino del Cielo, ¿Cómo llegarán al lugar donde llegaron San Ambrosio, San Gregorio, San Agustin y

Santo Tomás de Villauueva, Padres de la doctrina, de la penitencia y de los pobres; los Obispos que gastaron el patrimonio de los pobres en las grandezas y profanidades, en que lo gastan los hombres mas relajados del siglo? Delante de las lágrimas del Santo Rey David, y de la penitencia de San Luis, Rey de Francia, y de la Caridad de San Estuardo, Rey de Inglaterra, ¿qué parecerá un Rey, que toda su vida la ha gastado en comedias, caza y juegos de cañas? Delante de todos los Santos, ¿qué parecerán los que tuvieron sus mismos estados y no sus virtudes? No hay que culpar el estado, que el estado no condena al hombre, sino el hombre al estado. (*Josué cap. 10*) ¿Quién, viendo á Josué cubierto con un arnés de acero en un caballo furioso, y la espada sangrienta en la mano, dijera era Santo? Y vimos que á lo voz de este siervo de Dios se paró el sol en el Cielo, y toda la máquina celeste detuvo su curso. Imitemos las virtudes que los Santos han ejercitado en todos estados, pues en todos tenemos gloriosos egemplos, y no nos divierta el estado ageno, y con eso tendremos virtud en cualquier estado que nos halláremos; pero querer sin sus virtudes ir al cielo, es disparate.

XVII.

Tened vergüenza, los que llamais á Dios nuestro Señor, Padre, verlo tan solo. Y así Su Divina Magestad se queja por su Profeta (*Malachias cap. 2*) diciendo: Si soy vuestro Padre, ¿dónde está el amor que me teneis? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde está el respeto? Considerad en dos campos de Batalla, como San Cipriano consideraba, dos egércitos, el de Dios. nues-

tro Señor en un monte, cuyo Capitan es Cristo, que ocupa la cumbre, sangriento, lleno de dolores, afrentas y desnudez, con el invencible estandarte de la Santa Cruz bandera de nuestro Caudillo, debajo de cuya seña militamos. Mira mas abajo sus Apóstoles, llenos de angustias, de prisiones y tormentos; vuelve los ojos á la falda del monte, mira sus Mártires, admira su fé y fortaleza, tintos en sangre están, escucha sus lamentos, y cómo su inocencia pide á Dios justicia, diciendo: (*Apocal cap. 11*) *Vindica, Domine sanguinem Sanctorum tuorum, qui effusus est.* Otros repiten el santo sacrificio de sus cuerpos, cantando: (*Isai, cap. 65*) *Transivimus per ignem, et aquam, et eduxisti nos in refrigerium.* Mira los Santos Confesores con la fatiga que suben al monte, llenos de penitencias por el amor de su Criador, y con la esperanza de llegar á la cumbre, la publican diciendo (*Psalm. 19*) *Hi in curribus, et hi in equis; nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.* Mira las Santas Virgenes cantando alabanzas al Omnipotente por el triunfo de sus victorias; diciendo: (*Exodo cap. 15*) *Cantémus Domino, gloriosé enim magnificatus est.* Mira los Santos Anacoretas, llenos de amor, subir las peñas del monte arriba, con cuanta ligereza las trepan, diciendo (*Psalm. 41*) *Quemadmodum desiderat cervus ad fontem aquarum, ita desiderat anima mea at te, Deus.* Repara, que en todo este santo egercicio no hay ninguno sin trabajos y sin consuelos, todos miran á lo alto, donde está su Capitan; y con ser el monte tan alto y la subida tan aspera, no desmayan, antes sus tropiezos aceleran el paso á su camino. Mira su santo y valeroso Capitan como los alienta, diciendo:

Venid á mí los que trabajais, que en mí hallareis descanso: los que teneis sed, venid, porque soy fuente de aguas vivas: venid, que soy vuestro Padre, vuestro Pastor, vuestro Rey y vuestro Hermano.

XVIII.

Repara la diversidad de Santos que ocupan las faldas de este santo monte, y por subir á su cumbre con mas ligereza, cómo se van desnudando de todo lo que les hace estorbo á subir á lo alto. Mira aquel Rey arrojando la corona; el otro poderoso el dinero; el letrado los libros; el soldado las armas, y todo lo que les embaraza el camino, es despreciado de su denuedo. Repara, que como van subiendo, el paso del camino es la fatiga, y el ardor con que el que al principio podia sufrir la toga y dignidad, á los primeros pasos la deja, á los segundos la capa, y á los postremos hasta la camisa les hace peso. Mira, que aunque padecen fatigas, ninguno se pára, porque en este camino el pararse es volverse atrás. Mira, que aunque todos suben, todos van por diferentes caminos; y aun que los del monte opuesto le dan gritos, no vuelven el rostro á su estruendo y voceria; y si alguno lo vuelve, es despenado. Mira cómo los Santos Angeles van delante, animándolos y allanándoles el camino, diciéndoles (*Psalm. 90*) *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis, in manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.* Mira los Santos Profetas y Patriarcas, postrados delante de la alta nube, que tiene á Cristo á su diestra, donde asiste el altísimo Dios de los ejércitos, que corona el pináculo de este monte diciéndole (*Psalm. 130.*) Vos,

Señor fundásteis la tierra sobre su misma firmeza, y Vos, Señor, teneis señorío sobre la mar, y Vos podeis amansar el furor de sus ondas. (*Psalm. 75.*) Vuestros son los cielos y vuestra es la tierra, y Vos criásteis la redondez de ella, con todo lo que dentro de sí abraza; y la mar, y el viento cierzo que la levanta, Vos lo fabricásteis; y pidiéndole los Santos eche su paternal bendicion sobre los caminantes de este santo monte, le dicen; (*Psalm. 144.*) Los ojos de todas las criaturas esperan en Vos, Señor, y Vos les dais su manjar en tiempo conveniente. Abris Vos vuestra mano, y henchis todo animal de bendicion.

XIX.

Mira como el amable Padre desde lo alto los mira, y con amorosos ojos los bendice, y con el báculo pastoral de su providencia los anima, diciendo por Ezequiel (*Ezech. cap. 34.*) Yo buscaré mis ovejas; y las visitaré de la manera que visita el pastor su ganado, cuando lo halla descarriado; y así yo visitaré mis ovejas, y las sacaré de todos los lugares por donde andan descarriadas, y en el día de la nube y de la oscuridad sacarlas hé de entre los pueblos, y juntarlas hé en diversas tierras, y traerlas hé á la suya, y aposentarlas hé en los montes de Israel, donde descansarán sobre las yerbas verdes, y serán apacentadas en pastos muy abundosos, y las que moran en el desierto, estarán seguras de los bosques, y puestas al rededor de mi callado; derramaré sobre ellas mi bendicion, y enviaré las aguas lluvias á su tiempo, las cuales serán benditas, esto es saludables y provechosas, y no dañosas á los pastos del ganado. ¿Es buen Pastor, el

que con este amor cuida y trata á los suyos? ¿Quieres mas bendiciones que estas que echa el Señor á sus siervos, que suben este santo monte del desengaño? Este es el camino, este es el Capitan, estas las promesas, cuyo fin es el reino eterno.

XX.

Considera tu ahora, hermano mio, el estado en que vives, y que llegas á este santo monte; registra con la vista todos sus caminantes, que suben sus veredas, pon los ojos en sus costumbres, egercicios y vida, y mírate á tí y si te hallas lleno de magestad y grandeza, cercado de coches, estufas, pages y lacayos con quien vá solo y á pié, ¿qué parecerás? ¿Al lado de quien su corazon solo lo tiene en Dios, con el tuyo que solo lo tiene en el dinero? Con los que caminan ayunos, ¿cómo puedes caminar tan harto y lleno de delicias? Si quieres caminar con los limosneros, éstos van muy ligeros, porque caminan en los hombros de los pobres. ¿Cómo puedes tú seguirlos con tantos talegos? Si te arrimas á los despreciadores del mundo, es gente muy desocupada, y todo el dia caminan; ¿y tú como los has de seguir, si todas las noches y dias las tienes ocupadas en tus pretensiones, bautizándolas por lícitas tu codicia? Si buscas los castos, tu lascivia los aparta de tí; si los humildes, tu soberbia no puede caminar los pobres valles que ellos caminan, porque tus caminos son de cerro en cerro y de monte en monte, como halcon altanero. Si tienes juicio, hermano mio, eaharás de ver que no llevas tú el camino que llevan aquellos santos caminantes; y no llevándolo, yo te digo

de parte de Dios, que no llegarás adonde ellos llegaron.

XXI.

Trae San Pedro Damian un simil muy evidente para crédito de esta verdad. Dice el Santo: Si un hombre quisiera hacer una jornada, que nunca hubiese hecho, y para acertarla mejor, se informase de un práctico del camino, preguntándole las señas y los pasos que tenia; y el práctico le dijese, que en saliendo de la ciudad, á media legua encontraria con una cruz, que dividia dos caminos, que en llegando á ella tomase el camino de mano derecha, y á breve rato encontraria una laguna muy grande, que en llegando tomase el camino de la otra mano, y que veria luego un castillo puesto en un alto monte, que caminase derecho á él, y que en llegando le fuese rodeando, y á sus espaldas hallaria el lugar: si el caminante saliese confiado con estas señas y caminase todo el dia sin ver la cruz, sin encontrar la laguna ni descubrir el castillo, y que cerraba ya la noche, ¿qué diria de su jornada? Pues abre tú ahora los ojos, antes que llegue la noche de tu muerte, y mira si en el camino de este mundo, donde todos somos viadores, encuentras con las señas, que te dan la vida y camino de los Santos para el reino de Dios; y si no encuentras con ellas errastes el camino, morador eres de Babilonia y esclavo del Demonio, para cuyo desdichado fin mejor fuera que nunca hubieras nacido, ni tu madre te hubiera arrojado al mundo.

XXII.

Vuelve ahora los ojos de la consideracion al monte



opuesto, monte de vanidad, teatro de la soberbia y corte de la gran Babilonia, enemiga de Dios y compañera del Demonio: mirala multitud de gentes, que lo ocupan; mira como está asentada en la alta cumbre, en aquella bestia de siete cabezas, que refiere San Juan en su Apocalipsi (*Apoc.* 17.) vestida de púrpura, guarnecida de oro y de piedras preciosas, y en su mano el caliz dorado de sus deleites, lleno de todas las inmundicias y abominaciones, y en su frente escrito. *Blasfemia*. La gran Babilonia, madre de la fornicacion y de la abominacion de la tierra, embriagada de la sangre de los mártires de Jesucristo. Mira á Luzbel, su Príncipe con tantas tartáreas legiones que le acompañan, todos enemigos con odio irremediable de tu Padre, de tu Dios de tu Criador. Mira la innumerable gente que los adora el pecho por tierra. Mira los moros con sus torpezas, los judios con su codicia, los bárbaros con su idolatria, los hereges con sus malicias. Mira los cristianos (aquí revienta el corazon de pena, y la sangre de él habia de salir por nuestros ojos de dolor) Que siga á esta ramera quien no conoce á Jesucristo, vaya; pero sus hijos que profesan su purísima ley evangélica, se hayan apartado, y sirvan á esta infame! Y yo que escribo esto (con dolor de mi corazon y lágrimas en mis ojos lo confieso) mas de treinta años dejé el monte santo de Jesucristo, y serví loco y ciego á Babilonia y sus vicios, bebí el sucio caliz de sus deleites, é ingrato á mi Señor serví á su enemiga, no hartándome de beber en los sucios charcos de sus abominaciones: de lo cual me pesa, y pido á aquella altísima é Imperial Bondad perdon de mis pecados.

XXIII.

Cuenta San Juan Climaco, que yendo por el desierto, encontró con una calavera de un hombre, y le preguntó el Santo de quien era. Fui donde habitó el ánima de un condenado. Serias de algun idólatra, dijo el Santo. Respondió: mas bajo es mi tormento que el de los idólatras. Serias de algun moro. Mas bajo (respondió) es mi infierno que el de los moros. Serias (dijo el Santo) de algun judio ó herege. Respondió mas bajo y profundo es mi infierno. Preguntó el Santo: ¿pues fuiste cristiano? Y respondió: sí: pero mis tormentos son mayores que los de los cristianos, porque fui Sacerdote cristiano: esta es la mayor desdicha! Que el ciego no vea, vaya; pero que el que ve sea ciego! Que el que tiene por bienaventuranzas las riquezas las ame, no es mucho; pero que el que profesa que la bienaventuranza es no tenerlas por el amor de Dios, las estime, es cosa de locos: ó mude lo que cree, ó crea que ha perdido el juicio.

XXIV.

Mira en este desdichado monte, á quien el mundo llama felicidad, la multitud de gente que la habita: mira la confusion y Babel y voceria, con que unos á otros no se entienden: mira los ambiciosos, qué tristes y qué hambrientos de bienes de fortuna; hasta los montes de oro y plata tienen á las espaldas, no porque la desprecian sino porque esta gente nunca miran lo que tienen, sino lo que les falta. Mira los deshonestos encenagados en los pântanos de la lascivia, sin tener aun habilidad para dar voces, porque su torpeza es tanta, que ni aun hablar los deja. Mira los

ambiciosos, comiéndose á bocados, siendo alimentos de sí mismos. Mira los murmuradores de todo descontentos, y nada les parece bien, sino el decir mal. Mira cuanto ladron, cuanto homicida, cuanto embustero cuanto soberbia, cuanto vanidad ocupa la corte de esta raramera. Tambien tiene este maldito pueblo sus ermitaños y penitentes; unos que profesan virtud por sus comodidades, otros que viven solitarios por no hacer bien á nadie, otros que no comen de miserables, otros hacen penitencia porque los alaben y ha llegado la locura á tal extremo, que hay quien derrame su sangre por parecer bien. Mira los poderosos con la profanidad que sirven á su loca señora. ¿Qué coches, qué literas, qué estufas no ha inventado su comodidad? ¿Qué comidas, bebidas y olores su gula? Los tabiques de sus casas son cristales, sus templos un aposento de sus casas, adonde desde sus camas profanan (no adoran) el estupendo y Santo Sacrificio de la Misa, haciendo el Sacerdote (como yo he visto) primero á ellos la reverencia para empezar, que á Dios nuestro Señor, en cuya presencia tiemblan los Angeles y el firmamento se humilla. Si cuando Dios nuestro Señor se apareció en la zarza en el monte Horeb á Moises, porque queria ver aquel misterio, le dice Dios, que aquella es tierra santa, que se descalze; ¿qué debe hacer el que vé y oye el Santo Sacrificio de la Misa, adonde está Dios humanado, como estaba en el fuego de la zarza? Y ha llegado el tiempo que delante de estos Epulones (por nuestros graves pecados) no solo los Sacerdotes de Dios les hacen reverencia, sino que acompañan las visitas hasta los estrados. ¡O desdichado siglo! ¡O tiempo la-

mentable! ¡O locos engañados! ¿Dónde está el culto y veneracion que teneis á Dios, pues asi tratais á sus criados? Si en tiempo de San Gregorio el Magno decia (no viendo estas bajezas, sino algunas tibiezas en los Sacerdotes de Dios) que en aquel siglo habia Sacerdotes de palo, que celebraban en cálices de oro, y que en el tiempo antiguo habia Sacerdotes de oro, que celebraban en cálices de palo; ¿qué diria si viese estas ignominias?

XXV.

Pues no es la peor gente que tiene Babilonia; á ésta, otra mas pésima le acompaña. Estos son unos filósofos mesurados, llenos de ciencia vana, de quienes Cristo nuestro Señor nos aconseja huyamos, por que son falsos Profetas, que tienen pieles de ovejas, y por de dentro son lobos carniceros, que despedazan nuestras almas con sus doctrinas falsas y engañosas; estos son los peores; porque los que hasta aquí hemos referido, con el letargo de los vicios, no hablan de la virtud, sino vicio y mas vicio, y no buscan otra razon, que dar pasto á sus apetitos. Pero éstos están llenos del cáliz de Babilonia hasta la boca, por donde lo derraman; llegando á egecutar la mayor maldad, que en la córte de la ramera se hace, que es hacer de los vicios virtudes, de las ofensas servicios, y de la malicia bondad, diciendo es agradable á Dios, lo que Su Divina Magestad aborrece; diciendo es lícito y loable, lo que por su naturaleza es malo y pecaminoso. Dice el Padre Maestro Avila, Apóstol de la Andalucía, que esta gente es peor que Lutero, y dá la razon, como dañosa y herética cerramos los oidos á sus ra-

zones, conociendo es veneno de nuestras almas; pero las doctrinas de estos juzgánla como medicamento saludable, y como á tal abrimos la boca de nuestro corazón, adonde recibimos en lugar de salud peste, y en lugar de vida muerte. Dicen, si ven la soberbia en las alhajas, grandeza y ostentacion, que el estado lo pide. Si no dan limosnas, que primero es pagar las deudas. Si no las pagan, que el sustento de la casa, por ley natural lo prohíbe. Si están en la Iglesia irreverentes, que no se ha de mostrar la virtud en cosas exteriores. Si no frecuentan los Sacramentos, que es reverencia á tan alta Magestad. Si es gloton y regado, que no hace daño lo que entra por la boca, sino lo que sale por ella. Si come carne y no ayuna, por una enfermedad que tuvo ahora cuarenta años, y por no tener ninguna hasta que se muera, que la prudencia es madre de las virtudes. Si vá á la comedia, que es acto indiferente. Si es usurero, que el uso de las tierras hace leyes. Si es simoníaco, que no toma dinero, sino lo recibe. Si vende la justicia, que hay leyes para todo. Si está amancebado, es pecado de flaqueza. Si homicida, que en el primer ímpetu no hay pecado. Si ladrón, la extrema necesidad carece de ley. Si es desbaratado y loco, que la virtud de la eutropelia lo permite. O malditos hijos de Baál, no sois vosotros israelitas de corazón simple y recto, sino hijos del Demonio, ministros de Babilonia, y doctrineros de Bercebú, y pervertidores de la doctrina de Jesu-Cristo.

XXVI.

Mirá con el amor que este infame pueblo dá sus bienes á esta ramera; empeñan sus joyas, venden sus

alhajas, disipan sus mayorazgos por darle solo gusto. Mira el demonio como blasfema de Jesu-Cristo, y le dice: Mira, Cristo, la gente que me sigue, la magestad que me acompaña; mira que obedientes me están, como dán sus vidas y sus haciendas por mí, sin haberlas yo criado, ni redimido con tantos dolores y trabajos, como tú los redimiste, ni haberles prometido reino eterno, antes suplicio eterno. Mira que ni un ochavo te dan de limosnas en tus pobres, y mira con cuanta liberalidad me dan todos sus bienes, Afréntate, cristiano; de oír estas voces; ten honra verdadera, que todo lo demás es embuste; y mira como tratas á tu Dios, tu Padre y tu Señor; y si el amor no te obliga, oblíguate el temor; teme su furor y la espada de su justicia, que está sobre tí. Mira lo que dice el profeta Amós (*Amós*, cap. 9, Los ojos del Señor están puestos sobre el reino que peca, para destruirlo y echarlo de sobre la haz de la tierra. Mira á lo que obliga al furor de Dios esta mala gente) que dice por el Profeta Zacarias estas desconsoladas y tremendas palabras (*Zachar.* cap. 11) No quiero yo tener mas cargo de apacentaros: lo que muere, muera; y lo que mataren, maténlo; y los demás que se coman á bocados unos á otros. ¿Puede ser mayor el desamparo que esta gente tiene de Dios? ¡O desdichado pueblo, sobre quien tal furor ha caído! Nunca fueras nacido, para ser aborrecido de tu Criador, compañero del Demonio y pasto de los infiernos. ¡O Babilonia, ramera infame, cómo tienes engañados á los hijos de los hombres! Algun dia caerás á los abismos, como se lo mostraron al Apóstol San Juan en aquella vision, que refiere en su Apocalipsi (*Apacal.* cap. 18) donde dice, oyó

una voz de un Angel, que dejando caer desde el Cielo una gran piedra de molino, decia: Cayó la gran Babilonia, y queda hecha habitacion de los demonios, y guarda de espiritus inmundos, y guarda de las aves inmundas, y de todas las gentes, que del vino de la ira y de la fornicacion bebieron.

XXVII.

Ruégote ahora, hermano mio, que con maduro juicio te pongas en medio de estos dos montes tan opuestos. Mira al uno coronado de Dios, tu Padre, y al otro del Demonio, su enemigo; uno lleno de bendiciones de su paternal mano; otro lleno de maldiciones de su furor, uno monte de verdad, cuyo fin es un reino eterno, una vida eterna, un descanso eterno; otro monte de vanidad, cuyo fin es infierno eterno, horror eterno: tormento eterno y blasfemia eterna. Y está cierto, que tú, que lees estas letras, has de parar dentro de breves dias (porque breves son los dias del hombre, dice el Santo Job) en uno de estos dos lugares. Libre alvedrío tienes, elige, que para coronar Dios tus obras, y para que tengan mérito, te pone en libertad: elige, porque has de morir; y al salir tu alma de ese tu cuerpo, en que ahora habita, le tomarán estrecha cuenta de los pasos que ha dado en estos montes, que todos te los tienen contados, y ellos te llevarán al fin donde se encaminaron. Quiera la gran misericordia de Dios, y su paternal piedad vayan á parar á él mismo, adonde descanses. Amen.

TESTAMENTO

DE DON MIGUEL DE MAÑARA.

En el nombre de Dios todo poderoso, Padre santísimo nuestro, Omnipotente y Santo, Sábio, Inmenso, Criador de todas las cosas, principio y fin de toda criatura, por quien somo, vivimos y nos movemos, trino en personas distintas, siendo un solo Dios verdadero, rey inmortal, invisible, omnipotente y santo, delante de cuya alta magestad, yo su pobre esclavo, estoy escribiendo este mi testamento, y postrera voluntad. El cual, (esto es, el Verbo divino) por nuestra salud bajó del Cielo á la tierra, y tomando nuestra naturaleza en las puras entrañas de Santa Maria Virgen nació en un pesebre, pobre, y desamparado del mundo, quedando virgen la que fué su madre; fué Salvador del mundo, muriendo en una Cruz entre dos ladrones; bajó á los infiernos y sacó las ánimas de los justos, que desde el principio del mundo estaban depositadas en el seno de Abraham nuestro padre; resucitó de entre los muertos al tercero dia; y despues de cuarenta subió á los Cielos; de donde há de venir el postrero dia á juzgar

el mundo despues de la universal resurreccion, adonde dará á cada uno el premio de su trabajo, á los malos el fuego eterno con Satanás, y sus angeles, y á los buenos el santo Paraiso. morada de los justos sus escojidos. Este es el Dios omnipotente, á quien adoro; es mi padre, mi madre, mi hermano, y todo mi linaje, mi alma, mi vida, y todo mi corazon; Dios de mis padres y mio; este invisible y único Señor creo y confieso; y todo lo que no es él digo es mentira, y lo tengo por estiércol y basura, y quimera de hombres vanos y ridículos; y lo quisiera adorar con la misma inocencia y fé que lo adoraron y confesaron nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, y los demás Santos de nuestra madre y Católica Iglesia. Yo pequenuelo delante de su inmutable acatamiento, en el nombre de Jesus, que es sobre todo nombre, y el de Santa Maria Virgen su bendita madre, y en el nombre de los bienaventurados San Migel Arcángel; los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo; y de los Bienaventurados amigos y Siervos de Dios, San Benito mi padre, San Francisco, Santa Teresa, San Eustaquio, San Paphnucio, y el Santo profeta Elías, mis especiales obogados.

Yo Don Miguel Mañara, ceniza y polvo, pecador desdichado, pues los mas de mis malogrados dias ofendí á la magestad altísima de Dios mi padre, cuya criatura y esclavo vil me confieso serví á Babilonia y al demonio su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios, cuyos pecados y maldades no tienen número, y sola la gran sabiduria de Dios puede numerarlos; y su infinita paciencia sufrirlos y su infinita misericordia per-

donarlos. ¡Ay de mí! Quién se cayera muerto, antes de acabar estos renglones; y pues van bañados con mis lágrimas, fueran acompañados con el postrer suspiro de mi vida! Pero pues Dios no lo quiere, así se haga; estando en su venerable presencia, en mi entero juicio y buena salud, dones de su Santísima mano, juzgando es su Divina Magestad servido se hagan las últimas voluntades y disposiciones con libre voluntad, y entero conocimiento, y no aguardar á la hora de la muerte á hacerlo, por ser tiempo tenebroso, y de obscuridad, hago, y otorgo este mi testamento cerrado en la forma siguiente.

Mando mi alma, con toda entera, y libre voluntad á Dios nuestro Señor que la crió y la redimió; y aunque indigna (por sus abominables pecados) de acotar con tal santidad, y pureza como la de su Divina Magestad, pongo por medianera delante de su recta justicia la Sangre de mi Señor Jesu-Cristo; é invoco por mi abogada (gran cosa fuera el ruego de los Santos; la bondad de los Angeles; la intercesion de la Virgen nuestra Señora así lo confieso) pero yo elijo por mi especial abogada á la misericordia y entrañable Caridad de Dios mi Señor; ella me cubra: ella me defienda: ella me ampare delante de su tremendo juicio. Padre mio, Padre mio, Padre mio, acuerdate que tienes misericordia; y espero firmísimamente, que por los méritos de mi Señor Jesu-Cristo sacrificio nuestro, en algun tiempo he de ver tu paternal rostro, y con esta esperanza vivo, y muero.

Item, mando mi cuerpo á la tierra, á la corrupcion y gusanos mi madre, y mis hermanos, que lo

tengan en depósito hasta que el Señor de todas las cosas al fin del mundo lo vuelva á la vida.

Item, mando, que luego que yo fallezca sea puesto mi cuerpo sobre una cruz de ceniza, como mandan nuestras definiciones, los pies descalzos y envueltos en la mortaja de mi manto; un Santo Cristo á la cabecera, con dos luces, y descubierta mi cabeza. De esta suerte han de llevar mi cadáver en las andas de los pobres, con doce clérigos, y no mas, sin pompa ni música, á la Iglesia de la Santa Caridad, y le darán sepultura terriza en el cementerio de dicha Iglesia, que es el Pórtico, á la entrada de la Iglesia, fuera de la puerta, para que todos me pisen, y huellen; y allí sea sepultado mi sucio cuerpo, indigno de estar dentro del templo de Dios. Y es mi voluntad se ponga encima de mi sepultura una loza de media vara en cuadro, escritas en ella estas palabras: *Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha vivido en el mundo. Rueguen á Dios por él.*

Item, declaro, que por la gracia y la misericordia de Dios no debo á nadie nada de maravedises algunos; pero por ser la memoria frágil, ordeno y mando, que si pareciere alguna deuda mia, por instrumento público ó en alguna memoria firmada de mi nombre y mano, se esté á lo que en ella se dijere, y se pague ante todas cosas, de lo procedido de mis bienes.

Item, nombro por universal heredero á mi alma, para que lo que se hallare de mis bienes, se gaste en santas obras del agrado del Dios nuestro Señor.

Item, declaro que por clausula del mayorazgo que poseo, me da facultad para poder testar de la mitad

de la renta del año despues de mi fallecimiento: la cual dicha mitad, y lo que se hallare en cartas de pago de los Juros, se distribuya en la forma siguiente:

Primeramente con la tercera parte que montaren mis bienes, se me diga un novenario de misas en la Iglesia de la Santa Caridad, y lo demás de misas rezadas en dicha Iglesia.

Item, mando, se le den á Catalina Hermosa, por haberme servido mas de treinta años, docientos ducados de vellon por una vez.

Item, mando, se le den á Juan Alonso de Velasco, por haberme servido mas de treinta años, doscientos ducados de vellon por una vez; y si se hubiere muerto en las Indias, á su muger, ó á sus hijos.

Item, mando á Maria Josefa, que he criado, por haberme servido de valde, docientos ducados por una vez; los cuales tiene en su poder Catalina Hermosa para dicho fin.

Item, mando á Maria de Santa Inés, y á Maria de San Vicente, monjas profesas en el Convento de Santa Maria de Gracia, huérfanas, que yo crié, cien ducados á cada una por una vez.

Item, mando á Maria de Hoyas, que me está sirviendo, se le pague lo que se le debe de su racion, y se le den doscientos reales de limosna.

Item, á Doña Luisa de Esquivel, viuda pobre de Vicente de Medina, se le den quinientos reales de limosna por una vez.

Item, á Don Pedro de Medina, hijo del dicho Vicente de Medina, se le den otros quinientos reales.

Item, al Señor Don Juan Santos de San Pedro mi

confesor, por la voluntad que le tengo, y por que se acuerde de encomendarme á Dios, se le dé un Santo Cristo de marfil que tengo.

Item, á Don Francisco Caraballo, se le dé el breviario grande en que rezo.

Item, á mi hermana Doña Isabel Mañara, por el amor que la tengo, y que me encomiende á Dios, se le dé un Santo Cristo, que yo tengo pintado en una cruz á la cabecera de mi cama,

Item, á Ana Ximenes, una pobre viuda, que vive en Triana, se le dé mi cama.

Y lo que quedare del resto de mis bienes; se les entregue á mis Hermanos de la Santa Caridad, para que lo gasten en el sustento de los pobres enfermos, y leña, para que se calienten los pobres peregrinos.

Y para cumplir este mi testamento, mandas y legados, y todo lo que en él vá contenido, dejo por mis albaceas y testamentarios á mi muy caro padre y Señor el Doctor Don Juan Santos de San Pedro, y á mi sobrino el marqués de Paradas, y á mi primo Don Juan Vicentelo, para que todos juntos, ó cada uno in solidum, ejecuten esta mi postrera voluntad. Y cumplido este mi testamento en todo, y por todo, según y como en él se contiene, sin glosa ni interpretacion; y aunque sea pasado el año de albaceasgo, no se les tome cuentas á dichos mis albaceas, sino se esté á lo que ellos dijeren, que para todo les doy todo mi poder cumplido: y les pido, puesto á sus piés, ejecuten esta mi postrer voluntad, como aquí vá referida, particularmente en lo que toca á mi funeral y entierro, sin salir un punto de como lo tengo ordenado, por ninguna razon

y pretesto, por ser así la voluntad de Dios. Y si no lo hicieren, el Señor de vivos y muertos, se lo demande, porque quisieron oír las voces del mundo fantástico y soberbio, y no la voz de la humildad y desprecio, adonde habita Dios, y porque quisieron seguir las razones vanas, llenas de fausto y vanidad, gastando el dinero con que se puede remediar á Cristo, en sus pobres, en la vana pompa de dar sepultura á un cuerpo podrido, donde se han encerrado tantos pecados y abominaciones. Miren lo que hacen, que delante de Dios les tengo de acusar, y pedir justicia, y estas letras han de ser su fiscal.

Item, revoco y anulo cualquiera otro testamento que hubiere fecho, y solo quiero, y es mi voluntad, que valga este, y se tenga por mi última voluntad. Y pido por amor de Dios todo poderoso á todas las personas á quien hubiere ofendido, que serán muchas, y á las que hubiere con mi mal ejemplo escandalizado, me perdonen, las cuales lo hagan, porque Dios les perdone: y así mismo perdono de todo corazon á todas las personas que me hubieren hecho algun daño, y con entrañable amor las amo en Jesu-Cristo mi Señor, que con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, vive y reina en vida perdurable, por todos los siglos de los siglos. Amen.

Fecho en 17 de marzo de 1679.

DON MIGUEL MAÑARA.

PROFESION DE FÉ.

Esta protesta, y confesion de la Santa Fé, que profeso, he hecho en mi entero juicio y voluntad libre delante de Dios Señor nuestro, que está viendo escribir estas letras, y de sus santos ángeles, testigos de esta verdad, para que á la hora de mi muerte se me repita; y desde ahora para entonces lo confieso, por si Dios nuestro Señor fuere servido, de que no la pueda decir; y así desde ahora para entonces lo liago y por verdad lo firmo de mi nombre. *Don Miguel Mañara.*

Hombrezuelo, crees en Dios todo poderoso, criador del Cielo y de la tierra? Creo.

Crees que este Señor es eterno, Santo, poderoso, inmenso, sin principio ni fin? Creo.

Crees que este Señor es invisible, que asiste en todas las cosas del Cielo y de la tierra? Creo.

Crees que está aquí presente oyendo nuestras voces, viendo tus miserias y escuchando tus gemido? Creo.

Crees que este omnipotente príncipe al eterno es trino en personas, y uno en esencia? Creo.

Crees que á este Santísimo padre sirvieron nuestros padres, el justo Abel, Enoch y el Santo Noé? Creo.

Crees que al mismo Señor sirvieron los Santos patriarcas, Abraam, Isaac y Jacob, y los demás Santos, Reyes y Profetas? Si Creo.

Crees que á este mismo Señor sirvieron los Santos apóstoles Mártires, Confesores y Vírgenes que dieron por él sus vidas? Si Creo.

Dí, hombrezuelo, crees que la segunda persona de esta Trinidad eterna se hizo hombre por nosotros, y padeció muerte y pasión por salvar á todos los hombres? Creo.

Crees que resucitó al tercero día glorioso de entre los muertos, y sacó las ánimas de los Santos padres, que estaban aguardando su santo advenimiento? Si Creo.

Crees que despues de cuarenta días subió a los Cielos, y está sentado á la diestra de Dios padre todo poderoso? Creo.

Crees la resurreccion de los muertos, y que este Señor aquel tremendo día ha de juzgar al mundo, dando á los buenos el Santo paraíso, y á los malos el infierno eterno? Creo.

Crees la comunión de los Santos, y participacion de sus santas obras? Si Creo.

Crees que no hay mas de un Dios, un Bautismo, y una Iglesia Católica y apostólica? Si Creo.

Crees todos los Sacramentos, Concilios y disposi-

ciones, ritos y ceremonias de la Santa Iglesia? Si creo.

Crees que está el cuerpo y sangre de Jesu-Cristo tu Dios y Señor en el Santísimo Sacramento? Si Creo.

Hombrezuelo, responde: amas á tu Dios, tu padre, tu Señor, cómo á tu alma? Si amo.

Amasle mas que á los angeles y santos del reino de los Cielos? Si amo.

Amasle mas que á tí mismo? Mucho mas lo amo.

Recibes la muerte de buena gana, porque, Dios es servido de que mueras? Si recibo.

Quisieras haberte muerto de dolor de haberle ofendido? Si quisiera.

Gusano, pésate de todo corazon de haber ofendido á tal bondad? Si me pesa.

Dí, hermano de los jumentos, qué hiciste? Peccavi,

Polvo y ceniza, qué obraste, qué hiciste? Peccavi.

Perdonas de todo corazon á todos tus enemigos por que agradas á Dios en esto? Si perdono.

Pides perdon á todos los que hiciste mal, por palabras, obras y con tu mal ejemplo escandalizaste? Si pido.

Crees que es mayor la grande é infinita misericordia de Dios, que tus maldades? Si creo.

Esperas en aquella paternal clemencia, que perdonó á David pecador, á Ezechias aflijido, á los Ninivitas penitentes, á la Magdalena arrepentida, y al Ladron en la Cruz, que te ha de perdonar, aunque tus pecados sean mayores? Si espero.

Esperas, no por tus merecimientos, que son ningunos, sino por los de nuestro Señor Jesu-Cristo, te ha de perdonar Dios nuestro Señor? Si espero.

Esperas en su misericordia, que cómo á otro pró-

digo, cuando llamen tus gemidos á la casa de Dios tu padre (que es Cielo) ha de salir aquel Señor del mundo y te ha de echar los brazos al cuello, vistiendote la estola de la inmortalidad? Si espero.

Esperas en la gran misericordia de Dios, que saliendo tu alma de este sucio y abominable cuerpo has de ver el rostro santo de Dios, y en contemplacion eterna vivir la vida perdurable? Si espero.

Dí, O Dios mío! Padre mío! Misericordia mía! En quien creo; en quien espero; á quien amo, y amaré para siempre! Pequé contra tí, pésame de todo corazon: dame dolor, para que muera de dolor de haberte ofendido: guíame Señor en este camino tenebroso que me espera; y al salir el alma de este mi cuerpo, recíbela Señor, en paz; no apartes tu vista de mí, Señor: y vaya yo, Señor, donde tu mandares. Pequé, Señor, y serví á tus enemigos; serví á Babilonia lo mas de mi vida; bebí en los sucios charcos de sus deleites, y por dar gusto á este cuerpo hediondo, te ofendí é hice tu santo templo morada de demonios; y yo lo hice, no otro: yo tuve la culpa; yo Señor, fuí el agresor, pésame de haberlo sido, y pésame de no morir de pesar. Dios mío, tu has de ser mi juez dentro de poco tiempo, sed mi padre.

Luego me digan el Salmo *Confitemini Domino etc.* que está en las vísperas de la feria 5, y la recomendacion del alma, antes que pierda el sentido, y los demás salmos y oraciones que dispone el manual. Y envíen con tiempo una persona al Padre Prior, de la Cartuja, pidiéndole que el papel que lleva, sirva de recado en las celdas de los monjes. El papel ha de decir

Vuestro Siervo don Miguel Mañara está en manos de la muerte: Rogad á Dios por él. Tambien pido que dos pobres del Hospicio estén en casa, los mas venerables, y siervos de Dios que hubiere, para que al tiempo de mi fallecimiento, estén á mi cabecera, y ruegen á Dios por mí.



ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PÁGINAS.

PRIMERA PARTE.

D. Juan Tenorio y D. Miguel de Mañara.	13
Primeros años de Miguel de Mañara, sus estravíos, avisos del Cielo, su conversión, su casamiento, la muerte de su esposa, su regreso á Sevilla.	15
La Hermandad de la Caridad, Mañara es recibido en ella, se le nombra hermano mayor, reformas y progresos que introduce en el hospicio y en la institucion.	31
Estatutos de la Caridad, su reforma en 1675, aprobacion real en 1775, análisis de esta regla.	51
Vida interior de Mañara. como repartía su tiempo, sus meditaciones, sus austeridades, su libre apostolado, su influencia, anécdotas, ardor de su caridad.	67
Mañara presente su próximo fin, entrevista con el Arzobispo, compárasele á santa Teresa, última lucha con el mundo, las comedias, carta á don Carlos Herrera.	94

Muerte de Mañara. sus funerales, su testamento, su profesion de Fé, su discurso de la verdad, recuerdos de Mañara á la Caridad, su espada, su retrato.	105
Historia de Mañara por el padre Cárdenas, se encuentra intacto el cuerpo de Mañara. y se coloca en el interior de la Iglesia. Milagros de Mañara, negociaciones hechas en Roma para su canonizacion.. . . .	117

SEGUNDA PARTE.

Discurso de la Verdad, dedicado á la alta imperial Magestad de Dios; compuesto por Don Miguel de Mañara, Vicentelo de Leca, caballero del órden de Calatrava, y Hermano Mayor de la Santa Caridad de Nuestro Señor Jesu-Cristo.	127
Testamento de D. Miguel de Mañara.	159
Profesion de Fé.	166

